

se

El corazón del soldado



CARA COLT **Lectulandia**

¿Por qué el rudo montañés Garret Boyd le resultaba tan irresistible a Toni Carlton? ¿Sería por la ternura que veía en sus ojos azules cada vez que levantaba en brazos a su sobrina huérfana? ¿O sería el fuego que Toni vio oculto en sus ojos desde el momento en que entró a su acogedora casa?

Ella no tardó mucho en poner una sonrisa en el corazón de Garret, y un deseo ardiente en su alma dolida. Y él enseguida comprendió que la única manera de darle una familia a la pequeña Angie era creer que un papá silencioso y fuerte y una vivaz niñera podían estar predestinados a ser el uno para el otro.

Lectulandia

Cara Colter

El corazón del soldado

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Battle for the Soldier's Heart*
Cara Colter, 2013

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Jazmin*TM

Cara Colter
El corazón del soldado



Capítulo 1

HABÍA caballos Shetland, esos caballos enanos a los que la gente llamaba ponis, por todas partes. Mordisqueando la alta hierba que crecía entre las instalaciones infantiles del parque, comiendo a la orilla del lago, frente a los patos.

Habían encontrado un hueco en la valla y estaban comiéndose con voraz apetito el parque de Mason. Uno tenía la cabeza enterrada en una tarta de cumpleaños y otro, que trotaba hacia una piscinita de goma, llevaba enganchada en una pata una pancarta que decía *Feliz cumpleaños Wilson Schmelski*.

Desde donde estaba, en el puente que cruzaba el parque más conocido de la ciudad de Mason, Pondview, Rory Adams contó ocho caballos Shetland.

Y solo había una persona intentando reunirlos.

—¡Pequeño monstruo! ¡Eres un desagradecido!

La mujer se lanzó hacia la derecha, el poni hacia la izquierda.

Si hubiera sido otra persona, Rory podría haber visto el humor de la situación, pero no era capaz de reírse.

Cuando pensaba en Gracie Day, incluso después de hablar con ella por teléfono, no se le ocurría pensar en el paso del tiempo. Para él, se había quedado en los catorce o quince años, lista como nadie y exasperante como nadie.

Para él, seis años mayor, Gracie, la hermana pequeña de su mejor amigo, no había sido nadie de importancia. No la había considerado una chica. Y a esa edad solo pensaba en chicas.

Tenía veintiún años cuando la vio por última vez. Graham y él acababan de regresar de Afganistán y ella lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.

«Te odio. ¿Cómo has podido convencerlo para que fuera contigo?».

Graham había intentado sacarla de su error porque la idea de alistarse en el ejército había sido idea suya, pero Rory le había hecho un gesto y Graham lo entendió enseguida.

«Deja que yo me encargue. Deja que yo sea el malo a ojos de tu hermana pequeña».

El recuerdo hizo que torciese el gesto. Habían cuidado el uno del otro probablemente mil veces desde que se despidieron de Gracie ese día, pero la única vez que contaba de verdad...

Rory sacudió la cabeza para apartar de sí tales pensamientos y concentrarse en la mujer que intentaba reunir a los ponis.

La hermana pequeña de Graham.

Gracie Day era bajita y esbelta, con unas curvas encantadoras en los sitios adecuados. El pelo cobrizo, que seguramente habría empezado el día perfectamente peinado, se había rendido a la humedad del ambiente y a las carreras mientras intentaba reunir a los animales, cayendo en salvajes y despeinadas ondas alrededor de

sus hombros.

Llevaba un vestido de color crema y unos zapatos a juego que seguramente habrían sido perfectos para la fiesta de cumpleaños encargada a su empresa de organización de eventos, pero no podría haber elegido un vestido peor para correr detrás de un montón de ponis.

Estaba sucio, arrugado y uno de los tirantes que lo sujetaba se deslizaba continuamente por su hombro. Y no podía correr con esos zapatos porque los tacones se enganchaban en la hierba.

A primera vista, la mancha en el escote del vestido podría tomarse por un estampado pero, si mirabas con atención, y ese no era el escote que Gracie tenía a los catorce años, Rory estaba seguro de que era saliva de poni mezclada con hierba.

–¿Tú sabes de qué se hace el pegamento? ¿Lo sabes? –gritaba Gracie.

Había en ella algo de la niña de catorce años que había sido una vez y se parecía más que la serena y pausada Gracie Day que habló con él por teléfono.

–Necesito hablar contigo –le había dicho cuando volvió a casa.

Graham había muerto seis meses antes y Rory quería contarle la verdad.

«Yo fracasé. Fue culpa mía».

–No veo por qué tenemos que hablar –le había dicho ella. Y Rory se había sentido aliviado.

Hablar de lo que le había ocurrido a Graham, y la parte que le correspondía a él, no iba a ser fácil. Y aunque no era un hombre que enterrase la cabeza en la arena, había agradecido que le diese algo de tiempo.

Rory sintió un escalofrío por la espina dorsal. Decían que los que sobrevivían siempre experimentaban un gran sentimiento de culpa, pero en su corazón sabía que era culpa suya que Graham no hubiera vuelto a casa.

De alguna forma, en lugar de ser un trabajo temporal como habían pretendido, ser soldados se había convertido en una carrera para los dos. Pero Graham había muerto de un disparo en Afganistán y él seguía despertando sobresaltado cada noche, sudando, con el corazón acelerado.

Dos adolescentes.

Le había parecido ver algo raro y había vacilado porque eran tan jóvenes... pero entonces, de repente, una lluvia de balas.

Rory se puso a cubierto. ¿Dónde estaba Graham? No estaba tras él como esperaba y recordaba haberse arrastrado por el suelo para tirar de él, para abrazarlo.

Sangre, mucha sangre...

Pero la pesadilla lo despertaba antes de que la escena terminase. Faltaba una pieza, algo, unas palabras que no podía recordar, aunque lo intentaba una y otra vez.

El sueño nunca le decía lo que necesitaba saber.

¿Habían sido esos chicos? ¿Eran ellos los que habían disparado? ¿Qué podía haber hecho de otra manera?

¿Podría haber empujado a Graham para colocarlo a su espalda y recibir él las

balas?

«Cuida de Gracie».

Esas palabras susurradas, un ruego.

Uno no se tomaba las últimas palabras de un hombre a la ligera. Especialmente, cuando eran las del hombre que había sido su mejor amigo durante más de diez años.

Llevaba seis meses de vuelta en casa y había llamado a Gracie en dos ocasiones, pero ella se había negado a verlo y era un alivio.

Las pesadillas ya eran lo bastante horribles como para, además, tener que contarle lo que había pasado. Mientras, al mismo tiempo, intentaba no contarle toda la verdad.

De modo que, siguiendo las instrucciones de Graham, se había encargado de comprobar que Gracie estaba bien.

Mientras él estaba destinado fuera del país, la empresa de infografía que había creado con su hermano había prosperado de manera increíble haciendo gráficos para coches de carreras.

Una vez en casa, después de retirarse del ejército, Rory había descubierto que era un hombre con considerable recursos a su disposición.

Uno de ellos se llamaba Bridey O'Mitchell. Oficialmente era su ayudante personal. Extraoficialmente, la consideraba su arma secreta.

Bridey, de mediana edad, británica, flemática, podía hacer cualquier cosa. De hecho, algunos días Rory se entretenía buscando retos imposibles para ella.

«¿Podrías hacer que llevaran helados al equipo que está haciendo los gráficos para los aviones saudíes?».

«Sé que estás muy ocupada, ¿pero podrías encontrar media docena de entradas para la final de fútbol que empieza dentro de una hora?».

«Me gustaría tener un koala y dos canguros para la inauguración de esa empresa de viajes australiana para la que hicimos el diseño de los autobuses».

Comprobar cómo estaba Gracie Day había sido cosa de niños para Bridey.

Y los informes habían sido siempre tranquilizadores. Gracie ya no estaba prometida con el hombre al que Graham detestaba y tenía una empresa de organización de eventos, El día de tu vida, en Mason, en el valle Okanagan de la Columbia Británica. La empresa de organización de eventos más importante para bodas, cumpleaños y eventos especiales que, además, había sido elegida para organizar una cena a beneficio de Warrior Down, la organización que ayudaba a los veteranos de guerra.

Pero sobre todo se encargaba de organizar cumpleaños para hijos de políticos, médicos, arquitectos y abogados de la zona. Fiestas con payasos, castillos de goma, magos, fuegos artificiales...

Pero los ponis eran algo nuevo.

Gracie Day organizaba la clase de fiestas que él nunca había tenido. De hecho, no recordaba que hubieran celebrado ninguno de sus cumpleaños, salvo en una ocasión memorable en la que su madre terminó cayendo de cabeza sobre la tarta. ¿Cuántos

años cumplía? Seis. Después de eso, había dicho que no quería más celebraciones...

Bueno, pues ya había visto a Gracie Day y verla le llevaba recuerdos tristes. Pero, aparte del problema con los ponis, estaba claro que le iba bien en la vida.

Aunque estaba cumpliendo la última petición de Graham, Rory había querido verlo por sí mismo. La había llamado por teléfono una semana antes y había notado algo en su voz...

Aunque ella le había dicho que todo iba bien, Rory notó que le ocurría algo. Su alegría parecía un poco forzada, como si tuviera un secreto.

Fuera lo que fuera, no había podido olvidarse de ello. Durante la última semana, la necesidad de verla se había convertido en algo urgente. El instinto se había convertido en una parte tan importante de su vida cuando era soldado que no podía pasarlo por alto. Cuando lo intentaba, era una cosa más que lo despertaba por las noches, que lo perseguía en sueños.

Una mentira de su secretaria lo había enviado a Pondview.

«Nuestra empresa es una de las patrocinadoras de Warrior Down».

Como había sospechado, al mencionar el proyecto Gracie le había dado toda la información que necesitaba. ¿Se sentía culpable por mentir?

No. El sentimiento de culpa era para las personas sensibles y él no lo era. En su casa, de niño, y más tarde en el campo de batalla, no dejar que las cosas lo afectasen era la única manera de sobrevivir.

Pero la muerte de Graham...

Rory sacudió la cabeza de nuevo mientras se concentraba en Gracie. Estaba intentando agarrar a un poni blanco y negro que, aunque ella no se daba cuenta, la miraba por el raballo del ojo con cara de pocos amigos.

Y era mucho más listo de lo que parecía porque cuando Gracie se lanzó sobre él, el animal se apartó, mirándola con gesto de burla.

Rory tuvo que contener la risa cuando se le rompió un tacón y, maldiciendo, se quitó el zapato para tirárselo al poni, que se apartó del proyectil como un profesional.

—¡Los ponis malos se convierten en pegamento! —le gritó ella—. Y en comida para perros. ¿Te gustaría ser el desayuno de un gran danés?

—No está bien decir esas cosas llevando un vestido tan bonito, señorita Day —murmuró Rory, divertido.

En realidad, le gustaba mucho más aquella señorita Day que la que respondía al teléfono con voz fría y reservada o la que organizaba perfectas fiestas de cumpleaños con vestidos de diseño.

Pero él sabía muchas cosas sobre la auténtica señorita Day. Eso era lo que hacían los hombres aburridos: jugar al póquer, fumar, dormir y hablar sobre su familia.

Graham nunca había tenido mucho éxito con las chicas, de modo que Rory sabía mucho sobre su hermana.

«Gracie nunca se relaja del todo y lleva una fotografía de un Ferrari rojo en el monedero desde hace años».

«¿Cómo se ha convertido en una chica tan estirada? ¿Y por qué va a casarse con un contable que nunca podrá comprarse un deportivo rojo?».

Entonces, como para demostrarle a su hermano que estaba equivocado, que no era una estirada, la sería hermana de Graham Day, que no sabía relajarse, se quitó el otro zapato y lo lanzó al poni, que trotaba alegremente, gritando una palabrota que los soldados usaban a menudo, pero que habría escandalizado a los invitados de sus perfectas fiestas para niños ricos.

Rory esbozó una sonrisa. Y hacía mucho tiempo que no encontraba nada que lo hiciera sonreír.

Pero estaba claro que no era un buen momento para hablar con ella. Por supuesto, lo más caballeroso sería ayudarla, pero Rory había abandonado toda ilusión de ser un héroe tiempo atrás y Gracie no querría que la viera en ese estado.

Vulnerable.

Sin control.

Necesitando ayuda.

Además, él no sabía nada sobre caballos de tamaño normal y mucho menos sobre caballos en miniatura.

Claro que dejarla allí sola parecía un poco egoísta por su parte y el recuerdo de Graham exigía que fuese mejor de lo que era. Aunque no fuese la hermana de Graham, él no hubiera aprobado que abandonase a una damisela en apuros.

Rory recordó entonces su arma secreta, de modo que sacó el móvil del bolsillo e intentó no hacer una mueca cuando Bridey respondió con su habitual:

–Dígame, señor Adams.

Había intentado convencerla de que lo llamase por su nombre de pila, pero era imposible.

–Bridey, necesito a alguien que pueda reunir a un montón de ponis sueltos.

Si la petición la había pillado por sorpresa, no lo demostró. Su ayudante anotó los detalles y le aseguró que se pondría a ello de inmediato.

Rory tomó la decisión de ayudar a Gracie Day a salvar su orgullo escondiéndose entre los árboles para que no lo viera. Pero justo cuando había tomado esa decisión, ella se quedó inmóvil. Le recordaba a un cervatillo olfateando el aire, un sexto sentido alertándola de que no estaba sola, que estaba siendo observada. Entonces se dio la vuelta y lo miró directamente.

Al reconocerlo, se cruzó de brazos y levantó la barbilla, distanciándose de la mujer que lanzaba zapatos y gritaba palabrotas a un montón de ponis rebeldes.

Sintiendo algo en el pecho similar a lo que sentía antes de empezar una misión o antes de entrar en batalla, Rory se dirigió a Gracie Day.

Y se detuvo justo delante de ella.

¿Sus ojos siempre habían sido de ese color? Eran pardos, una palabra muy simple para tan rica mezcla de colores: castaño, dorado, verde, como un exótico tapiz.

¿Sus labios siempre habían sido tan generosos y brillantes?

La clase de labios que un hombre imaginaba aplastando bajo los suyos...

No, antes no eran así. O él no los había visto así.

Entonces era una niña, la hermana de su amigo.

Pero en aquel momento era una mujer preciosa, aunque no precisamente contenta.

Rory se inclinó para tomar un zapato del suelo. ¿Quién había dicho que no podía ser caballeroso?

–Hola, Gracie –la saludó, ofreciéndole el zapato.

Ella parpadeó varias veces, como si le gustase que la llamara por el diminutivo. Y le gustaba, seguro, pero habría querido que fuera su hermano quien la llamara así, no Rory Adams.

Cuando tomó el zapato sus dedos se rozaron y, para disimular su turbación, se lo puso muy despacio, como si necesitase unos segundos para respirar.

Habían pasado ocho años. ¿No podía ser calvo o gordo? ¿La vida no podría haberle dado un respiro?

Grace se irguió, intentando mostrarse digna, aunque estaba ligeramente inclinada hacia un lado porque le faltaba un tacón y uno de los tirantes del vestido se había deslizado por su hombro.

Rory Adams estaba más guapo que antes. A los veintiún años era muy delgado, pero en aquel momento tenía un físico impresionante. Era muy alto. Bueno, siempre lo había sido, le sacaba una cabeza a todo el mundo, pero esos hombros tan anchos, ese torso...

Llevaba una camisa de manga corta que dejaba al descubierto unos bíceps formidables y unos antebrazos fuertes. Un pantalón corto de color caqui sobre unas piernas poderosas y morenas... Su rostro también había madurado y no sabría decir si para mejor. Había cambiado, eso sí. El travieso joven había desaparecido, pero no así el brillo burlón de sus ojos verdes.

Tenía arruguitas alrededor de esos ojos, como si los hubiera guiñado muchas veces para evitar el sol, la mandíbula firme y un rictus serio que no tenía antes.

Había algo duro en su expresión. Era la de un guerrero, un hombre que había servido a su país en la guerra, pagando un precio por ello. Había sombras en sus ojos, una vez tan claros.

Rory Adams había visto y hecho cosas que hacían que el desastre de su fiesta de cumpleaños fuese algo frívolo y superficial.

Grace miró su pelo. Era castaño, brillante como el chocolate. La última vez que lo vio llevaba el pelo cortado al cero, igual que su hermano, pero se lo había dejado crecer, como cuando entraba y salía de su casa con Graham.

Habían ido al mismo colegio y al mismo instituto. Y luego, cuando terminaron sus estudios, los dos habían trabajado para la misma empresa de jardinería.

Eso fue antes de decidir que era imperativo salvar el mundo.

El pelo de Rory era más largo de lo que lo había sido entonces, más largo que nunca, espeso, brillante, rozando el cuello de la camisa. Seguramente eso era lo que

hacían todos los que se licenciaban del ejército para liberarse de la disciplina y celebrar su libertad.

Y, sin embargo, el pelo largo no le hacía menos guerrero, solo un guerrero de otra época.

Era demasiado fácil imaginar ese pelo movido por el viento, esa fiera expresión con una espada en la mano...

Rory Adams era la clase de hombre que hacía que una mujer sintiera la peor clase de debilidad: el deseo de sentir el roce de su dura mandíbula sobre su delicada piel, los duros labios masculinos contra la suavidad de su boca.

Pero Rory Adams siempre había sido así y Grace casi podía ver el fantasma de la chica que había sido una vez. Podía sentir la humillación que había sentido a los catorce años, cuando estaba loca por él, pero para Rory era tan invisible como un fantasma. No, más bien como un mosquito, una cosa irritante que él apartaba de vez en cuando. La hermana pequeña de su mejor amigo.

Y había sabido desde que la llamó por primera vez seis meses antes que nada bueno saldría de ese encuentro.

Algo en su tono de voz, serio y decidido, la había hecho pensar que iba a contarle cosas que ella no quería escuchar, que seguramente nunca estaría preparada para escuchar.

Además, ver a Rory de nuevo la haría anhelar cosas que no podía tener. Porque nunca lo había visto sin su hermano, Graham.

El hermano que ya no volvería a casa. ¿No había pensado que ver al amigo de su hermano intensificaría el dolor que empezaba a convertirse en un compañero inseparable pero que, por fin, ya no era un dolor lacerante?

Una vez lo había culpado por las decisiones de Graham, pero tiempo atrás se había dado cuenta de que su hermano había nacido para hacer lo que hacía. Era una decisión por la que estaba dispuesto a dar la vida.

Y lo había hecho.

Pero, si Rory quería pensar que seguía haciéndolo responsable y si eso mantenía una barrera entre los dos, le parecía bien.

Porque lo que la sorprendió en ese momento fue que al mirar a Rory no pensaba en la muerte de su hermano. Y no estaba preparada para admitir que el anhelo de que se fijase en ella no había desaparecido con la ortodoncia y el primer sujetador.

Para nada.

Grace parpadeó.

—Nadie me llama así. Nadie me llama Gracie.

Seguramente sonaba un poco infantil, a la defensiva, y no quería que supiera que la afectaba en modo alguno.

¿Por qué no podía haber dicho: «Hola, Rory. Me alegro de verte»? ¿Por qué tantos años de estudios y sofisticación no la protegían como una capa?

Porque la había pillado en mal momento, corriendo detrás de unos ponis

renegados, con el tacón roto, el cabello despeinado y el vestido manchado a saber de qué.

De haber sabido que no iba a aceptar una negativa lo habría citado en su oficina, de la que estaba tan orgullosa, en la calle principal de Mason, donde hubiera tenido controlada la reunión.

–¿Cómo debo llamarte?

Su voz era profunda, masculina, y la hizo sentir un escalofrío.

Señorita Day seguramente sería ridículo cuando estaba descalza, despeinada y para nada parecía una persona seria y profesional.

–Grace.

–Ah.

Esos profundos ojos verdes parecían robarle la madurez y el éxito que había conseguido, exponiendo a la chica vulnerable y torpe que vivía dentro de ella.

–Graham era el único que me llamaba así. Todos los demás me llaman Grace, incluso mis padres.

–Graham y yo –le recordó él.

«Gracie Sacie, que besa a los chicos y los hace llorar».

Las pocas veces que se acordaba de ella era para tomarle el pelo sin piedad, pero el chico que le tomaba el pelo, el de la sonrisa alegre, había desaparecido por completo.

–Bueno, ¿cómo va todo? –le preguntó él.

Como si pasara casualmente por allí, aunque Grace lo dudaba. Cuando habló con él la semana anterior le había dicho que no quería verlo, pero debería haber imaginado que eso le daría igual. Rory Adams no era un hombre que aceptase una negativa, especialmente de las mujeres.

–Igual que la última vez que hablamos, hace una semana –respondió–. Estupendamente.

No era cierto. No podía estar más lejos de la realidad.

–Salvo por los ponis –bromeó él.

Estaba claro que no la creía. ¿Por qué? ¿No había visto que llevaba un vestido de lino? ¿Que el zapato cuyo tacón había perdido era de un famoso diseñador? ¿No veía que era una adulta que no necesitaba ayuda?

–Estupendamente –repitió.

–Pareces preocupada –dijo él entonces.

Y entonces hizo algo absurdo, poner el pulgar sobre su ceño, que debía de tener fruncido desde la semana anterior.

Desde que Serenity había aparecido con su zoo: los ponis, Tucker...

Grace experimentó una momentánea sensación de bienestar, un momentáneo deseo de apoyarse en su mano. De tener alguien en quien apoyarse, alguien con quien hablar, alguien en quien confiar.

Una ilusión absurda que ella más que nadie debería haber dejado atrás. La ruptura

de su compromiso había sido la gota que colmaba el vaso.

Lo único importante en aquel momento era su empresa. Se había arriesgado en el amor, sufriendo a su capricho, por última vez. No pensaba dejar que volviesen a hacerle daño. Lo había jurado cuando su prometido, Harold, la había dejado después de dos años de relación.

Y entonces, como para poner a prueba ese juramento, había aparecido Serenity. Y luego Rory Adams. Que aquel hombre apareciese en su vida y que ella pensara que estaría bien conocer su opinión sobre Serenity, o sentir el roce de su barba, era la prueba de que había hecho bien al decirle que no tenían nada de qué hablar.

Y el cinismo que había en su expresión debería confirmarle que había hecho bien. Porque él mataría sus esperanzas.

La esperanza era una cosa tan frágil...

La esperanza era más peligrosa que el amor, pero no tener ninguna esperanza sería como la muerte, ¿no?

Ella no iba a confiarle sus esperanzas a alguien como Rory Adams. Y, sin embargo, allí estaba la tentación de contárselo, de ver lo que pensaba.

Para no estar tan sola.

Reconociendo lo absurdo de esos pensamientos, Grace apartó el dedo de su frente.

–No estoy preocupada.

No tenía sentido dejarse llevar por la tentación de compartir confidencias, de decirle que llevaba años levantando su negocio. Un incidente como aquel y todo podría hundirse. Si empezaba a correr el rumor de que se había organizado un caos en una de sus fiestas...

Afortunadamente, la fiesta había terminado antes de que los ponis se colaran y, con un poco de suerte, nadie se acercaría por allí antes de que hubiese logrado reunirlos.

Ese era su problema inmediato, aunque todos sus problemas estaban relacionados en aquel momento.

–¿Los ponis han venido con un experto en ponis? –le preguntó Rory.

Ah, ese era el otro problema. La persona responsable de los ponis era el secreto que quería guardar.

–No ha podido venir, pero no es problema tuyo –respondió, esbozando una sonrisa que lo hizo fruncir el ceño. Aunque ella había querido una sonrisa que dijera: «¿Esto? Nada, un problemilla que solucionaré en un momento».

Afortunadamente, había hecho que colocaran el tráiler de los ponis al fondo del aparcamiento, a la sombra de unos árboles. No quería que los niños y sus padres vieran lo decrépito que estaba.

–Tal vez volvamos a vernos en circunstancias diferentes –le dijo, esperando que captase la indirecta.

Pero Rory no parecía un hombre que respondiese a sutilezas y la había pillado

mirando hacia el aparcamiento...

Absolutamente nadie en la fiesta había mencionado el tráiler. Era como si no lo hubieran visto. Claro que la mayoría de la gente no era como él.

Rory Adams se había convertido en un hombre al que no se le pasaba absolutamente nada.

Por supuesto, sabía por las cosas que le había contado Graham que sus vidas dependían de la capacidad de observación, de cada detalle, cada vehículo, cada persona, cada obstáculo.

Rory dio un paso adelante entonces, dirigiéndose directamente hacia donde estaba el viejo tráiler, pintado de un color cobre que casi escondía el óxido que estaba comiéndose la chapa.

En uno de los laterales, un letrero de aspecto circense medio borrado que decía *Viaje salvaje con Serenity*.

Rory miró por encima de su hombro.

—¿Qué hace ella aquí?

Había reconocido el tráiler, conocía a Serenity, pensó Grace. ¿Eso era lo que había temido o lo que había esperado?

Capítulo 2

–LA CONOCES –murmuró Grace, inclinándose para tomar el otro zapato, medio escondido entre la hierba. Pero como uno tenía tacón y el otro no, decidió ir descalza–. Conoces a Serenity.

–Nos conocimos por casualidad hace tiempo –respondió Rory–. Cuidado con la caca de poni.

Ah, la vida era tan injusta. Si tenía que ver a Rory Adams, ¿no habría sido mejor estar tomando una copa de vino, por ejemplo, y no corriendo con los pies descalzos y evitando caca de poni?

–¿Qué hace aquí, Gracie? –insistió.

Le gustaría recordarle que nadie la llamaba así, pero algo en su tono de voz la detuvo.

Tal vez esa compulsión de compartir su carga.

–Apareció en mi oficina hace una semana.

–Sabía dónde estaba tu oficina –dijo él.

–Aparezco en la guía telefónica –Grace se encogió de hombros–. Me dijo que conocía a Graham y sabía que yo tenía una empresa de organización de eventos.

–De modo que había hecho los deberes.

–Lo dices como si quisiera engañarme.

Él enarcó una ceja.

–Precisamente.

–Solo quería saber si tenía trabajo para ella. Serenity tenía unos ponis y yo una fiesta de cumpleaños que organizar, así que me pareció buena idea.

Rory la observó en silencio durante unos segundos.

–¿Qué es lo que no estás contándome?

Demonios. Si podía leer sus pensamientos, tendría que hacer lo posible para no mirar sus labios. Pero en cuanto lo pensó, sus ojos fueron directamente allí.

¿Por qué los hombres como él tenían ese poder seductor sobre la gente? Sobre las mujeres, especialmente.

–¿Por qué crees que hay algo que no te cuento?

–Fui amigo de Graham durante diez años, pero te has negado a verme. Sin embargo, aparece una completa extraña diciendo que conoció a tu hermano y te asocias con ella.

–No me he asociado con ella, he alquilado sus ponis por una tarde. Eso no es asociarse.

–Tampoco es «no veo por qué tenemos que hablar».

–He herido tus sentimientos –dijo Grace, sorprendida.

Por un momento, también él pareció sorprendido, pero enseguida una especie de escudo cayó sobre sus ojos, oscureciéndolos.

–Gracie, cariño...

¿Gracie no era suficiente? ¿Tenía que añadir «cariño»?

–Yo no tengo sentimientos que herir.

Eso era lo que quería que creyese y seguramente él mismo lo creía, pero ella no.

Y, de repente, Rory Adams le pareció más peligroso que nunca. Porque no era solo guapo, no era solo el primer chico que le había gustado, no era solo el mejor amigo de su hermano y su compañero de aventuras. Justo antes de que ese escudo protegiera sus ojos, Grace había visto a alguien que había perdido el camino, alguien que dependía solo de sí mismo, alguien absolutamente solitario.

–Ha habido una complicación –admitió.

–Eso es lo que pasa con las mujeres como Serenity.

Lo decía como si conociese a todas las mujeres del mundo.

–¿Cómo es Serenity? –le preguntó Grace, aunque era evidente incluso para ella. Serenity era una de esas mujeres que había vivido la vida y empezaba a notarse.

–La clase de mujer que solía ser la reina de la fiesta –respondió él–. Pero un día la fiesta se la tragó.

Grace sospechaba que había endulzado su verdadera opinión, pero lo que había dicho era suficientemente duro y expresado con tal falta de simpatía que el momento de afecto por él se evaporó.

Afortunadamente.

–¿Y qué pasa con las mujeres como Serenity?

–Que siempre hay alguna complicación.

Rory se acercó al tráiler y Grace no pudo dejar de notar que se movía como un soldado, totalmente concentrado, controlándolo todo. Y era una debilidad por su parte alegrarse de que fuera así.

–Yo puedo encargarme de esto –le dijo.

Él señaló el poni en la piscinita de goma, pisoteando lo que quedaba del cartel de *Feliz cumpleaños*.

–Sí, seguro.

«He herido tus sentimientos».

Gracie Day no podía haber dicho nada que lo irritase más.

¿Sentimientos? ¿No era esa cosa molesta de la que había huido durante toda su vida? Empezando por una infancia desastrosa, sin ponis ni fiestas de cumpleaños, y terminando con una profesión en la que sentir algo durante demasiado tiempo o con demasiada intensidad significaba que uno no podía hacer su trabajo.

No, él era un hombre ideal para ser soldado. La vida lo había preparado para ello y el poco idealismo que le quedaba también había desaparecido con el paso de los años.

Por eso no le gustaba que Gracie lo mirase de ese modo, como si pudiera ver un secreto anhelo escondido en su interior.

Tener lo que Graham y ella habían tenido: la casa a la que iba todo el mundo y no

solo porque siempre hubiera galletas de chocolate. Había algo allí. La casa estaba llena de risas, de cariño. Unos padres que querían a sus hijos y ponían la cena en la mesa a una hora determinada todas las noches.

Rory recordaba haber llamado a Graham en una ocasión para invitarlo a una fiesta y la respuesta de su amigo:

–No, me voy a pescar con mi padre.

Personas que se querían, que hacían cosas juntos. Eso había sido una novedad para Rory.

¿Era eso lo que quería cuando la llamó?

No, pensó. Se había sentido aliviado cuando Grace rechazó que se vieran.

Rory intentó apartar de sí esos pensamientos, enfadado consigo mismo. No estaba acostumbrado a cuestionar sus motivos. Salvo por aquello que aparecía en sus pesadillas, se movía por la vida con la confianza de un guerrero; las cualidades que lo habían convertido en un buen soldado también lo hacían adecuado para los negocios.

De modo que lo irritaba sobremanera que una sola mirada de Gracie Day hubiera removido algo dentro de él.

Rory respiró profundamente, intentando concentrarse en lo que tenía que hacer.

Se inclinó para mirar bajo el tráiler y, de inmediato, vio una bota de color lila asomando por debajo del parachoques.

Suspirando, metió las manos bajo el tráiler y tiró de la bota para sacar a una mujer que llevaba un pantalón vaquero cortado por debajo del ombligo y un top de lentejuelas. Si no fuera porque se le había corrido la máscara de pestañas, parecería un ángel.

Rory la estudió un momento. A pesar de ser guapa, estaba envejeciendo mal. Graham y él habían ido de fiesta con ella y con su gente del rodeo años atrás. Había sido un breve interludio, unos días locos antes de que su unidad fuese enviada a Afganistán por primera vez.

Eso fue ocho años antes, cuando Gracie aún llevaba un aparato en los dientes.

Pero mientras Grace se había convertido en una joven guapa y sana, Serenity se había deteriorado. Debía de tener veinticinco años cuando se conocieron, de modo que era demasiado mayor para llevar un pantalón tan corto. Estaba delgadísima, su pelo teñido demasiadas veces, y borracha como una cuba.

Bueno, esa parte era igual que siempre.

–Déjame en paz –protestó Serenity, moviendo los brazos.

–Sí, déjala en paz –dijo Gracie–. Esto puedo arreglarlo yo sola.

Rory no hizo caso a ninguna de las dos.

–En serio –insistió Grace–, no entiendes lo delicado de la situación.

–No me digas –murmuró él, que entendía muy bien «lo delicado de la situación». Serenity seguramente habría visto la necrológica de Graham y había decidido aprovecharse de su hermana.

Lo encolerizaba, pero en el ejército le habían enseñado a canalizar la furia y

controlarla.

De modo que se contentó con mirar a Gracie por encima del hombro, como dándole a entender que no estaba impresionado con lo que había visto por el momento.

Y fue recompensado por una mirada que no tenía nada de dulce.

–Puedo solucionarlo yo sola –insistió.

–Esa mujer es un problema y sus ponis están devorando la hierba del mejor parque de Mason. Creo que deberías empezar a reconocer que esto te supera.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada, tal vez porque sabía que tenía razón.

Pero había algo... algo que lo hizo pensar. Por alguna razón, Gracie quería que Serenity estuviera allí.

¿Qué podía ofrecerle aquella mujer que no pudiese ofrecerle él?

Demonios, había herido sus sentimientos. Eso sí era una sorpresa. Una debilidad que no le gustaba reconocer.

–Despierta, Serenity, reúne a tus ponis y márchate...

El ataque llegó por un costado. Al principio, desconcertado, Rory pensó que Grace se había lanzado sobre él. Trastabilló y se recuperó enseguida, avergonzado de no haber intuido el ataque. Y lo peor era que su atacante era diminuto.

El niño lanzó una patada y, atónito, Rory lo sujetó por los hombros.

Un niño. Él no trataba con muchos niños, de modo que no sabía qué edad podía tener. ¿Siete? ¿Ocho años? Tal vez nueve.

A pesar de su tamaño, tenía la confianza de un vaquero profesional e iba vestido como tal: vaqueros con agujeros en las rodillas, una camisa lavada tantas veces que se había vuelto blanca, un sucio sombrero de paja en la cabeza. Estaba claro que aquel niño no había sido invitado a la fiesta de cumpleaños que acababa de terminar.

–¡No toques a mi madre! –le espetó, sin dejarse intimidar por el hecho de que su oponente midiese un metro más que él.

Era la clase de niño desafiante, mal nutrido, guerrero, con el que uno se encariñaría.

Si uno no hubiese matado esa parte de sí mismo tiempo atrás. Rory había visto muchos niños así: ojos de color chocolate, sonrisas blancas, alegres... y había aprendido que no podía importarle. El mundo estaba lleno de tragedias y podía abrumarte si lo dejabas.

Rory soltó al niño y dio un paso atrás.

–Solo intentaba despertarla para que reuniese a los animales.

–Yo reuniré a los ponis –replicó el crío.

–No pasa nada, Tucker –intervino Gracie, poniendo una mano sobre su hombro–. Nadie va a hacerle daño a tu madre.

Se estaba poniendo de su lado, pero el niño lanzó sobre ella una mirada de desagrado que la hizo contener el aliento.

Rory lo miró con más atención.

Y luego miró el rostro de Gracie.

Evidentemente, era una persona que nunca había aprendido a distanciarse. Su ternura hacia el niño estaba clara. Y también su esperanza.

No podía esconder nada.

Él había sobrevivido gracias al instinto y a su habilidad para distanciarse de las emociones.

Había sobrevivido gracias a su capacidad de observación. Rory miró del niño a Gracie y vio de inmediato cuál era la complicación.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

Notó entonces que Grace contenía el aliento.

El niño no se parecía a Graham, pero sí se parecía a la Gracie que él había conocido, con la cara llena de pecas...

Pero muchos niños tenían pecas.

Por un momento, Rory pensó que el crío no iba a responder.

—Vamos, Tuck —oyó que decía Serenity, con voz pastosa—. Dile cuántos años tienes.

—Siete —respondió él, con gesto beligerante.

Siete años. Una simple operación matemática y la «complicación» se volvía más complicada. Y Grace se agarraba a esa posibilidad como un marinero a un salvavidas en medio de una tormenta.

Serenity volvió a meterse bajo el tráiler.

—Tengo que hablar contigo, Grace. Y tú tienes que reunir a los ponis, Tucker.

—Tú no eres mi jefe —protestó el niño.

El brillo de sus ojos y el gesto orgulloso de la barbilla eran idénticos a los de la mujer que tenía al lado.

—Eres tú quien ha dicho que sabías reunir a los ponis, no yo —le recordó.

Tucker se alejó, dejando claro con una mirada que se iba porque quería hacerlo, no porque se lo hubieran ordenado.

Cuando desapareció, Rory se volvió hacia Gracie, cuya expresión dejaba bien claro que tampoco era su jefe.

—¿Serenity te ha dicho que ese niño es hijo de Graham?

—¡No le llames «ese niño»! Se llama Tucker.

—Muy bien. ¿Te ha dicho que Tucker es hijo de Graham?

—No —respondió ella, levantando la barbilla.

—¿Lo ha insinuado?

—No —insistió Grace—. Cenaron en casa hace un par de días y Serenity no me dijo una palabra.

—¿Cenaron en tu casa?

—¿Por qué no?

—Porque eso es como darle comida a las palomas, volverán a por más.

—Serenity ha tenido una vida muy dura, pero es una persona interesante. Tú no

sabes nada sobre ella.

–No puedes salvar el mundo, Gracie.

–¿Ah, no? ¿No era eso lo que Graham y tú queríais hacer?

Rory apretó los labios.

–Por eso precisamente sé que no puedes hacer nada.

En lugar de entender lo que intentaba decirle, que él era duro y frío, Gracie lo miró con esos ojos tan suaves... y Rory pensó que no podría salvar el mundo, pero tal vez sí a una persona.

Y esa persona podría ser él.

Ese pensamiento lo sorprendió. Nunca se le había ocurrido que necesitara ser salvado. ¿De qué?

–Tú quieres que ese niño sea hijo de Graham.

–¿Y tú no? ¿No quieres que una parte de Graham siga viviendo?

Rory notó la desesperación en su voz y supo que no podía confiar en que tomase una decisión racional.

–Lo que hacía que Graham fuese como era no tiene nada que ver con la genética. Es gracias a cómo os educaron vuestros padres.

Recordaba a la familia Day yendo a misa los domingos, yendo juntos a la cabaña del lago a pescar, jugando al parchís por las noches. Sus padres les habían dado tanto afecto...

Intentaba decirle que tal y como Serenity estaba educando al niño, no había ninguna posibilidad de que acabase siendo como Graham. Aunque fuese hijo de Graham y aún no era seguro.

–Será fácil descubrir si es hijo de Graham o no. Una simple prueba con un algodón en el interior de la mejilla, te dan un sobre y resuelto.

Grace lo miró, perpleja.

–¿Cuántas veces te has hecho esa prueba? –le preguntó.

Pero Rory sabía que el tono despectivo intentaba esconder la angustia que sentía.

Y no dijo nada. Que creyese lo que quisiera.

–¿No quieres saber la verdad sobre Tucker?

–Sí, pero quiero que me lo cuente Serenity.

–¿Quieres que Serenity te cuente la verdad? –repitió él, incrédulo–. ¿Sabes cómo adivinar cuándo está mintiendo?

–¿Cómo?

–Cuando mueve los labios.

–Eso es ser demasiado cínico.

–Nunca se es demasiado cínico.

–¿La conocíais bien Graham y tú?

–Lo suficiente como para saber que te dirá lo que quieras escuchar si hay dinero de por medio.

–No confías en nadie, ¿verdad?

–Y por eso estoy vivo –respondió Rory–. Grace, hay una mujer durmiendo la borrachera bajo un tráiler. Sus ponis están por todo el parque... si hay algún momento para ser cínico, es este precisamente.

De repente, Grace hizo algo para lo que no estaba preparado: poner una mano en su brazo.

Y todo lo que era en realidad estaba en ese roce. Con su forma de vestir intentaba decirle al mundo que era una mujer de negocios, una profesional seria y de éxito.

Al menos, antes del problema con los ponis.

Pero el roce de su mano decía otra cosa totalmente diferente. Y seguramente se habría llevado una sorpresa si supiera que un simple roce contaba toda la verdad sobre ella.

Que era una mujer dulce, un poco ingenua, esperanzada, demasiado buena y demasiado crédula. Y Rory no sabía cómo había conseguido seguir siendo así a pesar de las tragedias de la vida: la muerte de su hermano, la ruptura de su compromiso.

Poseía un valor que él tuvo que admirar, aunque debería desanimarlo.

Grace lo miró con un ruego en los ojos.

–Sé que intentas protegerme, pero deja que lo haga a mi manera. ¿Es tan terrible esperar un milagro?

Milagros.

Él nunca había tenido fe y pasar parte de su vida adulta en zona de guerra no había mejorado su opinión en ese aspecto. Pero él, que provenía de una familia que nunca había puesto el pie en una iglesia, había rezado desesperadamente alguna vez.

La última había sido: «No dejes que muera mi mejor amigo».

Admiraba esa esperanza y, a la vez, quería matarla antes de que hiciese daño.

–Gracie, por favor. Nadie camina sobre el agua.

En ese momento, una camioneta del rancho Mountain Retreat entró en el aparcamiento y un vaquero bajó de un salto.

Parecía recién salido de una película del Oeste: con botas, camisa de cuadros y sombrero Stetson. Tres vaqueros más bajaron de la camioneta inmediatamente después.

–Slim McKenzie –se presentó el primero–. Me han dicho que tienen un problema.

Gracie se volvió para mirar a Rory con una sonrisa en los labios.

–Tal vez nadie camina sobre el agua, pero los milagros existen.

A él le gustaría preguntarle dónde había estado el maldito milagro para su hermano, pero no era tan malvado como para matar el brillo de sus ojos.

Y ese brillo estaba haciéndole cosas muy extrañas. Sabía que la llegada de los vaqueros no era un milagro, sino obra de Bridey, pero estaba pasando algo. A menos que estuviera equivocado, el brillo en los ojos de Gracie estaba rompiendo la oscuridad que había en él, llevando luz a un sitio que no la había visto en mucho tiempo.

No quería maravillarse, no quería emocionarse. Su oscuridad podría matar la luz

de Gracie en un segundo.

Y sería mejor que lo recordase porque estaba pensando en lo preciosa que era la hermana pequeña de Graham.

Capítulo 3

GRACE observaba, encantada, a los ángeles vestidos de vaqueros que estaban reuniendo a los ponis.

¿Cómo podía Rory no creer en milagros?

En menos de una hora, el desastre había sido reparado. Rory Adams podía no saber nada sobre ponis, pero era un líder natural, acostumbrado a dar órdenes y a que estas fueran obedecidas.

—¿Qué tal si te sientas y descansas un rato? —había sugerido él, mirando sus zapatos.

Debería molestarle que se hiciera cargo de todo pero, francamente, estaba harta de los ponis. Y aunque seguramente sería un crimen en el manual de la mujer moderna, tuvo que admitir que era un alivio que alguien le echase una mano.

Pero no en voz alta.

Rory preparó una especie de centro de mando desde el que dirigía la operación y Grace descubrió que era agradable observarlo.

Rory Adams era una fuerza de la naturaleza, pura energía masculina. Trazaba un plan, delegaba rápidamente y no parecía tener miedo a nada, ni siquiera a los ponis que se lanzaban directamente hacia él, tirándolo al suelo cuando intentaba amarrarlos con una soga.

Desde un punto de vista femenino, verlo en acción era suficiente para que se te cayese la baba. Era ágil, enérgico y fuerte. Parecía como si todos sus músculos se movieran al mismo tiempo...

De vez en cuando gritaba alguna orden o reía, una risa masculina y fuerte.

Cuando un poni intentaba alejarse galopando, Rory se abalanzó sobre él. El animal tomó velocidad y Rory cayó al suelo, pero se levantó de un salto, como si no hubiera pasado nada. Se le ocurrió entonces que era un hombre acostumbrado a proteger a los demás y, de repente, sintió que se le encogía el corazón.

En una hora, todos los ponis estaban en el tráiler, la caca había desaparecido y el cartel de cumpleaños se secaba al sol. Serenity fue instalada en el asiento trasero de la cabina y Tucker, aparentemente tranquilo al fin, iba sentado entre dos de los vaqueros.

—Clayton y Sam los llevarán donde quieran —dijo Slim—. Yo los seguiré en la camioneta.

Había algo en su forma de dirigirse a Rory, un respeto que la hizo pensar...

De hecho, la hizo sospechar y Grace sintió que la nube rosa en la que parecía estar flotando desaparecía.

—¿Necesita algo más, señor Adams?

¿Señor Adams? Grace intentó recordar si había habido un intercambio de nombres... pero ella no recordaba haberle dicho su nombre a nadie.

Estaba en alerta roja, observando a Rory detenidamente. Tal vez no lo conocía tan bien y tal vez habían pasado muchos años desde la última vez que se vieron, pero estaba segura de que no era la clase de hombre que se presentaría como «señor Adams».

Era algo que Harold sí hubiera hecho para quedar por encima de unos sencillos peones, pero Rory nunca lo haría.

Era imposible saberlo con certeza ya que no habían tenido trato en mucho tiempo, pero daba igual. Su corazón sabía que era así.

Pero en lugar de ablandarse, recordó que allí estaba ocurriendo algo raro.

Rory debió de notar que lo miraba con extrañeza y se alejó un poco con el peón... para que no oyera lo que decían, sin la menor duda.

Pero Grace estaba segura de que lo que acababa de sacar del bolsillo del pantalón era la cartera.

Cuando volvieron con ella, su admiración se había convertido en rabia. Y la nube rosa había desaparecido.

De hecho, Grace sentía como si hubiera caído a la tierra brusca y dolorosamente. Iba a tener que volver a levantar las barreras... ¿por qué era eso más fácil que tirarlas?

La camioneta salió del aparcamiento, seguida del tráiler, con crujidos, ruidos y relinchos de los ponis.

Luego, todo quedó en silencio, con Rory a su lado, demasiado contento consigo mismo.

–Eso no ha sido un milagro, ¿verdad?

–No lo sé. Capturar a ocho ponis en... –Rory miró su reloj– menos de ocho minutos por poni podría calificarse de milagro.

La miraba con esa expresión encantadora que recordaba de su niñez, aunque había cierta reserva en sus ojos.

–Quiero decir la llegada de Slim y su equipo.

Rory no respondió. Al contrario, apartó la mirada.

–Ni siquiera un milagro casero, ¿verdad? –insistió Grace.

Silencio.

–¿Por qué no me lo has dicho, en lugar de dejar que parlotease como una tonta? En lugar de dejar que creyese.

–Gracie, eres demasiado mayor para creer en milagros...

–¿Ahora soy mayor?

–No quiero decir que seas vieja y decrepita –se apresuró a aclarar él, con una mirada intensa–. En absoluto.

Grace reconoció entonces que sería muy fácil enamorarse de él. Y sabía que había seducido a las mujeres desde que tuvo edad para fulminarlas con esos ojazos verdes.

–Solo quiero decir que la última vez que te vi eras una niña. Seguramente seguías creyendo en Santa Claus.

–¡Tenía catorce años! –exclamó Grace–. Pero ya no creo en Santa Claus, no te preocupes.

Aunque había estado locamente enamorada del hombre que tenía delante, imaginando interminables escenas en las que, por fin, Rory se fijaba en ella. Claro que, seguramente, ese era el tipo de pensamiento para el que ya era demasiado vieja.

La pena de haber sido invisible para él todos esos años estaba mezclándose con el comentario de que era demasiado mayor para creer en según qué cosas y Grace empezó a enfadarse.

–¿Tú has traído a esos hombres?

Rory se encogió de hombros.

–Vi que tenías un problema e hice una llamada de teléfono.

–¿Qué clase de hombre consigue una camioneta llena de peones con una simple llamada de teléfono?

–Lo dices como si la camioneta estuviese cargada de licor de contrabando en la época de la Ley Seca –se burló él.

–Ah, muy bien, vieja y estirada.

–Yo no he dicho eso. Aunque ahora mismo tienes los labios fruncidos como una profesora que hubiese encontrado una rana en el cajón.

–Estás intentando distraerme.

–¿Y lo he conseguido?

Sí.

–¡No!

–Porque se me ocurre otra manera de distraerte... y hacer que dejes de fruncir los labios.

¿Rory Adams estaba amenazando con besarla? Y era tan fácil imaginar esos labios sobre los suyos...

Grace sintió un calor que subía desde el cuello hasta su cara. ¿Se había ruborizado? Ella no se ruborizaba nunca. Estaba actuando como una cría.

Pero enseguida se dio cuenta de que no tenía intención de besarla. Solo estaba tomándole el pelo, como cuando era una niña. ¡Y tenía la impresión de que estaba disfrutando!

Grace respiró profundamente, haciendo lo posible para borrar esos besos de su imaginación.

–Lo que quiero saber es por qué estabas en el parque hoy precisamente.

–¿Justo cuando tú necesitabas un caballero andante?

Esperaba que ella discutiese sus cualidades como caballero andante. O tal vez pensaba que iba decir que ella no era una damisela en apuros.

Pero ya no tenía catorce años y no iba a dejar que le tomase el pelo. Ni iba a mirar sus labios pensando, en un momento de locura, que no estaba bromeando sobre la posibilidad de besarla.

De modo que cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a golpear el suelo con el

pie, sin importarle parecer una maestra de escuela con una rana en el cajón.

–¿Qué estabas haciendo aquí?

–Tu secretaria me dijo dónde encontrarte –admitió él.

Grace pensó que debería hablar con Beth. Pero ¿qué mujer podría decirle que no a Rory Adams cuando se ponía encantador? Incluyéndola a ella.

–¿Y por qué querías verme?

–Porque tenemos que hablar.

–Ya te dije que no tenemos nada que decirnos.

–Yo creo que sí. Ahora más que nunca.

–Muy bien. Envíame la factura y te pagaré los gastos –replicó Grace.

Él hizo una mueca.

–No voy a hacerlo.

–Entonces, no tenemos nada más que hablar. Me gustaría decir que me alegro de verte, pero en estas circunstancias no puedo hacerlo. Adiós y...

–Quiero que mi empresa sea una de las patrocinadoras de la cena benéfica Warrior Down y estoy dispuesto a hacer una contribución sustanciosa.

La había pillado por completo desprevenida y Grace bajó los brazos. Una mujer más fuerte lo habría rechazado, pero Warrior Down era su causa favorita. De todos los eventos que organizaría aquel año, solo aquel le tocaba el corazón de verdad y su éxito lo significaba todo para ella. Todo.

Aunque le gustaría, no podía rechazar un donativo por orgullo. ¿Cómo iba a decirle que no a un hombre que podía sacar vaqueros de una chistera? Y estaba segura de que su contribución sería más que generosa porque Rory Adams no era un hombre que se conformase con cualquier cosa.

Incluyendo una chica tan normal como ella, pensó.

Le gustaría saber qué consideraba él una contribución sustanciosa, pero tenía la sensación de que, si aceptaba le estaría dando poder sobre ella y, por un día, ya había tenido más que suficiente.

No iba a discutir el asunto en el parque, con el vestido manchado y un tacón roto. Tenía que calmarse antes de tomar una decisión y se verían en su territorio, cuando hubiese recuperado la compostura. Con el pelo arreglado y su mejor vestido, además. La próxima vez que viese a Rory Adams estaría en su mejor momento.

De modo que sonrió, intentando mostrarse como la profesional que era.

–Estaré encantada de discutir el asunto contigo. Si llamas a mi secretaria, Beth, ella te dará cita.

Rory pareció sorprendido. Seguramente no estaba acostumbrado a que le negasen nada. Pues peor para él.

Grace se dio la vuelta y se alejó cojeando, pero con toda la dignidad de la que era capaz.

–¡Oye, Gracie Sacie!

Ella miró por encima de su hombro, con cara de pocos amigos.

–Podrías darme las gracias.

Durante un momento delicioso, pensó que de verdad había herido sus sentimientos, que esperaba que lo abrazase agradecida por haberla rescatado y estaba enfadado porque no había sucumbido a sus encantos.

Pero no parecía en absoluto perturbado por su falta de gratitud. Al contrario, parecía estar burlándose. Como cuando era pequeña y la atormentaba llamándola «Gracie Sacie» en lugar de enamorarse locamente de ella.

«¡Gracie Sacie..., por favor!».

Pero la próxima vez, en su territorio, ella llevaría el control. Se mostraría perfectamente calmada, seria y profesional.

Claro que esa mujer perfectamente calmada, seria y profesional tuvo que morderse los labios para no sacarle la lengua.

Y cuando lo oyó reír, como si hubiera leído sus pensamientos, sintió un escalofrío por la espalda.

Rory no parecía reír así a menudo y, aunque era una peligrosa debilidad, Grace se alegraba. Se alegraba de ver, aunque solo fuese por un segundo, una sombra del joven despreocupado que solía ser.

Rory la vio alejarse sin dejar de sonreír. Como no solía preocuparse por cosas como el sentimiento de culpa, le asombraba un poco sentirse tan aliviado al convertir la pequeña mentira de su secretaria en una verdad.

Ofrecerse a donar dinero a la fundación Warrior Down era algo a lo que Gracie Day no podía resistirse.

Pero sabía que no era inteligente involucrarse en su vida. Gracie era sensible, dulce, inteligente, alegre. En otras palabras, mucho más complicada que las mujeres con las que solía salir. Y también más inocente. Se había puesto roja hasta la raíz del pelo cuando le dijo que sabía cómo borrar esa sonrisita de su cara...

Y su propia reacción al pensar en un beso había sido sorprendente.

Pero Gracie era demasiado inocente como para lidiar con alguien como Serenity y Warrior Down sería la excusa perfecta para tenerla vigilada.

Aunque esperaba que no descubriese nunca qué le había pedido a Slim.

Seguramente no le importaría que le hubiese pedido información sobre dónde residían Serenity y Tucker, pero era la segunda parte lo que haría que se enfadase de verdad.

«Cómprale al chico un refresco y guarda la lata».

Necesitaba un plan B en caso de que Serenity estuviese engañándola. Si Tucker era hijo de Graham, ¿no se lo habría contado ya? ¿Y por qué no se lo dijo a Graham cuando vivía? ¿Qué beneficio sacaría de mantener en secreto a su hijo?

Rory vio a Gracie saliendo del aparcamiento en uno de esos lujosos coches que los hombres mayores compraban para informar al mundo de que habían llegado lejos en la vida.

«Llama a mi secretaria y pídele una cita».

Grace pensaba que la próxima vez todo iría como ella deseaba, que ella llevaría el control.

Pero, por lo que Graham le había contado sobre su hermana, lo último que Gracie necesitaba era más control.

Tal vez estaba involucrándose demasiado, pensó.

¿Pero y si Graham no había querido solo que comprobase cómo estaba de vez en cuando? ¿No era eso demasiado literal?

¿Y si lo que había querido decir era que cuidase de ella, que si veía que intentaba controlar todo lo que había a su alrededor hiciese algo al respecto?

Rory suspiró. Él era la persona menos adecuada para interpretar las últimas palabras de un hombre.

Pero estaba seguro de que Graham aprobaría que sacudiese un poco el mundo de Gracie. Además, estaba deseando hacerlo. Y aunque ella no lo reconocería al principio, sería su regalo para la hermana pequeña de su mejor amigo.

Tal vez no tenía que cargarla con los detalles de la muerte de Graham, tal vez solo tenía que compensarla por ello.

Irrazonablemente contento consigo mismo, Rory sacó el móvil del bolsillo y llamó a la oficina de El día de tu vida para pedir cita. Y luego llamó a Bridey. Su ayudante personal se estaba ganando el sueldo aquel día.

—Dígame, señor Adams.

Rory hizo una mueca.

—Buen trabajo con los vaqueros. ¿Cómo lo has hecho?

—Gracias, señor Adams. El señor McKenzie es un joven muy agradable. Pasé un fin de semana en el rancho hace algún tiempo, pero me temo que últimamente no está yendo muy bien por culpa de la crisis.

—Le he encargado otro trabajo, espero que eso lo ayude un poco. Y tengo otro reto para ti, pero este no va a ser tan fácil.

Bridey suspiró, evidentemente encantada.

—Esos son mis favoritos.

Rory le dijo lo que necesitaba y esperó que ella lanzase una exclamación de horror, que le dijese que por fin le había encargado una tarea imposible.

En lugar de eso, Bridey le preguntó:

—¿Italia o Spider?

Grace se quedó sorprendida cuando su secretaria le dijo que Rory Adams ya había pedido cita para el día siguiente. De haber sabido que iba a llamar de inmediato le habría dicho que lo hiciese esperar un par de días...

En fin, a la mañana siguiente, Grace se sentía más segura de sí misma y tan preparada para enfrentarse con Rory Adams como iba a estarlo nunca.

Miró su despacho, satisfecha. Era un sitio muy agradable, nada ostentoso, pero sí

elegantemente decorado para recibir a los clientes. Su escritorio era una mesa antigua de caoba, los cuadros que colgaban de las paredes eran de artistas locales, pero las alfombras eran importadas. Como su coche, decían: «He logrado el éxito».

Pero Beth, su secretaria, le preguntó si pensaba realizar una operación quirúrgica.

–¿Qué quieres decir?

–No lo sé, tiene un aspecto estéril. Casi huele a antiséptico.

Estéril y antiséptico no era precisamente la impresión que Grace quería dar, de modo que llamó a la floristería para pedir que le enviaran un ramo de lirios blancos.

Cuando le preguntaron qué quería poner en la tarjeta, al principio dijo que no habría tarjeta, pero después se le ocurrió que no haría daño que hubiese una entre las flores, como si se las hubiese enviado un hombre. Rory era detallista y seguramente se fijaría.

Y estaría bien que viese un ramo de flores con una tarjeta en la que dijera: *Para Gracie, con amor.*

Pero cuando llegó el ramo y miró la tarjeta se preguntó si sería una señal de que las cosas no iban a salir como ella esperaba, porque la letra no era precisamente masculina. De modo que, enfadada, la tiró a la papelera.

Tal vez era una innecesaria atención al detalle, pero eso era lo que hacía para ganarse la vida: organizar eventos perfectos. Aunque no se le escapaba que complicarse tanto la vida para cambiar la impresión que Rory tenía de ella era demasiado.

Y no era solo el despacho limpio y las flores.

Era una noche en vela planeando lo que iba a ponerse, probándose mentalmente todos los vestidos y conjuntos que tenía en el armario. Y eso no auguraba nada bueno.

Había decidido ponerse el conjunto de Chanel en color turquesa al que, en secreto, llamaba «el traje de bibliotecaria sexy». Que era precisamente lo que quería parecer, sexy pero seria y profesional sin haber hecho el menor esfuerzo.

Bajo la chaqueta llevaba una blusa de seda azul marino, muy profesional, incluso con los dos primeros botones desabrochados.

–Una bibliotecaria muy sexy –murmuró.

El traje daba un poco de calor porque era de lana, pero había aire acondicionado en la oficina y, por observador que fuera, Rory no distinguiría la lana del lino.

De modo que, al contrario que en su último encuentro, en aquella ocasión todo sería perfecto.

Llevaba el pelo recogido en un elegante moño, un maquillaje sutil, pero bien aplicado, un traje serio y un poquito sexy a la vez. Incluso tenía un pequeño guion mental para el encuentro.

«¿Cuánto dinero pensabas donar a la organización? Un donativo en efectivo sería ideal para nosotros».

Exactamente a las once en punto, Beth entró en el despacho y cerró la puerta tras

ella.

–Dios mío, ha llegado.

Grace no tenía que preguntar a quién se refería. La expresión de Beth lo dejaba bien claro.

Irritada por la capitulación de su secretaria, Grace decidió mostrarse tan fría como el color de su traje.

–¿Quién ha llegado?

Beth, por supuesto, no se dejó engañar. Llevaban años trabajando juntas y se conocían bien. Eran mucho más que jefa y empleada, eran amigas y compañeras de trabajo. Beth podía, y lo había hecho alguna vez, llevar el negocio por sí misma, especialmente durante las horribles semanas tras la muerte de su hermano.

–Tu cita está aquí.

Grace la miró, boquiabierta. Después de tantos preparativos no había imaginado que se pondría colorada por tan poca cosa.

–Yo no tengo una cita. Tengo una reunión de trabajo.

–Es guapísimo. Se parece a Hugh Jackman, pero más guapo aún.

Grace sintió que le daba vueltas la cabeza, pero tenía que tomar el control, fuera como fuera.

–Yo no tengo una cita –repitió.

–Él dice que tenéis una cita.

–No es verdad.

Beth la miró atentamente.

–Pues te has vestido como si lo fuera.

–Me he puesto este trabajo diez o doce veces.

–Si tú lo dices... ¿no es de lana? Hay treinta grados en la calle.

–Aquí hay aire acondicionado.

–El traje es precioso y siempre me ha gustado cómo te queda ese color –dijo Beth, que parecía haber notado lo nerviosa que estaba. Pero al menos no tenía ocho ponis que reunir con un tacón roto.

–Hazlo esperar hasta que me haya calmado un poco... diez minutos.

Serían los diez minutos más largos de su vida.

¿Una cita? ¿Cómo se atrevía a decir que era una cita? Rory sabía perfectamente que habían quedado allí para hablar de la cena benéfica.

–Me ha dicho que salgas tú.

«Pedazo de arrogante».

–Pues no pienso salir –replicó Grace–. Dile que entre... él no es tu jefe, ni el mío. Qué horror, estaba diciendo lo mismo que había dicho Tucker.

Grace cerró los ojos. Sabía que algo terrible estaba a punto de pasar. Podía sentirlo, como un oscuro nubarrón en el horizonte.

–Ha venido en un Ferrari. Dice que vais a dar una vuelta.

–No, de eso nada.

–Es rojo.

–¿Y qué? –replicó Grace. Pero su voz sonaba demasiado estridente. ¿La verdad? Estaba empezando a desear que apareciesen unos ponis por allí.

–Que he visto que llevas una foto en el monedero... venga, sal, puede que no vuelvas a tener otra oportunidad. Ese hombre es guapísimo y, aunque fuera un sapo, deberías ir a dar una vuelta en el Ferrari.

Grace fulminó a su secretaria con la mirada.

–No –repitió.

–Si vas a decirle que no, hazlo tú misma.

Beth, secretaria leal y amiga convertida en traidora, salió del despacho.

–¿Puede esperar un momento? –la oyó decir–. Grace saldrá enseguida.

La puerta se cerró.

Tendría que decirle que no en persona. Tendría que dejarle claro que la reunión iba a ser como ella la había organizado, en la seguridad de su despacho, donde Rory podría admirar la decoración, las flores y su traje. Donde no había nada de la mujer que le tiraba zapatos a un montón de ponis rebeldes.

Donde no había nada de la mujer a la que él había amenazado con besar porque parecía una maestra de escuela.

Pero, si le decía que no y lo decía con demasiada vehemencia, Rory podría entender que era una maníaca del control o que estaba luchando contra la atracción que sentía por él. No, tenía que demostrarle que no había nada de eso, que no tenía ningún poder sobre ella.

Ninguno.

De modo que saldría del despacho y lo saludaría amablemente. Le diría que no a la excursión en el Ferrari, pero sin ninguna vehemencia, con una sonrisa en los labios. Le explicaría que estaba muy ocupada... que debía organizar una boda el fin de semana y tenía muchas cosas que hacer.

Se levantó para acercarse a la puerta, pero tuvo que detenerse un momento. ¿Era así como se sentía alguien a punto de entrar en combate? ¿Con el corazón latiendo como loco dentro de su pecho? ¿Con las palmas de las manos sudorosas?

Rory Adams estaba sentado en una silla, ojeando una revista. Era un hombre que, a pesar de su aire de poder, había pasado gran parte de su vida esperando... que todo se fuera al demonio.

Había algo del guerrero en él, a pesar de lo civilizado de su aspecto: la camisa de seda, el pantalón de sport, el pelo un poco demasiado largo.

Rory levantó la mirada y cuando sonrió, Grace pensó en él amenazando con besarla. Y se preguntó si habría sido una distracción, una manera de evitar que lo viese por lo que era en realidad.

Porque detrás de ese encanto, de ese atractivo masculino y esa sonrisa, podía ver al guerrero. Y peor, podía detectar cierto cansancio.

–Buenos días, Grace.

El discurso que había preparado sobre lo importante que era y lo ocupada que estaba se fue por la ventana.

Aquel hombre había sido el mejor amigo de su hermano y estaba allí porque quería hacer algo bueno, probablemente para honrar a Graham.

No podía tratarlo como si fuera un enemigo.

Ni siquiera para protegerse a sí misma.

—He oído que vamos a dar una vuelta —le dijo, mirando de reojo a Beth, que parecía a punto de ponerse a aplaudir.

—Esperaba que encontrases un rato.

Estaba ofreciéndole una salida. Era su última oportunidad para decirle que estaba muy ocupada. Y, si dejase de mirarla con esos ojazos verdes, tal vez tendría alguna posibilidad de tomar una decisión racional...

Pero, desgraciadamente, cuando miró por la ventana vio un Ferrari de color rojo guinda al que dos adolescentes estaban haciendo fotografías con sus móviles.

Hacía años que llevaba la fotografía de un Ferrari rojo en el monedero. Si alguien le preguntaba por qué, no sabría explicarlo. Atraía a una parte de ella, una parte que guardaba en secreto.

Y no le gustaba que Rory lo supiese. Su hermano debía habérselo contado. Ese lazo, su hermano, la conectaba con aquel hombre de una manera que no estaba segura de poder manejar.

Y a ella le gustaba manejar su vida.

En lugar de eso, sentía que estaba perdiendo el control y sentía a la vez la tentación de dejarse llevar.

Pero luchó contra ella.

—¿Vamos a hablar de Warrior Down? —le preguntó, con su mejor tono de maestra de escuela.

—Por supuesto —respondió él.

—Muy bien. Beth ha dejado libre mi agenda durante...

—¿Un par de horas?

Un par de horas era mucho tiempo, pero la fuerza de voluntad parecía haberla abandonado.

—Muy bien —asintió. Y luego, intentando salvar algo de dignidad, Grace volvió a entrar en su despacho y tomó las flores, que dejó sobre la mesa de Beth—. Hay que regarlas —le ordenó.

Y Beth, bendita fuera, no dijo: «Pero si acaban de llegar de la floristería».

—Ah, es verdad, iba a hacerlo ahora mismo.

Y antes de que Rory pudiese ver el agua que había en el jarrón, Gracie se dirigió a la puerta, esperando un momento a que él la abriera.

El deportivo era rojo guinda o rojo cereza, bajo, con el techo solar abierto, tan sexy que la dejaba sin aliento. Grace vaciló, pensando que, si subía al Ferrari, algo en su vida cambiaría de manera irrevocable.

«No lo hagas».

«Hazlo».

«No».

«Hazlo».

«Hazlo» estaba ganando. ¿Qué había de genial en su vida que no pudiera cambiarse? Trabajaba, dormía, trabajaba más. Hacía un trabajo importante, sí. Llevaba alegría a la gente, creaba bonitos recuerdos.

Eso era lo que hacía un profesional: darle sentido a su vida a través del trabajo. Eso era lo que hacían las personas que no querían que nadie volviese a hacerles daño.

El día anterior le había parecido perfectamente aceptable, se recordó a sí misma. Antes de los ponis, antes de Rory.

Cuando él abrió la puerta del coche, le llegó el aroma a cuero italiano de los asientos y la colonia de Rory.

Era como una droga que le robaba lo que quedaba de su determinación.

Grace Day dio un paso más hacia el coche.

Capítulo 4

–ESPERA un momento –dijo Rory cuando ella pasó a su lado.

Grace había intentado no rozarlo, pero no sirvió de nada porque él levantó una mano para tocar su pelo, como para apartar un mechón de su frente. Pero lo que hizo fue quitarle el prendedor que lo sujetaba, dejándolo suelto.

«Cómo te atreves» sería la respuesta adecuada. O darse la vuelta y entrar de nuevo en su oficina, dejándolo con un palmo de narices.

En lugar de eso, sintió un escalofrío hasta la planta de los pies. Se quedó inmóvil, capturada por el brillo de admiración masculina que había en sus ojos.

–No puedes viajar con la capota bajada sin dejar que el viento mueva tu pelo –le dijo, con voz ronca.

Le ofreció el prendedor y ella lo guardó en el bolso sin la menor palabra de protesta.

Tal vez otra mujer sería más fuerte, pero la mezcla del deportivo rojo y la sensual caricia en su pelo la dejó incapacitada. No podía resistirse a la tentación.

Grace se inclinó para entrar en el coche.

Nada podía estar a la altura de una fantasía que había tenido durante tanto tiempo, se decía a sí misma, intentando desesperadamente recuperar el control.

Pero cuando Rory Adams se colocó tras el volante y oyó el suave rugido del motor tuvo la horrible impresión de que tal vez algunas cosas podían ser incluso mejores que una fantasía.

–¿Dónde vamos? –le preguntó.

–¿Eso importa?

El coche se movía con tal suavidad que parecían estar flotando por el aire y el deseo de recuperar el control se esfumó.

–No.

–Había pensado ir al lago Okanagan y comer en el restaurante del hotel.

–Ahí es donde tendrá lugar la cena benéfica.

–Lo sé.

Grace hizo una mueca mientras se abría paso entre el tráfico de Mason para tomar la carretera del lago.

¿Aquel hombre lo sabía todo? Aparentemente, sí. Incluso conocía su sueño de tener un Ferrari rojo.

–Graham debió de hablarte de mi secreta fascinación por estos coches.

–¿Y es lo que tú esperabas? –le preguntó Rory, con una sonrisa que no la distrajo. No quería admitir que Graham y él habían hablado de ella.

–Por el momento, es más de lo que yo esperaba –admitió Grace–. Pero la verdad es que no sé si me gusta que mi hermano y tú hablaseis de mí.

–Y lo entiendo –Rory levantó las cejas como el villano de las películas.

A pesar de saber que estaba intentando distraerla, Grace tuvo que reír. Desde la muerte de Graham y la ruptura de su compromiso con Harold no había encontrado muchas razones para reír y no se le escapaba la ironía de que su trabajo consistiera en organizar ocasiones felices para los demás.

–Cuéntamelo –lo retó.

–Muy bien. Creo que lo sé casi todo sobre ti.

–¿Ah, sí?

–Tu color favorito es el amarillo y tu libro favorito *Ana de las tejas verdes*. Sé que una vez le diste un puñetazo a un niño que te robó un beso... y que te castigaron por ello. Eso sí que tiene gracia, tú castigada.

–A pesar de lo que crees, no soy una niña tan buenecita.

–Ya –murmuró él, incrédulo–. Cuéntame algo sobre ti que me sorprenda.

Estaban tomando la salida de la autopista y podía ver las aguas azules del lago Okanagan bajo el sol, a lo lejos.

Pero Grace no quería solo sorprenderlo, quería darle un susto.

–Me he bañado desnuda en el lago.

Rory soltó una carcajada.

–Sí, seguro. Tú sola, de noche.

–¡No es verdad! Era una fiesta de la universidad.

–Ah, ya. ¿Y cuántas cervezas tuviste que tomar para hacerlo? Seguro que estabas borracha, era de noche y corriste hacia el agua envuelta en una toalla que solo te quitaste en el último momento. Y luego te quedaste en el agua, helada, para que nadie te viese desnuda y estuviste enferma en la cama una semana después de eso.

Grace lo miró, perpleja por lo acertado del retrato de uno de los momentos más escandalosos de su vida. Evidentemente, Graham le había contado demasiadas cosas.

–Lo sé casi todo sobre ti –siguió Rory–, y tú, por otro lado, no sabes nada sobre mí.

Pero eso no era cierto del todo. Grace recordaba su casa, por ejemplo. Cuando se mudaron a Mason, la casa que ocupó su familia era la única de alquiler en la zona. Todos las demás familias eran propietarias.

Los Adams ocuparon una vieja casa de dos plantas al final de la calle, pero sus padres no hicieron nada para arreglarla.

La pintura estaba deslucida, la verja medio tirada y en el interior había cortinas viejas y bombillas fundidas que nadie cambiaba nunca. El jardín estaba cubierto de malas hierbas, alguna moto vieja y papeles de periódicos enganchados a los arbustos. Un viejo coche reemplazaba a otro delante de la casa...

Pero, aunque Rory había dicho que no sabía nada sobre él, Grace no se atrevía a mencionar esos detalles. No iba a decirle que había llegado muy lejos en la vida.

–Ah, espera –dijo él entonces–. Sí sabes un par de cosas sobre mí: el chico pobre del barrio.

–Pero si vivías en el mismo barrio que yo.

Rory se concentró intensamente en conducir durante unos segundos y cuando por fin la miró lo hizo con una sonrisa en los labios.

–No te engañes a ti misma, Gracie Sacie. El mismo barrio, mundos diferentes.

La sonrisa era falsa. Decía que daba igual, que no le importaba, pero no era verdad. La miraba con un brillo de reserva en los ojos, como retándola a juzgarlo.

Grace recordaba claramente los coches de policía llegando a la tranquila calle del barrio residencial y los gritos desde la casa en una ocasión en la que su madre había salido bebiendo directamente de una botella de vino.

Y recordaba la dignidad con la que Rory había llevado todo eso, el brillo de orgullo en sus ojos mientras tomaba a su madre del brazo delante de todos los vecinos, sin mirar a nadie mientras entraban en la casa.

–¿Quieres saber cómo era vivir en una casa así, Gracie?

Grace sabía que iba a confiarle un secreto y eso no era algo que hiciese a menudo. Su sonrisa había desaparecido.

–Cuando creces en una zona de guerra, no esperas nada bueno de la vida. Ese cinismo me convirtió en soldado y siempre me hizo sentir como si fuera un paso por delante de los demás, de los que esperaban cosas buenas.

Grace debía admitir que llevaba parte de razón. Ella siempre había sido como Pollyanna, con sus sueños rotos continuamente.

Pero que no esperase nada bueno de la vida la entristecía.

–Cuando esperas lo peor, no te llevas una desilusión –dijo Rory.

–¿Y qué pasa cuando ocurre algo bueno? –le preguntó ella–. ¿Qué pasa cuando el chico que no esperaba nada bueno de la vida acaba conduciendo un Ferrari rojo?

–No olvides que la chica de la casa de al lado está con él –dijo Rory, como retándola a ver más allá.

Y la cuestión era que Grace veía más allá.

–Lo digo en serio.

–¿Hablas de broma alguna vez?

–Alguna vez, pero no ahora mismo. ¿Qué sientes cuando ocurre algo bueno en lugar de algo malo?

–Ah, esa palabra otra vez: «sentir».

–Sé que te hace sentir incómodo, ¿pero podrías responder a la pregunta?

–Cuando ocurren cosas buenas las disfruto. Sin esperar que duren, claro.

Estaba diciéndole algo y Grace sabía que debía prestar atención: Rory no era de los que se quedaban.

¿Y qué le importaba a ella? Nunca pensaría en Rory Adams de ese modo.

Aunque, en secreto, lo hiciera. Y se dio cuenta de que seguramente siempre sería así.

Sería estúpido enamorarse de alguien como él, pero Rory tenía razón, estaba siendo demasiado serio. Además, en sus planes no entraba enamorarse de nadie. De hecho, todo lo contrario.

Y Rory no le había propuesto que pasaran el resto de su vida juntos, solo estaba regalándole aquel día y pensaba pasarlo bien.

¿Cuándo fue la última vez que lo pasó bien? ¿Cuándo se había tomado un día libre? Desde luego, ninguno desde que su hermano murió.

Estaba aceptando aquel inesperado regalo sin pensar siquiera que tendría que pagar un precio más tarde.

–¿Rory?

–¿Sí?

–¿Podrías ir un poco más rápido?

Riendo, él pisó el acelerador y Grace sintió la emoción del riesgo. Y su risa llevaba eso tanto como el poderoso Ferrari.

–Háblame del coche –le dijo, mientras el viento movía su pelo.

–Es un Ferrari de 2011, 458 Spider, con motor trasero y seis velocidades.

–Tengo la impresión de que no alquilan este coche a cualquier cliente –dijo Grace–. De hecho, ¿dónde se puede alquilar un coche así en Mason?

–No lo he alquilado en Mason –respondió él, un poco incómodo–. Ha sido un arreglo especial.

–Primero los vaqueros y ahora el Ferrari. Si alguna vez necesito que alguien saque un conejo de una chistera, tendré que llamarte, ¿no?

–Si alguna vez necesitas algo, Gracie, cuenta conmigo.

Esa simple frase hizo que Grace volviese la cara para que no pudiese ver cómo la afectaba.

Rory Adams era un hombre que decía lo que pensaba y pensaba lo que decía. Y esas simples palabras, esa promesa de que podía contar con él, la llenaba de una inesperada emoción.

Absurdo porque desde Harold había resuelto no apoyarse en nadie nunca más. Su plan era ser una mujer independiente que colgase cuadros en las paredes por sí misma y cambiase bombillas sin pedir ayuda a nadie. Cuando tuviese un proyecto que no pudiera hacer sola, contrataría a alguien.

Después de Harold, había decidido ser independiente en todos los sentidos y no apoyarse en nadie que la hiciese sentir nada. Y la emoción que había empañado sus ojos por unas simples palabras podría arruinar ese plan de por vida.

Pero aquel viaje en el Ferrari era una distracción. Tenía que concentrarse en ello y olvidar todo lo demás. Al fin y al cabo, tal vez nunca más podría volver a vivir esa experiencia.

De modo que se quitó la chaqueta y se relajó para disfrutar del momento. Le gustaba verlo conducir, sujetando suavemente el volante con una mano, la otra sobre el cambio de marchas. Le gustaba su expresión, alerta, pero relajada. Como dispuesto a todo. Como preparado para todo.

Muchos hombres se volverían locos con un coche como aquel, pero Rory conducía sin agresividad, jugando con el poder del motor, pero sin liberarlo del todo.

Era como si estuviese montando un semental al que tuviera controlado.

Puso un CD y las notas de un viejo rock and roll que aún podría llenar estadios llenaron el interior del coche.

Su elección de música, su forma de conducir, la casa de la que provenía...

«Si alguna vez necesitas algo, Gracie, cuenta conmigo».

¿Cómo podía pensar que no sabía nada sobre él?

Grace se arrellanó en el asiento, sintiendo la caricia del viento en la cara. Y se rindió.

Estaban sentados uno frente al otro en la terraza del restaurante y la vista del lago desde allí era maravillosa.

Grace ya le había contado, con los ojos brillantes, la transformación que planeaba hacer para la cena benéfica que tendría lugar los últimos días de agosto.

Rory la había convencido para que tomase una copa de vino, aunque él no bebió nada.

–¿No vas a tomar una copa? –le preguntó ella.

–Cuando se conduce un coche tan poderoso, es mejor no beber alcohol.

Se dio cuenta de que le gustaba la respuesta, pero había una verdad más profunda tras su negativa a tomar alcohol.

Desde hacía tiempo dependía del instinto. En muchas ocasiones, su supervivencia y la supervivencia de otros había dependido de su instinto y después de eso rara vez hacía algo que embotase sus sentidos. No había probado una gota de alcohol en cinco años.

¿Era solo porque quería tener la mente despejada o por la historia de su familia con el alcohol? ¿Estaba intentando alejarse de ese pasado porque aún lo afectaba?

Aunque estar con Grace también embotaba sus sentidos en cierto modo...

Él nunca hablaba de su familia, de hecho intentaba no pensar en ellos. ¿Por qué había sacado el tema? ¿Porque Grace ya lo sabía? ¿Porque había crecido en la misma calle, al lado del circo que había sido su familia?

No, era más que eso.

Le había confiado algo de sí mismo que no le confiaba a nadie.

–¿Qué fue de tu prometido? –le preguntó.

Para ser un hombre que se enorgullecía de su instinto había hecho la pregunta equivocada y, de inmediato, la camaradería desapareció.

O tal vez eso era lo que quería que pasara.

–¿Qué sabes tú de mi prometido? –le preguntó Grace, claramente molesta.

–Graham me habló de tu compromiso. No le caía muy bien... ¿Herbert?

–Harold.

–¿Y qué pasó?

Grace se quedó callada durante tanto tiempo que pensó que no iba a responder.

Miraba el lago, donde unos chicos se tiraban al agua, jugando, empujándose, sus risas tintineando en el aire.

Pero cuando volvió a mirarlo, se dio cuenta de que hacía un esfuerzo para contener la emoción.

Y a él no se le daban bien las emociones.

No debería haber abierto la caja de Pandora, pensó.

–Me dejó –respondió ella por fin, levantando la barbilla como si no le importase. Pero sus ojos contaban una historia completamente diferente y se dio cuenta de que estaba viendo a la Gracie más auténtica, más vulnerable.

Y que ella le había confiado eso.

Como él había confiado en ella.

–Me dejó porque no era capaz de lidiar con el dolor. Harold decía que era hora de seguir adelante, de volver a ser quien era antes.

Rory sintió una oleada de furia que tuvo mucho cuidado de esconder.

Ella se miró las manos.

–No lo entendía.

–Estaba equivocado, uno no puede olvidar. Y no vuelve a ser el que era antes.

Grace lo miró y la gratitud en sus ojos era tan intensa que lo conmovió. Pero entendió entonces que la muerte de Graham era el lazo que había entre ellos.

Un lazo irrompible. Solo ellos entendían lo que era perder a un hombre así. Cómo cambiaba el mundo para siempre y para peor.

–Espero no conocer nunca al tal Herbert –murmuró, equivocando el nombre a propósito porque no era importante. Lo importante era la personalidad de un hombre.

–¿Por qué?

–Porque no seré responsable de lo que pase.

Pensó que Grace iba a regañarlo por insinuar un acto de violencia. Tal vez incluso lo esperaba para volver a cerrar esa puerta. Esperaba que mostrarle quién era en realidad, lo rápidamente que volvía a su lado oscuro, la asustaría un poco.

Porque no estaba seguro de poder aceptar su confianza.

Sí, Grace podía confiar en que estaría a su lado si lo necesitaba, pero no podía confiar en que hiciese las cosas a su manera, dulcemente.

Sabía que esa oscuridad dentro de él podía apagar su luz.

Pero en lugar de ver eso, en lugar de asustarse, ella dijo:

–Gracias.

La intensidad del momento la había turbado tanto como a él, pero Grace cambió de tema abruptamente.

–Háblame de tu empresa y de lo que te gustaría hacer por Warrior Down.

O tal vez era un cambio de tema lógico al pensar en su hermano.

–Cuando me alisté, mi hermano Sam estaba en el último año de instituto. Era un artista con mucho talento y quería meterse en el mundo de la infografía... ya sabes, diseños por ordenador.

–Sí, claro.

–Yo no tenía mucho dinero, pero lo invertí en su educación y, más tarde, en una compañía. Mi hermano consiguió un contrato para hacer los gráficos del coche de carreras de Saul Bellino. ¿Lo conoces?

–¿El piloto de carreras? Sí, claro.

–Mi hermano hizo los gráficos para el último coche de Saul y con eso logramos mucha publicidad. Luego consiguió un contrato para una línea de autobuses... es un artista y, para sorpresa de todo el mundo, un hombre de negocios muy astuto.

–No me sorprende –dijo Grace–. Cuéntame más.

Rory volvió a sentir un escalofrío. Era como si ella viera cosas en él que otras personas no veían. Y su interés era genuino. No debería sentirse halagado, pero así era.

–Yo estuve involucrado en la empresa, incluso estando en Afganistán, gracias a Internet. Y cuando decidí dejar el ejército me quedé sorprendido al descubrir que era el presidente de una compañía que daba beneficios. Acabamos de terminar un trabajo para una línea aérea y en los próximos meses haremos gráficos para un edificio.

–¿Un edificio? ¿Dónde?

–En Melbourne, Australia.

–¡Dios mío, te has convertido en un magnate internacional!

Rory sintió que estaba en peligro. El chico de la casa pobre siendo admirado por la estupenda chica de la casa de al lado, la que lo tenía todo...

Pero disfrutar de su admiración no significaba que tuviera que ir más lejos.

–Estamos en una buena posición para patrocinar Warrior Down.

–¿Y qué tenías en mente?

–Le he echado un vistazo al borrador del evento en Internet y suena genial: cena, baile, una subasta aquí, en el lago. He pensado contribuir a la subasta.

–¿En qué sentido?

–Había pensado en algo original, algo como un día perfecto. Un viaje en helicóptero por la montaña y un almuerzo con champán, algo así. O tal vez una vueltecita en el coche de Saul, en la pista de carreras. O tal vez las dos cosas.

–Eso sería fantástico.

Era un error alegrarse tanto de que ella se mostrase encantada. Era un error querer disfrutar de su admiración durante toda la tarde, pero un hombre podía permitirse alguna debilidad, ¿no?

–¿Cuál sería tu día perfecto? –le preguntó–. Porque podríamos hacer cualquier cosa... un paseo en elefante por Tailandia, por ejemplo. Literalmente, lo que tú quieras.

Estaba presumiendo, así de sencillo. Y tendría que comprar flores para Bridey al día siguiente ya que sería ella quien se encargase de todos los detalles.

–Pues... no lo sé. Pensé que era una experta en organizar un día perfecto, pero nunca se me había ocurrido trabajar con elefantes. ¿Elefantes en Tailandia, de

verdad?

–Cierra los ojos y dime lo que se te ocurre. Tu día perfecto.

De repente, quería saberlo con toda su alma porque eso le contaría muchos secretos sobre ella.

–Nada tan exótico como un paseo en elefante –dijo Grace, respirando profundamente antes de tomar un sorbo de vino–. ¿Ves a esos niños jugando en el lago? Pues a mí eso me parece un día perfecto.

¿Le había dado la oportunidad de elegir lo que quisiera y elegía nadar un rato en el lago? Pues eso lo decía todo sobre ella.

Salvo por su fantasía del Ferrari, Grace Day era lo que parecía: una chica normal que se no daba aires. ¿Por qué eso le parecía refrescante en lugar de aburrido?

–Eso es poco para un día perfecto. Podríamos hacerlo hoy mismo.

–Yo he pasado días así –dijo Grace–. Teníamos una cabaña en el lago Mara, no una de esas que compran los multimillonarios ahora, sino una cabaña pequeña de madera, sin electricidad siquiera. Pero lo único que yo recuerdo son los perfectos e interminables días de verano.

–Recuerdo a tu familia yendo al lago con el coche lleno de maletas –Rory no dijo nada sobre la punzada de envidia que sentía cuando los veía alejarse, el anhelo de ser parte de algo así.

Pero, curiosamente, aunque lo hubiera deseado con todas sus fuerzas, siempre había rechazado las invitaciones de Graham.

Tal vez para no probar algo que él no podría tener nunca.

Las familias perfectas se relacionaban con otras familias perfecta. Había sabido eso antes de irse a la guerra y volver más cínico de lo que lo era antes. Y lo era mucho para un niño.

De repente, le pareció un demonio contra el que tenía que enfrentarse. Tenía que hacer un agujero en esa ilusión del día perfecto.

–Vamos a hacerlo hoy –le dijo, por impulso–. Nos pondremos un bañador y nos daremos un baño antes de volver a casa.

Descubriría lo aburrido que era y se liberaría del hechizo que Grace estaba tejiendo a su alrededor.

–No, no hace falta. Ya he tenido mi día perfecto. Gracias por el viaje en Ferrari, ha sido un detalle.

–Yo soy así –bromeó Rory, moviendo las cejas cómicamente.

Grace no creyó esa despreocupación, pero no lo dijo.

–¿Cómo crees que eres?

Estaba distrayéndola con su encanto... ¿por qué arruinar el momento? Pero algo lo sobrecogió. Algo llevaba sobrecogiéndolo desde que recordó a su familia marchándose a la cabaña del lago, desde que volvió a verla intentando reunir a los ponis en el parque.

Era como si se viera empujado a mostrarle al verdadero Rory para ver si podía

lidiar con ello.

Y era el momento perfecto para decirle que había fracasado, que le había fallado a su hermano, pero no estaba preparado para hacerlo.

–¿Cómo soy? Un hombre cínico y agresivo cuando hay que serlo.

Odiaba haber dicho eso porque lo hacía sentir tan vulnerable como si le hubiera contado toda la verdad sobre la muerte de su hermano. Le había mostrado una parte de él que le escondía al resto del mundo, de modo que terminó con tono sarcástico:

–En otras palabras, Gracie, no soy tu tipo.

Como esperaba, ella se mostró indignada.

–¿Quién ha dicho que fueras mi tipo?

–Nadie, solo lo digo para que no te hagas ilusiones.

–No me haría ninguna ilusión sobre ti, te lo aseguro.

–Genial. Vamos a nadar un rato, antes de que te ahogues con ese vestido de lana que no te has puesto para mí.

–No he traído bañador –dijo Grace.

De modo que se había dado cuenta de que el traje era en su honor...

–¿Es de lana? –le preguntó Rory, inclinándose para mirar la falda de cerca.

–Lana fría, muy ligera –respondió ella, irritada–. Deberíamos irnos.

–Deberíamos nadar un rato. ¿De qué tienes miedo?

–No tengo miedo a nada. Es que no traigo un bañador en el bolso. Imagino que tu tipo de mujer lo llevaría a todas horas, ¿no?

–¿Y cuál es mi tipo, Gracie?

–Una rubia tonta –respondió ella.

Rory levantó su vaso.

–Has dado en el clavo.

Ella tomó un sorbo de vino... con las mejillas y la nariz un poco enrojecidas. Había tenido razón: se mareaba con una sola copa de vino.

Luego tocó distraídamente su melena cobriza, que él había sido tan tonto como para soltar, mirándolo directamente a los ojos.

–Hay todo tipo de tiendas en el hotel, imagino que podría encontrar un bañador.

Rory sabía que no era algo que hubiese planeado y que no le salía de forma natural ser tan espontánea. Y tal vez la espontaneidad era peligrosa dada la intensidad que había entre ellos.

Grace quería poner distancia.

Y él también.

Pero, al mismo tiempo, quería ver si podía ser inmune a aquella mujer. Si podía romper el mito que había tenido siempre en relación con su familia.

Había imaginado que compraría un bañador de una pieza, tan sexy como un uniforme del equipo alemán de natación y, aunque eso era lo que quería, decidió tomarle el pelo.

–Cuando compres ese bañador, sé la chica del Ferrari –sugirió–, no la estirada

señorita Day.

En lugar de mostrarse ofendida, ella pareció triste de repente.

–Graham siempre decía que era una aburrida.

–Puedes relajarte, Gracie –dijo Rory.

Pero enseguida se preguntó a qué demonios estaba jugando.

Después de pagar la cuenta, se separaron en busca de bañadores. Él compró un bañador oscuro en dos segundos y después se sentó en un banco frente a la tienda, donde Grace podría verlo cuando saliera.

Había apagado el móvil antes de ir a buscarla y lo encendió para comprobar los mensajes.

Solo uno lo interesó, el de Slim McKenzie, el vaquero que había acompañado a Serenity a casa.

Rory miró hacia la tienda, donde Gracie miraba un bañador muy de su estilo que, seguramente, iría con un gorro a juego.

Escuchó el mensaje de Slim y, después de comprobar que Grace seguía en la tienda, le devolvió la llamada.

–Lo siento, señor Adams, el niño tiró la lata por la ventanilla antes de que yo pudiese guardarla.

–¿No sabes que no se deben tirar cosas por la ventanilla?

–Yo sí, el niño parece que no –respondió Slim–. Están en un camping en la carretera de Bixby, a unos seis kilómetros de Grumbly, y en la propiedad hay un cartel de *No pasar*. No creo que tengan permiso para estar allí.

–Seguro que no.

–Había un riachuelo para dar agua a los caballos, pero no he visto mucha hierba y tampoco he visto que tuvieran paja o pienso.

–Pero los ponis parecían bien alimentados.

–Desgraciadamente, los caballos que no están desparasitados pueden parecer gordos. Se llama vientre de gusano. Y también puede ser por comer heno de mala calidad.

–¿Estás diciendo que esos animales pasan hambre?

–Creo que sí, por eso no paraban de comer hierba en el parque.

Rory no quería involucrarse en ese problema. Y, sin embargo, ¿cómo no iba a hacerlo? Si los caballos pasaban hambre, había muchas posibilidades de que el niño estuviera en la misma situación.

Cortó la comunicación con el ceño fruncido y no solo porque el plan de guardar la lata hubiese fracasado.

Podría llamar a las autoridades, pensó. Había gente que se encargaba de proteger a animales maltratados y él no era una de esas personas. Pero, aunque ya no podía ver a Gracie en la tienda, estar con ella lo obligaba a ser mejor persona.

Suspirando, llamó a Bridey.

–Dígame, señor Adams.

–Necesito que envíes heno de primera calidad para unos ponis –Roxanne le dio el nombre de la finca–. Y una compra semanal de comida para dos personas.

–Muy bien.

–Necesito que busques al propietario de la finca y le pidas permiso para usarla. Ofrécele lo que sea. Puedes usar a Slim para que lo lleve todo allí, él conoce el sitio.

Después de cortar la comunicación, miró de nuevo hacia el hotel.

Gracie, con un albornoz blanco, estaba mirando los bañadores como si fueran un enemigo, mordiéndose los labios mientras los revisaba atentamente.

Estaba claro que no sabía si comprar el bañador que le gustaría o algo que lo dejase de piedra. Esperaba que optase por lo primero y, al mismo tiempo, esperaba todo lo contrario.

No estaba acostumbrado a ser tan indeciso. Al contrario, él era un hombre que sabía muy bien lo que quería.

Rory suspiró. No quería que Gracie supiera nada de lo que acababa de averiguar sobre Serenity y Tucker porque si sospechaba que el niño, que podría ser su sobrino, no estaba bien alimentado se llevaría un disgusto tremendo e hipotecaría su negocio para ayudarlos.

No tenía elección, debía protegerla.

¿La trampa? Que Grace no podía saber que estaba protegiéndola.

«Puedes relajarte, Gracie».

Las palabras de Rory se repetían en su cabeza mientras intentaba elegir un bañador. ¿Cómo no iba a aceptar un reto como ese? Necesitaba demostrarle que estaba equivocado sobre ella.

Que no era una estirada.

Elegió un bañador azul marino que le pareció perfecto. El gorro a juego, con una rosa sobre la oreja, le parecía un poco bobo, pero el bañador era estupendo.

Sin embargo, en cuanto se lo probó supo que no era el bañador que buscaba. Aunque práctico, la hacía parecer tan sexy como una nevera.

Justo el que una estirada hubiera elegido.

De modo que se puso el albornoz y salió del probador.

Podía ver a Rory sentado en un banco, hablando por el móvil, cómodo con su nuevo bañador, mirando el lago.

La vida era tan injusta a veces...

Cuando un hombre necesitaba un bañador, sencillamente entraba en una tienda y tomaba el primero que veía. No tenía que hacerse preguntas, probárselo o mirarlo desde todos los ángulos.

Rory estaba esperando, mirando el lago, un hombre que había aprendido a apreciar los momentos de tranquilidad antes de la tormenta.

¡Lo que no esperaba era que la pequeña Gracie Sacie fuera a ser esa tormenta!

Respirando profundamente, Grace eligió media docena de biquinis y volvió a entrar en el probador.

Unos minutos después, se miraba al espejo.

De alguna forma, sin haberlo planeado, tal vez incluso contra su voluntad, se había convertido en una mujer totalmente diferente a la que entró en su oficina esa mañana.

–No es demasiado tarde para comprar el azul marino –murmuró para sí misma.

Pero sabía que no iba a hacerlo.

Capítulo 5

–VAYA, vaya –dijo Rory, levantándose cuando salió de la tienda–. ¿No podrías haber encontrado una toalla más grande?

Parecía estar pasándolo en grande y Grace se dio cuenta de que la enorme toalla confirmaba lo que él había sospechado sobre su baño desnuda en el lago.

Era una niña que nunca había roto un plato.

Si soltaba la toalla, se sentiría como una idiota. Si no, se sentiría como la estirada que él creía que era.

–Mi piel es muy sensible al sol –colocándose al hombro la bolsa de playa que había comprado junto con el biquini de color turquesa, se dirigió al camino que llevaba a la orilla.

–Pero tendrás que quitártela en algún momento –le recordó Rory–. Me pregunto qué llevarás debajo.

Ella deseó fervientemente que el biquini que había comprado pegase con la nueva Grace, pero ya no se sentía tan valiente. De hecho, empezaba a sentirse realmente incómoda.

–Llevo la clase de bañador que llevaría una chica que viaja en un Ferrari –le dijo, con toda la confianza que pudo reunir.

–Ah, pero la cuestión, mi Gracie, es que la chica que viaja en Ferrari no se habría molestado en comprar una toalla.

«¿Mi Gracie?».

–Pues entonces esa chica acabaría quemándose con el sol –replicó ella.

–Los centros de bronceado eliminan ese problema.

–¿La chica ficticia del Ferrari no ha oído hablar del melanoma?

–Si es una palabra de cuatro sílabas, seguro que no.

Grace soltó una carcajada.

–Una rubia tonta, ya te lo dije.

–Sí, es verdad.

Cuando llegaron a la playa artificial creada por los dueños del hotel, Grace se acercó a la orilla.

–¿No vamos a tumbarnos un rato al sol? –preguntó Rory.

Grace decidió no contarle que el traje de lana que se había puesto, precisamente por la razón que él había imaginado, era más que suficiente por un día.

Mirándolo de soslayo, se quitó la toalla y se metió en el lago antes de que cayera al suelo.

Lanzó un grito al notar lo fría que estaba el agua, pero no dejó de correr hasta que le llegó al cuello.

–Venga, está estupenda.

–Mentirosa. Te castañetean los dientes.

–Gallina.

Rory enarcó una ceja.

–Nadie me llama gallina, Gracie Sacie.

Se lanzó al agua de cabeza y empezó a nadar hacia ella, pero Grace había hecho muchas carreras con su hermano en las aguas frías del lago y se alejó nadando a toda velocidad hacia el corcho flotante.

Llegó unos segundos antes que Rory y se agarró al corcho con las dos manos, temiendo que, si salía del agua, el biquini no saldría con ella.

–Algunos biquinis no están diseñados para nadar, ¿verdad, Gracie?

Ella se colocó un tirante rebelde sobre el hombro. Aquello empezaba a parecerse demasiado al día anterior.

Rory empezó a canturrear deliberadamente, desafiante, intentando encontrar a la chica del Ferrari rojo mientras Grace subía al corcho, agradeciendo que los chicos de antes se hubieran ido. Mientras se colocaba el biquini, volvió a escuchar la risa de Rory. Estaba riéndose y ese no era el efecto que había esperado.

–Te vas a enterar, Gracie. Nadie me llama «gallina».

Rory empezó entonces a tararear una música mucho más siniestra: la banda sonora de *Tiburón*.

Iba a subir al corcho de un salto, pero en cuanto apoyó las manos Grace le dio un empujón.

Rory cayó al agua y ella se preparó para el siguiente ataque. Pero en cuanto se dio cuenta de que él ya no estaba riendo, sino admirándola, tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse con las manos.

¿Por qué no disfrutar del brillo de admiración que había en sus ojos? ¿Por qué no ser la chica alegre que llevaría un biquini como aquel y viajaría en un Ferrari rojo?

–Te doy una oportunidad para que te rindas –dijo él.

–He hecho una promesa y pienso cumplirla.

–No tienes ninguna posibilidad, Gracie Sacie.

–A lo mejor eres tú quien no tiene ninguna posibilidad.

Cuando Rory intentó subir de nuevo, ella puso un pie sobre su torso con intención de empujarlo y cuando él la agarró por el tobillo logró soltarse, riendo.

Volvió a intentarlo y, de nuevo, Grace lo envió de vuelta al lago. Pero mientras estaba congratulándose de haber repelido el ataque, él la agarró por la muñeca y la tiró al agua de cabeza.

Rory subió al corcho y repelió todos sus esfuerzos por subir hasta que los dos estaban riendo y Grace se olvidó de sus vergüenzas, inmersa en el juego, en la sensualidad del momento... agua fría, cuerpos mojados, un perfecto día de verano y un hombre perfecto con el que disfrutarlo.

Por fin, logró agarrarse a una de sus rodillas, como un bull terrier que se negaba a soltar a su presa.

–Muy bien –dijo Rory cuando los jadeaban por el esfuerzo–. Me has agotado.

Compartiré el corcho contigo.

–¿Es eso una rendición?

–Podríamos decir que es una tregua.

Ella fingió pensárselo.

–Muy bien.

Rory le ofreció su mano, que Grace aceptó. Tiró de ella con una fuerza increíble y se quedaron de pie, bajo el sol, pegados el uno al otro, chorreando agua y mirándose a los ojos.

La Madre Naturaleza había creado un hombre perfecto, pensó. Sus facciones esculpidas, masculinas, gloriosas, los músculos mojados emanando fuerza. Y sus ojos eran del verde más intenso que había visto nunca.

La mirada de Rory se deslizó con franca admiración desde el pelo hasta el escote y luego a sus labios.

Y por un momento, se quedaron allí, haciendo que Grace deseara lo que él claramente deseaba.

Pero entonces Rory se dio la vuelta, tumbándose boca arriba para tomar el sol y ella se tumbó a su lado.

–¿Por qué nunca has vuelto a casa? –le preguntó–. Graham volvía siempre que podía. Y siempre venía en Navidad.

Él no respondió inmediatamente, seguramente debatiendo consigo mismo qué quería confiarle. Y Grace se emocionó cuando respondió por fin, sabiendo que había pasado una prueba que no pasaba mucha gente.

–Me alegré tanto de irme de casa que, salvo por mi hermano, nunca miré atrás. El ejército fue una bendición para mí... la rutina, las reglas, las comidas a la misma hora todos los días.

–Podrías haber ido a casa con Graham. Sé que él te lo pidió muchas veces.

–Suelo pasar las vacaciones con mi hermano, pero los dos fingimos que no es Navidad. A veces vamos a esquiar, a California en una ocasión, a Francia en otra.

A pesar de que lo contaba con aparente indiferencia, a Grace se le encogió el corazón.

–¿Cómo están tus padres? Se marcharon del barrio poco después de que tú te alistaras en el ejército.

–Los dos han muerto. Mi madre de cirrosis, mi padre unos años después en un accidente.

–No lo sabía. Graham no me dijo nada.

–La gente que vive la vida como mis padres no resiste mucho tiempo.

Grace giró la cabeza para mirarlo, pero tenía una expresión reservada, distante.

–Lo siento.

No se refería a la muerte de sus padres, sino a él. Por haber crecido en un ambiente así, por no tener dónde ir en Navidad, por estar tan solo en el mundo que ni siquiera había compartido su dolor con su mejor amigo.

Rory cerró los ojos.

–¿Cómo están tus padres, Grace?

Evidentemente, quería cambiar de tema. No le gustaba haber revelado demasiado sobre sí mismo.

Pero ella se sentía honrada por su confianza. Y, a pesar de estar medio desnuda al lado de aquel hombre fabuloso, de repente se sentía cómoda con él. En cierto modo era como si fuese un desconocido, pero tenía la sensación de conocerlo. Había entrado y salido de su casa tantas veces cuando eran más jóvenes...

Grace le habló de sus padres y luego se aventuró en un momento del pasado, cuando encontró a Rory y Graham fumando a escondidas en el parque y amenazó con contárselo a sus padres.

–Entonces eras una niña insoportable.

Siguieron hablando del instituto, de amigos comunes, de qué compañero se había casado con quién y quién estaba divorciado. Rory cerró los ojos y eso le dio la oportunidad de estudiarlo, de respirar el olor de su piel, de maravillarse por el brillo de su pelo.

Cuando se levantó esa mañana no hubiera podido predecir un día como aquel.

¿Cuándo fue la última vez que se mostró relajada, espontánea? ¿Cuándo se había vuelto tan estirada? ¿Desde cuándo pensaba que, si dejaba de controlarlo todo con mano de hierro, la vida se convertiría en un caos?

Mientras el sol secaba su piel, Grace se dio cuenta de lo bien que se sentía allí. Relajada... ¿se atrevía a decir feliz?

Sí, feliz.

–Me siento feliz –dijo en voz alta, sorprendida.

–Me alegro –respondió él, girando la cabeza para mirarla.

–¿Y tú?

Rory cerró los ojos, como contemplando la pregunta con gran interés. Pero luego volvió a abrirlos y la miró con una sonrisa en los labios.

Una sonrisa de verdad que iluminaba sus ojos.

–Sí, yo también.

–Hace mucho tiempo que no me sentía feliz –le confesó Grace.

Él se quedó callado, mirándola, pensativo.

–Yo tampoco.

Y, de nuevo, Grace sintió esa deliciosa tensión entre los dos. Cuando Rory alargó una mano para trazar una gota de agua que se deslizaba por la curva de su cuello, pensó:

«Va a besarme».

«Voy a besarla», pensó Rory, asombrado. De hecho, estar con ella era asombroso. ¿Qué tenía Grace que lo hacía sentir como si no pudiera controlar lo que estaba

pasando?

Él no hablaba de su familia y, sin embargo, le había hablado de ella. Y en lugar de pensar que debería haber mantenido la boca cerrada, sentía como si se hubiera liberado de una carga.

Se sentía aceptado.

De modo que su asombro iba en aumento mientras trazaba con un dedo esa gota de agua que rodaba por su cuello, posiblemente lo más suave que había tocado nunca.

Podía oler el agua en su piel, sentir la temperatura del sol.

Se sentía feliz.

La cuestión era que la felicidad para él siempre había sido algo intangible, algo que podrían arrebatarse con enorme rapidez.

Nunca había ido a casa de los Day en Navidad porque sabía lo que iba a encontrarse allí: felicidad.

Él fuera, mirando, sabiendo que no tendría nunca algo así.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarse, mirando sus ojos, esos ojos que tenían una luz milagrosa que era capaz de destruir todos sus escudos, que parecía llegar dentro de él para romper la oscuridad.

Haber permitido que lo hiciese feliz lo hacía sentir vulnerable. Si uno se abría a sí mismo a la felicidad, ¿qué otros sentimientos podrían colarse?

No, él no quería que eso pasara.

Llevaba demasiada carga con él. Era responsable de varias muertes, de los dos lados. Hermanos que lo perseguían en sueños, hombres a los que llamaba enemigos, pero lo que tenía que hacer no era más fácil por ello.

La única forma de sobrevivir era no encariñarse con nada, con nadie.

Salvo con Graham.

No podía besar a la hermana de Graham.

O tal vez sí. Eso era lo que pasaba cuando uno se sentía feliz. Era como el vino, que embotaba tus sentidos y no te permitía pensar con claridad.

Un ruido despertó al guerrero que había en él y Rory se enfadó consigo mismo por no haber notado que los chicos volvían al corcho.

Era la segunda vez que bajaba la guardia estando con Grace. La primera había sido el día anterior, con Tucker.

Tres chicos de unos quince o dieciséis años subieron al corcho, empujándose para tirarse al agua, bromeando y soltando algunas palabrotas.

¿Se sentía aliviado de que esos críos hubieran roto el momento de intimidad?

Rory se levantó y los fulminó con la mirada.

—Ya está bien de palabrotas —les advirtió. No dijo nada más, no tenía que hacerlo.

Eran unos chicos a punto de convertirse en hombres y se preguntaban si debían retarlo, mirándolo con expresión beligerante. Era un momento que había vivido miles de veces.

Dos chicos adolescentes. Había algo raro en ellos...

Rory estaba completamente alerta y relajado al mismo tiempo, como un felino.

Y, afortunadamente, los chicos se dieron cuenta. Había convertido a chicos como aquellos en hombres, hombres a los que había enviado a morir, y ellos parecieron ver su historia en sus ojos, en su postura.

Murmurando una disculpa, se lanzaron al agua y desaparecieron.

Pero la magia había desaparecido también. Eso era lo que llevaba con él.

Grace, en su mundo de Navidades perfectas, planeando fiestas de cumpleaños, no necesitaba a alguien como él.

El momento en el que habían estado a punto de besarse desapareció también y cuando miró a Grace se dio cuenta de que era imposible recuperarlo.

Y no sabía si era una bendición o una maldición.

Grace estaba mirándolo y sabía que estaba viendo lo mismo que habían visto esos chicos.

«Si te metes conmigo, corres un grave riesgo».

De repente, ella pareció sentirse avergonzada del bikini, tal vez porque se daba cuenta de que él no era buena compañía. Y hacía bien.

Ella necesitaba algo sólido, previsible, aburrido, alguien que le diese tardes como aquella, pero sin sombras. Alguien que no llevase la carga de lo que había visto o en quién se había convertido.

Aunque estar con ella no había sido aburrido, todo lo contrario. Había sido puro, refrescante.

Se había sentido libre y joven.

Grace le había regalado un momento de pureza, de felicidad, que no había experimentado en mucho tiempo.

Y entonces habían aparecido esos chicos, recordándole que aquella clase de vida pertenecía a otra persona...

Rory sabía que debería alejarse de ella.

De aquel día perfecto, de los sentimientos que amenazaban con estallar dentro de su pecho...

Su corazón estaba lleno de anhelos.

Ese pensamiento lo sorprendió y miró hacia el agua, intentando escapar de aquella inesperada sensación.

—No tenías que hacer eso —dijo Grace.

Pero estaba equivocada.

—Sí, tenía que hacerlo.

—No necesito que me protejas. Les hubiera dicho algo yo misma si estuvieran molestándome.

—Ya.

Podía solucionarlo sola como había solucionado el problema de los ponis de Serenity en el parque.

De repente, no le gustaba cómo lo hacía sentir. Como si pudiera contarle

cualquier cosa. Peor, como si *quisiera* hacerlo.

Después de dejarla en su oficina iría a la finca donde había acampado Serenity y le preguntaría directamente. Exigiría respuestas, una prueba de ADN. Bridey podría encargarse de su contribución a Warrior Down. Les ofrecería el día perfecto, el que ella eligiera, para la subasta.

Y luego, con alivio, le encargaría todos los detalles a Bridey. Ella lo haría mejor, de todas formas.

Sus caminos, el de Grace y el suyo, podrían separarse allí mismo.

Melbourne, Australia, parecía llamarlo.

Rory miró su piel perfecta, el bikini mostrando sus femeninas curvas, los ojos brillantes, el pelo mojado, las gotas de agua que rodaban por su cuello.

Y se preguntó si Melbourne estaría lo bastante lejos.

–Se está haciendo tarde. Deberíamos irnos.

No le gustaba cómo lo miraba, como si pudiera leer sus pensamientos, como si pudiera ver lo que había dentro de él. Lo que no quería que viese nadie.

Pero lo que no veía era que él no merecía un día como aquel o una chica como ella.

Hicieron el viaje de vuelta a Mason casi en silencio. Rory respondía a sus preguntas con monosílabos, apartándose, protegiéndola.

De él.

Por fin, detuvo el Ferrari frente a su oficina y le abrió la puerta del Ferrari.

Pero Grace no se dio prisa en despedirse, como había esperado.

–Gracias.

–De nada.

–No hemos hablado mucho sobre Warrior Down.

–Piensa en lo que tú consideras un día perfecto –Rory le dio su tarjeta–. Llama a este número y haremos lo que tú quieras.

–No podría haber un día más perfecto que el día de hoy.

Rory no quería dejarse ablandar por su gratitud. Ni siquiera iba a mirarla a los ojos. ¿Por qué no entendía que estaba alejándose por el bien de los dos?

–Intenta pensar en algo por lo que alguien pague dinero. Helicópteros, caviar, yates, esas cosas.

Entonces, Grace hizo algo que Rory no esperaba. Negándose a aceptar esa fría despedida, dio un paso adelante.

Había vuelto a ponerse el traje, pero no podía esconder a la mujer que había visto en bikini. Tenía el pelo seco, pero sus rizos se movían con la brisa...

Nunca había visto una mujer más bella. Y tal vez por eso era incapaz de apartarse, de hacer lo que debía hacer.

Lo vio venir. Podría haberlo visto a un kilómetro. Con los ojos medios cerrados, Gracie respiró profundamente, frunciendo los labios en un gesto encantador.

Tenía tiempo para alejarse.

Pero no lo hizo. La dejó hacer.

Dejó que Gracie Day lo besara.

Y fue mejor de lo que había imaginado. Sus labios eran mucho más dulces, más inocentes.

Pero cuando el beso se alargó, detectó algo más: sus sueños secretos de tener un Ferrari rojo, su pasión, el sitio dentro de ella que Herbert o Hoover o como se llamara hubiese matado.

Rory se apartó, poniendo el dedo índice en su barbilla.

Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no volver a besarla, para no enredar los dedos en su pelo, para no abrazarla.

Había hecho cosas difíciles en su vida, pero nada fue tan difícil como alejarse de Gracie Day.

–No te conformes –le dijo.

–¿Qué significa eso?

«Significa que no te conformes con alguien aburrido y estúpido como Harold».

Pero no lo dijo en voz alta.

–Significa que te libres de ese coche que tienes y compres un deportivo. No te conformes con algo menos que tus sueños.

En lugar de agradecer el consejo, Grace parecía molesta. Mejor, pensó, mientras se daba la vuelta.

Pero algo llamó su atención entonces, un papel pegado al cristal de la puerta de la oficina.

Los coches aparcados donde no debían, los adolescentes con cierta expresión, cualquier cosa que estuviese fuera de lugar lo ponía nervioso y Rory se acercó para tomar el papel.

Debería haber pensado que no era una amenaza, que todo estaba bien. Pero a él no se lo parecía.

No tengo teléfono, *decía la nota*. ¿Sigues queriendo que Tuck y yo vayamos a cenar a tu casa mañana? Con cariño, Serenity.

«Con cariño».

Como si ella supiera lo que era eso.

Por supuesto, tampoco lo sabía él.

Sin decir nada, le entregó la nota a Grace y vio que sonreía al leer el nombre de Tucker.

–¿Los has invitado a cenar en tu casa? –le espetó, cruzándose de brazos.

Melbourne parecía estar alejándose por segundos.

–Sí –respondió ella, desafiante.

–No deberías hacerlo.

–No creas que por un día perfecto y un beso regular puedes decirme lo que tengo

que hacer.

¿Un beso regular?

–No tenías que invitarlos a tu casa. Si te preocupa que el chico pase hambre, podrías haberlo invitado a tomar una pizza.

Demonios. No debería haber dicho eso. Por su expresión, no se le había ocurrido que Tucker pasara hambre...

Eso era lo que ocurría cuando uno crecía en un mundo perfecto. A pesar de lo que quería creer, Grace había vivido una vida muy protegida, en un hogar donde siempre había comida en la mesa. Por eso ni siquiera se le había ocurrido pensar que Tucker no fuese un niño bien atendido.

Y no se le habría ocurrido si él no hubiera abierto su boca.

–Invitaré a cenar a quien me plazca. Y es más, Rory Adams, no me gusta que alguien me diga lo que tengo que hacer. Solo estoy interesada en una relación entre iguales.

–¿Una qué?

–Da igual.

–Una relación –repitió él, incrédulo.

–No me refería a una relación contigo.

–Pero te has puesto colorada.

–Es por el sol.

–Deberías saber que yo no estoy interesado en relaciones de ningún tipo, ni entre iguales ni entre no iguales.

Grace lo miró a los ojos y él tuvo que hacerse el fuerte.

–Yo tampoco estoy buscando una relación –protestó Grace.

–Pero has dicho...

–Lo que quería decir es que ninguna mujer con dos dedos de frente permitiría que un hombre le diese órdenes.

–Yo no estaba dándote órdenes...

–Y no estoy buscando una relación de ningún tipo –lo interrumpió ella–. He decidido que no me interesan. Tengo una empresa y me va bien, eso es lo único que necesito.

–Eso no es verdad, Grace.

Ella lo miró, boquiabierta.

–¿Cómo que no? Puedo enseñarte mi declaración de la renta.

–No me refería a que tengas éxito, ya sé que es así. Pero no creo que hayas decidido no volver a tener una relación. No creo que hayas renunciado a la gran boda seguida de un bebé. Y luego otro. Tres, seguro que quieres tener tres.

–No es verdad. ¡No me interesan esos absurdos sueños!

–Veo en tu cara que no es verdad.

–¿Ah, sí?

–Veo exactamente lo que estás buscando, lo que siempre has estado buscando:

una familia perfecta como la que tenías con tus padres y tu hermano. Una familia perfecta con la que vivir una vida perfecta. La casita para el verano, el pavo el día de Acción de Gracias, las Navidades con regalos.

–Después de mi ruptura con Harold he decidido que nada de eso es para mí.

Rory suspiró.

–Ahora entiendo que seas una presa tan fácil para Serenity.

–No soy presa fácil para nadie. Decir eso es muy feo.

Feo, cínico, así era él. Y por esa razón no merecía sus besos, pero también lo hacía el hombre perfecto para alejarla de Serenity.

–Crees que has abandonado tus esperanzas y tus sueños, pero no es verdad.

–Sí lo es.

–Solo están aparcados durante un tiempo. Serenity sabe lo que quieres y yo también: darías un brazo porque Tucker fuese hijo de Graham, el sustituto del hijo que pensabas tener con el tal Henry.

–¡No sigas! ¡Y se llamaba Harold!

Se había puesto colorada y echaba chispas por los ojos. Mejor. Había conseguido romper la atracción que empezaba a sentir por él y eso era lo que quería.

–Da igual cómo se llama.

–¿Tú no quieres que Tucker sea hijo de Graham? –le preguntó Grace entonces.

La verdad era mucho más fácil de contemplar: Tucker no era hijo de Graham y eso era lo que Rory iba a creer hasta que tuviese una prueba fehaciente de lo contrario.

–Mañana iré a cenar a tu casa –anunció.

–¿Perdona? Yo no te he invitado.

–No voy a dejarte sola con Serenity. Eres demasiado ingenua, demasiado inocente.

–No soy inocente –protestó ella–. ¿Por qué piensas eso?

«Porque te cuesta trabajo estar en biquini delante de un hombre. Por tu beso».

–Deja que te ayude.

Ella lo miró con expresión beligerante, pero luego miró la nota que tenía en la mano y Rory vio un brillo de duda en sus ojos.

–No le diré nada a Serenity, te lo prometo. Pero estaré allí, escuchando lo que dice, observándola. Más tarde te daré mi opinión, pero no te obligaré a hacer nada.

–¡Pues claro que no! ¡Tú no puedes obligarme a nada!

–Quiero decir que no intentaré convencerte –Rory suspiró.

«Y si me guardo una cucharilla con saliva de Tucker no voy a hacerle daño a nadie».

–Muy bien –asintió Grace por fin, aunque no parecía muy contenta por aceptar lo que más necesitaba y menos quería.

Por no hacer aquello sola.

–¿Dónde vives?

–Le compré la casa a mis padres cuando se mudaron, así que vivo donde he vivido siempre –respondió ella, sin mirarlo, como si vivir en la casa de su infancia demostrase que Rory tenía razón.

Y así era, ¿no?

Él suspiró de nuevo.

–¿A qué hora debo ir?

–Alrededor de las siete.

En el mundo en el que él se movía, nadie cenaba a las siete, sino a las nueve, después del cóctel y los aperitivos. Después de interminables charlas y algún flirteo con mujeres que tenían tan poco interés en una relación como él.

De repente, la banalidad de esas cenas lo hizo sentir como si su mundo se hubiera convertido en un sitio insoportablemente solitario.

Estaba siendo empujado hacia el pequeño mundo de Gracie y no le gustaba, pero tendría que aguantarse hasta que el asunto de Serenity se hubiera solucionado.

Y luego nada, absolutamente nada, ni siquiera el recuerdo de los labios de Grace iba a evitar que supervisase personalmente ese trabajo en Australia.

Capítulo 6

–¿SE ENCUENTRA bien, señor Adams?

–¿Eh? –Rory estaba distraído mirando por la ventana de su oficina.

Había tenido una pesadilla peor de lo normal la noche anterior. Los dos adolescentes, las balas... él poniéndose a cubierto como si hubiera visto llegar las balas, como si deliberadamente hubiese dejado que las recibiese Graham.

Pero seguía habiendo una pieza que faltaba, algo importante. Palabras.

Aunque daba igual. Ninguna palabra podría hacer que se sintiera mejor. Ninguna palabra podría quitarle aquel tremendo sentimiento de culpa. Ninguna palabra haría que un hombre aceptase su incapacidad para controlar la muerte.

A veces, uno no podía proteger a la gente a la que más quería. Su madre, Graham...

¿La pesadilla había sido más intensa porque había pasado el día con Grace? ¿Porque tenía que aceptar su incapacidad de evitar que ocurriesen cosas malas?

¿Si pudiese proteger a Grace de Serenity, compensaría eso sus fracasos anteriores?

–Estoy bien, pero me han invitado a cenar esta noche... ¿podrías comprar algo para llevar?

–¿Lo de siempre?

–Sí, lo que sea –respondió Rory–. ¿Qué era lo de siempre? ¿Una botella de vino carísimo, un ramo de rosas? No, espera.

No quería llevar vino si Serenity iba a estar allí. Seguramente se lo bebería todo y luego tendría que conducir...

Y tampoco quería que Grace bebiera porque después de una copa en el almuerzo había perdido sus inhibiciones hasta el punto de ponerse un biquini.

Y besarlo.

¡Un beso tan poderoso que lo hacía desear irse a Australia cuanto antes!

–No, vino no. Y tampoco rosas. Algo menos formal, menos ostentoso.

–Muy bien –asintió Bridey.

Rory llegó a casa de Grace sintiéndose tan tímido como un adolescente en su primera cita. Le gustaría no llevar flores porque el ramo era enorme: una explosión de margaritas, rosas, lirios, lilas.

Aún no había ni rastro del decrepito camión de Serenity.

Rory miró la casa de Graham y esperó sentirse invadido por la tristeza. No fue así y se alegró. Grace había pintado la fachada y había colocado tiestos bajo las ventanas.

Mientras se acercaba a la puerta tuvo que hacerse fuerte, no contra los recuerdos de Graham, sino contra los recuerdos de Grace.

El sabor de sus labios, la pasión que había en ellos. Y cómo lo había hecho sentir. Como si pudiera confiar en ella. Como si pudiera confiarle cosas que no le había confiado a nadie.

Grace abrió la puerta y miró por encima de su hombro.

–Ah, hoy no traes el Ferrari.

–Lo he cambiado por algo que se parece más a mí.

–El Ferrari se parece a ti –Grace estudió la camioneta aparcada frente a la casa–. Y eso también eres tú. Ah, un hombre de muchas caras.

Lo había dicho de broma, pero Rory no se lo tomó de ese modo.

Él era un hombre de muchas caras y algunas de ellas probablemente la asustarían. Debería recordar que no era siempre lo que parecía.

Pero Grace tomó las flores con tal alegría que, por fin, se alegró de haberlas llevado.

–¡Narcisos en julio! Pero, bueno, qué sorpresa... entra, por favor.

El interior de la casa también había cambiado y Rory sintió que parte del estrés desaparecía.

–Has hecho reformas.

–Sí, y me encanta. Mi idea de un buen rato es ir a la ferretería para ver suelos de madera y tiradores de cajones.

De modo que era exactamente lo que había imaginado: Grace quería hacerse pasar por una mujer dedicada a su trabajo, pero en realidad estaba dedicada a su casa.

Y lo hacía muy bien. El cuarto de estar era un sitio acogedor y todo, desde los muebles a la elección de colores, invitaba a sentirse como en casa. A sentarse y quedarse durante mucho, mucho tiempo. Incluso había un osito de peluche en el sofá que no parecía en absoluto ridículo, al contrario. Era como si te diese la bienvenida.

Daba una sensación de seguridad...

Rory frunció el ceño. Se sentía seguro. Pero ¿por qué no iba a sentirse seguro? No estaba en una zona de guerra y no pensaba volver por allí.

Aunque, en aquel cuarto de estar, se dio cuenta de que tal vez nunca había abandonado aquel sitio del todo.

Un sitio como aquel, acogedor, invitador, le resultaba extraño. El concepto de hogar le resultaba extraño. Las casas en las que él había crecido siempre habían sido una residencia temporal. Tarde o temprano, su familia trasladaba los viejos muebles y los platos desvencijados a otro sitio. Nada de bonitas lámparas, nada de alfombras.

¿Y su propia casa?

Un monumento al diseño contemporáneo: cuero negro, acero, superficies brillantes, ángulos. Compraba casas como inversión, no se encariñaba con ellas.

No había sabido que quería algo hogareño hasta que entró allí.

–Ven a la cocina –dijo Grace–. Estoy pelando patatas. He pensado que a Tucker querría patatas fritas, ya sabes cómo son los niños. Espero que no te importe, pero el menú es muy casero: ensalada, hamburguesas y patatas fritas.

–¿Importarme? Es el sueño de cualquier hombre.

Grace sonrió mientras lo llevaba a la cocina, que también había reformado. Había tirado una pared, de modo que la cocina, el cuarto de estar y el salón se habían convertido en un armonioso espacio.

Ella señaló un taburete frente a una encimera de granito que servía de separación entre la cocina y el resto del salón y Rory empezó a pelar patatas mientras Grace lavaba la lechuga para hacer una ensalada.

Se sentía como en casa, no solo por la decoración, sino por ella.

Y le gustaba esa sensación de seguridad. Había música de fondo, un gato tumbado bajo una silla... todo estaba muy ordenado, pero no de manera exagerada.

Aquel era un sitio en el que una persona podía relajarse, donde nadie levantaría la voz ni rompería platos. Y tal vez eso lo convertía en el sitio más peligroso en el que había estado nunca.

Estaba en casa de Grace Day.

Rory dejó el cuchillo con el que estaba pelando las patatas y miró su reloj.

–Llegan tarde, ya lo sé –dijo ella.

–Eso es lo que pasa con las mujeres como Serenity.

Grace odiaba que se proclamase experto en mujeres como Serenity, pero consiguió morderse la lengua.

–¿No me digas?

–Siempre llegan tarde.

–¿Cómo sabes tanto sobre las mujeres como Serenity? –Grace intentó que su tono sonase jocoso, pero no lo consiguió del todo porque le daba miedo la respuesta.

–Es como mi madre –dijo Rory por fin.

Y ella recordó de nuevo aquella noche, cuando lo vio tomando a su madre del brazo para llevarla a casa.

Rory estaba concentrado en la patata como si lo que acababa de decir no tuviera importancia.

Y la tenía. Sabía que importaba que le contase cosas así.

–Dime cómo conocisteis a Serenity.

–Conocerla es decir mucho –Rory suspiró–. Teníamos diez días de permiso antes de ir a Afganistán... creo que fue la primera vez. Pensábamos ir a las fiestas de Calgary, que solo está a un par de horas de la base militar de Edmonton, pero hicimos un par de paradas en el camino. En una de ellas, un pueblecito cerca de Calgary, habían organizado un rodeo de tercera clase y decidimos quedarnos para verlo. Serenity hacía un numerito con sus ponis y acabamos de fiesta con ella y con la gente del rodeo. Nunca llegamos a Calgary, pero no lo lamentamos.

–Hasta ahora –dijo Grace.

–Cuando uno está destinado en Afganistán, enfrentándose a la posibilidad de no volver nunca, todo se vive con más intensidad. Es como una droga, pero no tiene consecuencias. Ninguno de nosotros, incluido Graham, volvió a pensar en esos días

locos.

–Entonces, ¿existe alguna posibilidad de que Tucker sea hijo de Graham?

–Hay una posibilidad, pero no lo creo. ¿Por qué habría esperado tanto para contártelo?

–Voy a preguntarle directamente si Tucker es hijo de mi hermano. Y, si lo es, por qué no se lo contó a Graham.

–Me parece bien.

Grace reconoció como una debilidad que le gustase contar con su aprobación, pero como tantos buenos planes, tenía un fallo: dependía de que Serenity apareciese y, a las nueve, empezó a reconocer que podría no hacerlo.

Y también tuvo que reconocer que quería volver a ver a Tucker para buscar parecidos con Graham.

Había visto muchos parecidos: su sonrisa, cómo su pelo formaba un remolino en la coronilla, el rictus de su boca, cómo hablaba.

–¿Tienes hambre?

–No me importa esperar.

Pero a las ocho y media, Grace supo que no tenía sentido seguir esperando.

–Dejaremos algo para ellos, por si acaso.

Cocinar con Rory casi logró que se le pasara el disgusto. Resultaba divertido estar con un hombre que sabía usar el grill. Era una escena doméstica, una que había imaginado un millón de veces cuando estaba reformando la casa.

Aunque la imaginaba con Harold. Haciendo la cena juntos, charlando... le daba una sensación de hogar que nunca había conseguido del todo estando sola.

Pero Rory Adams estaba en su cocina, pelando patatas, haciéndose cargo de las hamburguesas, riendo cuando mostró su preocupación porque tenía el fuego demasiado alto.

El problema de tener a un hombre así en casa era que no sabía si volvería a parecerle su espacio o a partir de entonces sentiría como si le faltara algo.

Un gato, una carrera y cierto gusto para la decoración no podían compensar aquella chispa de electricidad, aquellas risas, la tensión que había entre ellos. Había visto a un hombre cocinando en otras ocasiones, pero nunca se había fijado tanto en los detalles. En cómo se movía, en cómo hacía las cosas, con tal confianza en sí mismo.

Había imaginado noches así con Harold, pero no era lo mismo. ¿Por qué? Tal vez porque siempre había cierto descontento entre ellos...

Y por primera vez desde que Harold rompió su compromiso, Grace lo veía como una bendición.

Eran las nueve y cuarto cuando por fin terminaron de cenar. Rory se había remangado para limpiar el grill, amenazando con tirarle el estropajo si intentaba

ayudarlo.

Y entonces, de repente, la alegría desapareció. Era como si alguien hubiese pinchado un globo.

¿Era desilusión porque Tucker y Serenity no habían aparecido?

¿Desilusión porque aquella no era realmente su vida? Rory Adams no estaba allí para quedarse, no estaba allí por ella ni porque el beso le hubiera parecido irresistible.

No, estaba allí para protegerla.

Y aquellos de los que creía tener que protegerla no habían aparecido. Habían cenado, la cocina estaba limpia y no había ninguna razón para que Rory se quedase o para que ella quisiera que se quedase.

–Bueno... –empezó a decir–, parece que no van a venir. He sacado mis juegos de mesa favoritos para nada.

–¿Juegos de mesa?

–Tengo la impresión de que Tucker no ha jugado nunca al parchís. ¿Te lo puedes imaginar?

–Te aseguro que sí.

Grace lo miró, extrañada.

–¿Tú nunca has jugado al parchís?

Al principio pensó que estaba tomándole el pelo, pero luego vio en sus ojos que no era así.

«Mándalo a casa», pensó. «Está pasando algo, te estás haciendo ilusiones».

¿De verdad nunca había jugado al parchís? Eso era prácticamente como decir que no había tenido infancia.

Grace pensó en la noche que había salido a rescatar a su madre. Era un niño todavía, pero se había hecho un hombre en ese momento.

Rory Adams era un hombre que no necesitaba ser rescatado. Al contrario, poseía la seguridad y la confianza de un hombre hecho a sí mismo. Era atractivo, sensual, fuerte. Sin duda, las mujeres lo habrían perseguido desde siempre.

Era el presidente de una gran empresa que podía conjurar vaqueros y Ferraris en un minuto.

¿Por qué pensaba que disfrutaría de un tonto juego de mesa?

–¿Te gustaría probar? –le preguntó, sin embargo.

¿Estaba intentando desesperadamente alargar la noche?

Ese era el problema cuando uno buscaba la perfección. ¿Querría volver a la normalidad en algún momento? ¿Podría hacerlo? Una persona que había dormido en sábanas de seda no querría volver a dormir en sábanas de algodón.

Rory la estudiaba en silencio y Grace tuvo la horrible impresión de que sabía lo que le había costado preguntar. Que se sentía como una niña de catorce años temiendo el rechazo.

–Sí, claro –respondió–. No te rindas todavía, Gracie. En el mundo de Serenity llegar un poco tarde significa llegar a medianoche.

De repente, jugar al parchís le parecía ridículo. Rory conocía a famosos pilotos de carreras, empresarios importantes, gente de la jet set. Probablemente estaba deseando marcharse...

–No tienes que quedarte.

–Ya lo sé, pero quiero hacerlo.

–¿Porque no quieres que lidie sola con Serenity?

–Si aparece a estas horas, necesitarás que alguien le quite las llaves del camión.

–Pobre Tucker.

–Por eso me quedo, porque pareces triste. No es divertido estar triste.

–No, ya.

–En serio, saca el tablero.

«No», se dijo a sí misma. Pero lo hizo.

Grace sacó el tablero y las fichas y lo colocó todo sobre la encimera de la cocina. La caja era vieja, usada, con las esquinas rotas pegadas con celo.

–Pueden jugar dos personas, pero es más divertido cuando juegan cuatro.

–Bueno, entonces cada uno de nosotros será dos personas. Una buena y otra mala. Pero nada de robar besos, ¿eh?

–Lo de ayer no fue exactamente un beso –dijo ella, poniéndose colorada.

–¿Ah, no? Pues quién lo hubiera dicho –se burló Rory–. Yo creo saber lo que es un beso, pero si tú dices que no lo fue...

–Solo estaba dándote las gracias por un día perfecto.

–¿Sueles dar las gracias así a todo el mundo? No sé qué van a pensar de ti, Gracie.

–No seas tonto.

Rory rio.

–Bueno, ¿qué vamos a apostar?

–No vamos a apostar nada, solo jugamos para divertirnos.

Y debía reconocer que también era divertido para él, maldita fuera. Las bromas, la familiaridad, su deseo de jugar a algo tan tonto como el parchís.

–¿Para divertirnos? –Rory soltó un bufido–. Los soldados no juegan para divertirse. Apuestan el sueldo de una semana a qué araña va a cruzar la habitación antes que las demás. Tenemos que jugarnos algo.

–¿Qué podemos jugarnos?

–¿El osito del sofá?

–No es mío, lo he comprado para Tucker.

–Gracie, ese niño no juega con ositos de peluche. Ni al parchís tampoco.

–Tampoco tú, pero vamos a jugar para ver quién gana mi osito.

–Sabía que era tuyo –dijo él, con gesto de triunfo.

–Y si tú quieres llevártelo a casa, a lo mejor no eres tan duro como quieres dar a entender.

–Ese osito debe de significar algo para ti, así que será divertido quitártelo.

–Pero, bueno... eso es horrible.

–Lo sé –asintió él.

–¿Y qué apuestas tú? ¿Qué me darás si gano yo?

Rory miró sus labios un momento.

–Decide tú.

Grace miró sus labios. No, demasiado peligroso.

–El CD que escuchamos ayer en el coche.

–¡Ay! Esto se ha convertido en un juego importante, señorita Day.

–Mi juego favorito –dijo ella. Y los dos rieron de lo absurdo de la situación.

Grace ganó tres juegos seguidos y, protestando, Rory salió a buscar el CD. Eran casi las once.

Hora de enviarlo a casa porque algo le estaba pasando a su corazón. Se daba cuenta de que podía enamorarse de aquel hombre de tal forma que ya nada sería igual nunca más.

–¿Puedo escucharlo una vez más antes de dártelo?

No podía pensar que Serenity iba a aparecer a esas horas, pero Grace deseaba aprovechar el tiempo.

Sabía, después de todo, que tenía que alejarse de Rory porque el día anterior había dejado bien claro lo que pensaba de las relaciones.

Y ella estaba de acuerdo... o tal vez estaba mintiendo. Incluso a sí misma. De modo que, después de esa noche, mantendría las distancias.

Pero era como si a alguien que adoraba el chocolate le dijese que no podía volver a probarlo. Salvo una última vez.

¿Cómo iba a resistirse a la tentación?

De modo que hizo batidos de chocolate y se sentaron en el sofá para escuchar el CD.

Rory parecía muy relajado. No se había dado cuenta de la tensión que había en él hasta que esta había desaparecido.

Esa noche había estado llena de cosas tan normales y, sin embargo, le parecía algo especial.

Quería volver a besarlo.

Y estaba segura de que él lo deseaba también.

Pero cuando se inclinó un poco hacia delante, notó que volvía a ponerse tenso.

–No, Gracie.

–¿Por qué no?

–Hay cosas que tienes que saber... sobre mí.

Ella no quería saber cosas que pudiesen detenerla y tenía la sensación de que era algo así. Rory quería levantar barreras.

–Necesito hablarte de Graham. Y cuando haya terminado, sabrás quién soy en realidad.

«Y no va a gustarte».

No lo dijo en voz alta, pero estaba claro.

Curiosamente, cuando Rory se puso en contacto con ella, Grace había esperado que llegase aquel momento y creía no estar preparada para escuchar lo que tenía que decirle, que nunca lo estaría. Por eso le había dicho: «No creo que tengamos nada que hablar».

Pero, de repente, estaba preparada.

Tal vez porque lo importante en aquel momento no era protegerse a sí misma, sino escuchar lo que él tenía que contarle.

Para salvarlos a los dos.

Rory se quedó callado un momento y, por fin, después de aclararse la garganta, consiguió decir:

–Yo estaba con él cuando murió.

Quería que supiera que estaba con su hermano cuando murió, que Graham no había estado solo, que no había tenido miedo, que su último pensamiento había sido para ella.

¿Por qué era tan difícil hacerlo?

Porque no quería que el caos, el miedo y, por fin, la muerte de su amigo le robasen la risa, la sensación de seguridad.

La felicidad que sentía en aquel momento.

Y porque todo eso era solo parte de la verdad. La auténtica verdad era su fracaso y Grace tenía que saberlo antes de besarlo.

Necesitaba saberlo antes de ofrecerle sus labios.

–Estoy lista –dijo ella, con gesto valiente.

Rory cerró los ojos. Podía oler el polvo, la basura, las aguas residuales, la muerte.

–Era un día normal, de mucho calor. Graham y yo estábamos patrullando... siempre estábamos alerta, pero no hubo ninguna advertencia. Entonces yo vi a dos chicos adolescentes y me pareció que había algo raro, no sabía qué era. Tal vez porque me parecieron demasiado jóvenes, tal vez porque no hacían nada. No estaba sacando una ametralladora ni nada parecido, pero yo sabía que había algo raro y no reaccioné como debería. Uno de ellos se tocó la nariz... haciendo una señal. Y entonces, de repente, empezaron a volar balas por todas partes. Yo me puse a cubierto detrás de un muro y cuando busqué a Graham con la mirada me quedé sorprendido al ver que no estaba a mi lado. Siempre estaba a mi lado, siempre porque cuidábamos el uno del otro. Pero estaba tirado en el suelo... había recibido un impacto de bala. Me aparté del muro y tiré de él para ponerlo a cubierto, pero era demasiado tarde.

Rory frunció el ceño. Como en la pesadilla, sabía que faltaba algo. Una parte de su mente se negaba a recordar algo, unas palabras importantes.

Pero ¿qué podría ser más importante para Gracie que saber que ella había sido lo último en lo que Graham había pensado?

–Solo quería que supieras que no estaba solo, que yo estaba allí. Que no tuvo miedo y que su último pensamiento fue para ti –Rory la miró. Estaba llorando–. Lo

siento mucho, Grace.

–Me alegro de que me lo hayas contado. Necesitaba saberlo, aunque me daba miedo. Necesitaba saber que no estaba solo cuando murió y me alegra saber que pensó en mí antes de morir.

No lo entendía. Evidentemente, no había sido lo bastante claro. Parecía estar mirándolo con cariño en lugar de...

–Grace, yo no lo cubrí como debería. Le fallé.

–No, por favor, no te hagas eso a ti mismo.

Grace lo abrazó, sus lágrimas calentando la pechera de su camisa.

–No voy a dejar que cargues con esa culpa.

–Yo vi a los chicos.

–¿Y qué podrías haber hecho?

–No lo sé –respondió él. Y era terrible admitir que no sabía cómo podía haber cambiado el resultado. Incluso en aquel momento, incluso recordando su pesadilla, no lo sabía. Sospechaba que podría haber hecho algo, pero no sabía qué.

Esa era la parte que faltaba en su pesadilla y se odiaba a sí mismo por ello.

–Debería haber sido yo quien recibió la bala. ¿Por qué no yo en lugar de Graham? Tu familia se quedó destrozada, pero yo no tengo familia...

No era eso lo que quería decir.

Había planeado que fuera su arma secreta, su forma de detener la atracción que sentían el uno por el otro. Él era el responsable de la muerte de su hermano y eso debería hacer que Grace se apartase.

Pero parecía tener el efecto contrario. Grace estaba haciendo lo que él nunca había podido hacer: perdonarlo. Estaba aceptando que solo era un hombre y que no había podido luchar contra el destino.

–No puedes olvidarlo, ¿verdad?

¿Cómo era capaz de ver eso? Todos los demás, incluso su hermano, pensaban que era un empresario de éxito, sin preocupaciones. Nadie sabía que estaba huyendo y él no quería que lo supieran.

Y, sin embargo, no pudo contenerse.

–Tengo pesadillas... no, una sola pesadilla en la que soy el responsable de la muerte de Graham.

–¿Y la tienes a menudo? –le preguntó ella.

¿Por qué? ¿Por qué estaba cargándola con sus problemas?

–Las tengo todas las noches. Incluso varias veces cada noche.

–¿Y qué te dice esa pesadilla que no admites a la luz del día?

Rory cerró los ojos. Esa era la pregunta del millón, de modo que hizo un último esfuerzo para hacerla entender.

–Sé que fue culpa mía. Graham y yo cuidábamos el uno del otro y yo le fallé. Lo dejé morir –Rory esperó que Grace dijese algo por lo que pudiese odiarla, que le permitiese volver a levantar las barreras.

No dijo nada y cuando se atrevió a mirarla vio que las lágrimas se deslizaban por su rostro.

Pero no eran por su hermano, eran por él.

Era como si estuviese compartiendo su dolor, entendiéndolo. Era una compasión tan pura que lo dejaba sin aliento.

La tomó por las muñecas, maravillándose de lo delicadas que eran, y la apretó contra su pecho. Grace apoyó la cabeza en su hombro y sintió que se rendía, derritiéndose sobre él.

–¿Crees que lo superarás algún día? –le preguntó, después de un largo silencio.

–Ahora mismo estoy bien –respondió él, sorprendido porque era cierto–. Ahora estoy bien.

Grace echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

–Yo también.

Pareció ver algo en su cara que la tranquilizó porque volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

Sus corazones latiendo al unísono, el suave pelo cobrizo rozando su barbilla, derritiendo algo dentro de él.

Acababa de contarle lo más horrible de sí mismo, una confesión que había guardado para alejarla de él si las cosas se complicaban.

No podría haber predicho que ocurriría todo lo contrario. Grace parecía confiar en él más que antes y no merecía eso.

Lo más valiente sería decirle adiós, pero no se sentía valiente. Aquella casa y Gracie habían roto su armadura y quería abrazarla, estar así durante todo el tiempo posible.

Pero él sabía que momentos como aquel eran demasiado raros y breves.

Y la calma antes de la tormenta se llamaba así por una razón. Siempre había una tormenta.

Y llegó.

Unos minutos después, escucharon un chirrido de neumáticos. Un vehículo estaba doblando la esquina a demasiada velocidad...

Los dos se levantaron al mismo tiempo para acercarse a la ventana... justo cuando el camión de Serenity saltó la acera y acabó en el jardín delantero de la casa de Grace.

Capítulo 7

–SI EL niño va con ella... –Rory no se molestó en terminar la frase. Corrió hacia la puerta y bajó los escalones del porche de un salto, con Grace pegada a sus talones.

Cuando llegó al camión, el motor aún estaba encendido y el destello de los faros en el oscuro jardín hacía imposible que vieran en el interior del vehículo.

Rory abrió la puerta del pasajero y Serenity, que debía de estar apoyada en ella, prácticamente le cayó en los brazos.

Se quedó sorprendido porque no pesaba nada. Sujetar a Serenity era como sujetar un pajarillo.

Estaba exangüe, pálida como un cadáver. Cuando se inclinó para oler su aliento no olió a alcohol, pero notó que apenas respiraba.

–¿Qué demonios...? –exclamó al ver a la persona que iba al volante.

Era Tucker, que lo miraba con ojos espantados. Atónito, Rory vio que el niño había colocado unos bloques de madera sobre los pedales... ¿una idea ingeniosa o no era la primera vez que conducía el camión?

–Mi madre está enferma –dijo el niño, con voz estrangulada–. No sabía qué hacer. No tenemos teléfono.

–Has hecho lo que debías –afirmó Rory–. Baja del camión. Grace, sube al coche. Vamos al hospital.

–Mi madre dice que no... porque no tenemos dinero ni seguro médico.

–Yo me encargo de eso –Rory se quedó esperando, con Serenity en brazos, mientras Grace corría al interior de la casa para buscar las llaves del coche.

Pero el niño no se movió del asiento, mirándolo con recelo. Y luego, de repente... escondió la cara en la camisa.

Rory sabía por instinto que no podía reconocer las lágrimas de un niño que probablemente llevaba toda su vida haciéndose el duro.

–Sube al coche de Grace, Tucker. Tu madre se pondrá bien –le dijo.

No sabía si eso era verdad, pero debía mantenerse calmado y mostrarse firme para no asustarlo aún más.

Él tenía mucha experiencia con hombres más jóvenes e inexpertos que él. Tal vez no tan jóvenes e inexpertos como Tucker, pero era lo mismo.

No podía mostrar la menor duda, aunque eso era lo que sentía mientras iba hacia el coche con Serenity en brazos.

Grace ya estaba tras el volante y cuando lo miró vio algo en su rostro.

Vio que contaba con él, que esperaba que solucionase el problema. Pero Rory no sabía si podría hacerlo y no quería ser el héroe de nadie.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, un hombre podría vivir solo para ver esa expresión.

Grace debía reconocer que estaba enamorándose de Rory Adams.

Otra vez. Como había hecho cuando tenía catorce años.

El sentimiento se hizo más profundo cuando le habló de su hermano, cuando sintió la enorme carga que había llevado sobre los hombros durante tanto tiempo.

Y más aún mientras entraban en el hospital. Resultaba evidente que era un experto en crisis porque parecía tranquilo cuando ella era un manojo de nervios.

Grace podía oír el llanto de un niño y vio a un hombre con la cabeza ensangrentada, una madre que paseaba intentando calmar al bebé que tenía en brazos y a otra mujer dormida en una de las sillas, sin percatarse de los dramas que ocurrían a su alrededor.

Pero Rory no se distrajo en absoluto por todo eso. Se detuvo un momento en la puerta, pero parecía saber por instinto dónde debía ir y quién estaba al mando. Una enfermera le pidió que lo siguiera y Rory entró tras ella en una de las consultas con Tucker detrás.

Grace se quedó en el mostrador, explicando la situación. Pero, aparte del nombre de Serenity, sabía muy poco sobre ella.

Rory volvió unos minutos después, con Tucker pegado a él como un cachorro huérfano buscando al líder de la manada.

Entre los dos fueron capaces de dar la fecha de nacimiento de Serenity y otra información básica, afortunadamente.

Cuando les preguntaron si tenía seguro, Rory garantizó personalmente el pago y ofreció una tarjeta de crédito que hizo que el empleado levantase las cejas, asombrado.

Por fin, fueron a la sala de espera y Rory sacó una bolsa de patatas fritas de la máquina, que Tucker devoró como si no hubiera comido en dos días.

–¿Cuándo crees que comió por última vez? –le preguntó Grace en voz baja.

–Mejor no saberlo –respondió él, llevándola aparte–. Serenity tendrá que quedarse en el hospital para que le hagan pruebas.

–Ya, claro.

–¿Qué vamos a hacer con Tucker?

«Vamos».

Incluso en medio de aquel caos, Grace era capaz de disfrutar de ese plural.

«Vamos».

Como si fueran un equipo. Rory era un líder y se podía contar con él para tomar decisiones difíciles en cualquier circunstancia.

La clase de hombre que una quería tener a su lado cuando las cosas se ponían difíciles. Si se declaraba un incendio, él era el hombre al que acudir. Si estabas en un barco que luchaba contra las olas, él era a quien seguirías al bote salvavidas.

Y él sabía que era esa clase de hombre, por eso se sentía responsable de la muerte de Graham. De modo que había llegado el momento de no permitir que él aceptase

toda la responsabilidad.

Y eso significaba ser tan fuerte como lo era él.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Creo que deberíamos llamar a los servicios sociales –respondió él.

–No, de eso nada –dijo Grace, con firmeza.

Algo en su tono hizo que Tucker levantase la mirada.

–Baja la voz. Si se entera de que vamos a llamar a los servicios sociales, saldrá corriendo.

–Pero es que no vamos a llamar a nadie –insistió ella.

El problema con los machos alfa era que siempre creían tener razón, que solo dependían de sí mismos.

Rory Adams era un hombre demasiado solitario, pero ella no iba a dejar que siguiera siéndolo.

–No puedes hacerte cargo del hijo de otra persona, es ilegal. No somos su familia.

–Aún no lo sabemos. Puede que yo sea su tía.

–Esa es una posibilidad muy lejana.

–Vamos a preguntarle si podemos llamar a alguien –dijo Grace.

–Si tuviese alguien a quien llamar, no se habría subido a un camión a cuyos pedales no podía llegar.

–No pienso dejarlo con unos extraños.

–Grace, nosotros somos extraños para él.

Una enfermera salió entonces para hablar con Rory. Era una chica joven y extraordinariamente guapa. Grace no pudo dejar de notar el respeto con el que hablaba con Rory. Era como si las personas que lidiaban a diario con crisis se reconocieran unas a otras, como si formasen parte de un club secreto.

La joven puso una mano en su brazo y Grace sintió una punzada de celos, aunque no estaba flirteando en absoluto.

A pesar de todo, observó a Rory para ver su reacción. ¿Le guiñaría un ojo, le sonreiría de manera especial?

Pero no hizo ninguna de esas cosas. Y, si había notado lo guapa que era la enferma, no lo demostró. De hecho, después de asentir con la cabeza se apartó de ella.

–Serenity, tiene que quedar ingresada. No saben lo que le ocurre porque está inconsciente y no puede decirles qué ha pasado.

–Yo se lo diré a Tucker.

Grace se puso en cuclillas para no intimidarlo.

–Tucker, tu mamá va a quedarse esta noche en el hospital.

El niño no la miró siquiera. No sabía qué había hecho para ganarse su animosidad, pero eso hizo que se diera cuenta de que eran extraños, que tal vez Rory tenía razón.

Pero aquel niño asustado, hambriento y valiente podría ser hijo de Graham... ella

podría ser su tía. No iba a abandonarlo, no podía hacerlo. Él, un niño de siete años, había conducido un camión hasta su casa porque confiaba en ella y creía que hacía lo que debía para salvar a su madre.

–¿Se va a poner bien? –le preguntó por fin.

–Claro que sí –respondió ella–. Está en buenas manos, aquí cuidarán muy bien de tu mamá.

Tucker la miró a los ojos, como para comprobar que era sincera, y Grace se dio cuenta de que estaba intentando no llorar.

–¿Qué quieres hacer, Tucker?

El niño parecía agotado de repente.

–Tengo que cuidar de los ponis. No les hemos dado de comer en todo el día.

La respuesta casi le rompió el corazón. Tan pequeño y con una carga tan pesada sobre los hombros.

–Yo me encargaré de ellos –se ofreció Rory–. Creo que tú deberías quedarte con Grace, que tiene una habitación para invitados en su casa. Puedes dormir allí esta noche y mañana vendrás a ver a tu madre.

–Pero tú no sabes dar de comer a los ponis –protestó Tucker–. Y yo quiero volver aquí luego para estar con mi madre.

–¿Qué tal si se lo encargamos a Slim McKenzie? Él sí sabe mucho de caballos.

El niño asintió con la cabeza.

–Slim puede darles de comer y yo me quedaré aquí con mi madre.

–No puedes quedarte en el hospital por la noche, Tucker. Pero te prestaré mi móvil y le diré a esa enfermera de allí que vas a llamar de vez en cuando para preguntar por tu madre. ¿Te parece bien?

–No quiero quedarme con ella –dijo el niño entonces, señalando a Grace.

De nuevo, Grace se preguntó qué había hecho para ganarse su antipatía.

–Si no quieres quedarte conmigo, seguro que quieres quedarte con Rory.

Él se acercó para tomarla del brazo y llevarla aparte.

–Eso sería muy raro.

–¿Por qué?

–Los hombres adultos no llevan niños extraños a su casa.

–Entonces, yo iré también –sugirió ella–. ¿Tienes una habitación para mí?

Rory suspiró.

–Desgraciadamente, sí. ¿Por qué tengo la impresión de que vas a conseguir que nos detengan a los dos? ¿O a hacer que Serenity nos chantajee?

–Yo creo que Serenity nos lo agradecerá. Y a menos que a ti se te ocurra una idea mejor...

Pero a Rory no se le ocurría nada, de modo que sacó su móvil del bolsillo.

–Slim, perdona que llame tan tarde, pero es que ha ocurrido algo importante y necesito tu ayuda.

Le contó lo que había pasado y cuando Slim aceptó dar de comer a los ponis,

Rory le dio las gracias y cortó la comunicación.

–Bueno, ya podemos irnos.

Y así fue como Grace se encontró frente a un modernísimo edificio de cristal, a la orilla del lago Okanagan, donde Rory Adams tenía un ático.

–¡Vaya! –exclamó Tucker desde el asiento trasero del coche–. Eres rico.

–No se lo digas a tu madre –murmuró él. Y Grace le dio una disimulada patadita por debajo.

Pero cuando bajaron del coche, tuvo que disimular su sorpresa. Ella lidiaba con gente rica todos los días, pero aquella debía de ser la zona más cara de todo el valle de Okanagan.

El Monashee era un edificio muy exclusivo, justo al borde de un acantilado, frente al lago, y los apartamentos valían una fortuna.

–Jo... –Tucker miraba el edificio con gesto de incredulidad.

El «jo» terminó de una forma que escandalizó a Grace. No porque nunca hubiese oído esa palabrota, sino porque nunca la había oído pronunciada por un niño de siete años.

–No se dicen esas cosas delante de una señora, Tucker –lo regañó Rory, pero sin la brusquedad con la que se dirigiría a los más jóvenes del pelotón.

Era evidente que el niño estaba agotado y Grace agradecía que Rory supiese cómo lidiar con él.

Un empleado del edificio salió para llevar el coche al garaje y Rory los llevó por un vestíbulo que parecía el de un carísimo hotel, con enormes sofás de piel, espejos y alfombras hechas a mano sobre suelos de mármol pulido. Una de las paredes era de granito negro, con una cascada de agua.

El ascensor se abría directamente al apartamento de Rory.

Era un espacio abierto, pero tan diferente a su casa como un camello a un canguro. Elegante, opulento, con suelos de madera, muebles de diseño y cuadros originales en las paredes.

La del fondo era un enorme cristal desde el que podía verse el lago.

–Jo... –empezó a decir Tucker de nuevo, pero después de mirar a Rory no terminó la frase.

–¿Quieres comer algo? –le preguntó él.

El niño lo pensó un momento y después negó con la cabeza.

Rory los llevó a la zona de invitados, dos preciosas habitaciones que compartían un lujoso cuarto de baño.

En unos minutos, sin quitarse la ropa siquiera, con el móvil de Rory en la mano, Tucker se quedó dormido sobre sábanas de seda.

Solo había podido cepillarse los dientes antes de caer rendido.

Grace lo miró con una ternura que no podía disimular. Parecía tan pequeño en

aquella cama que tuvo que contener el impulso de apartar el pelo de su cara y darle un beso de buenas noches.

También ella estaba agotada y cuando salió de la habitación y vio a Rory frente a la pared de cristal le habría gustado abrazarlo.

Soltarse el pelo y olvidar sus reservas.

Le gustaría decir: «Abrázame. Volvamos a hacer lo que hacíamos cuando el camión de Serenity acabó en mi jardín».

En lugar de eso dijo:

–El pobre se ha quedado dormido enseguida. Apenas ha tenido tiempo de lavarse los dientes.

Le gustaría hacer algún comentario sobre la cantidad de cepillos nuevos que tenía en el armario del baño, pero de repente le pareció un símbolo de todas las diferencias entre ellos.

¿Quién tenía una docena de cepillos nuevos para invitados inesperados?

Exactamente la clase de hombre que vivía en un sitio como aquel, la clase de hombre a quien las enfermeras ponían una mano en el brazo.

–Tú también debes de estar cansada –había cierta frialdad en su voz–. Te enseñaré la otra habitación.

Y Grace lo entendía. Prácticamente lo había secuestrado. Después de todo, esos cepillos de dientes no eran para niños abandonados.

Le había demostrado que no tenía por qué estar solo, pero Rory necesitaba distanciarse de eso y ella también.

–Gracias –murmuró.

Y no se refería solo a la habitación, sino a dejar que cuidase de Tucker.

A darle la oportunidad de hacer el papel de tía antes de tener pruebas de que lo era. Aunque, en su corazón, sabía que tenía que serlo.

Rory oyó que cerraba la puerta de la habitación y dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

Grace estaba en su casa.

Cuando la vio salir del cuarto de Tucker supo lo fácil que sería dar un paso más. Y también ella quería hacerlo, lo había visto en sus ojos.

Pero sería un error.

Grace estaba agotada, en todos los sentidos, y no podía aprovecharse de eso.

Además, no era la clase de mujer a la que él estaba acostumbrado, mujeres sofisticadas que no querían saber nada de relaciones. Igual que él.

¿Cuándo daba uno un paso más con una mujer como Grace Day?

Debía pensar bien las cosas, empezando por lo más importante: Grace era una de esas mujeres que buscaban un final feliz.

La clase de mujer por la que esperabas al final del pasillo de una iglesia para jurarle amor eterno. La clase de mujer que soñaba con una casa, una familia y unos niños correteando.

Y, si no estabas dispuesto a eso, no la merecías.

Además, era la hermana de Graham.

Habría un sitio especial en el infierno para el hombre que se aprovechase de una mujer así.

Rory se quedó frente al cristal unos minutos más, hasta que oyó el crujido de la cama.

¿Qué se habría puesto para dormir? ¿Nada? ¿Una de sus viejas camisas, que colgaba en el armario?

Ya se habían acercado demasiado a la zona de peligro esa noche y, además, tenía que hacer algo que no lo convertiría en una de las personas favoritas de Grace cuando lo descubriera.

Sin hacer ruido, Rory se dirigió al baño que Tucker y Grace habían usado unos minutos antes y miró los dos cepillos de dientes sobre la encimera, uno al lado del otro.

Perfecto.

Mejor que la idea de la lata porque para que esa idea funcionase tendría que haberle pedido una muestra de saliva a un miembro de la familia de Graham, a Grace.

Y dudaba que ella, de conocer sus intenciones, hubiese querido ayudarlo. Ya le había dicho que quería que Serenity y no la ciencia le dijese la verdad.

¿Aceptaría lo que dijera Serenity sin verificarlo? Esperaba que no fuera así. No, no podía ser tan ingenua.

Pero entonces recordó el primer día, en el parque, cuando llegó Slim con sus peones... y la decisión de Grace de creer en los milagros.

No, no pensaba arriesgarse. No iba a dejárselo a ella. Iba a protegerla de sí misma.

Y las oportunidades como aquella no aparecían todos los días.

Dos cepillos de dientes, los dos con el código genético que demostraría o no si esas dos personas estaban emparentadas.

Rory tomó los cepillos por el mango y, con cuidado para no tocar las cerdas, los llevó a la cocina y los guardó en dos bolsas de plástico.

Era un soldado con una misión que no le gustaba, pero que no tenía más remedio que cumplir con su obligación.

Aun así, sentía que estaba engañándola y sabía que Grace no lo aprobaría, aunque de ese modo llegasen antes a la verdad.

Y a juzgar por el estado de Serenity, era posible que necesitasen saber la verdad antes de lo que esperaban.

Rory buscó su móvil en el bolsillo y, al recordar que se lo había dado al niño, fue al salón para usar el teléfono fijo. Si Bridey estaba durmiendo, nada en su tono lo indicaba.

–Necesito dos cosas –le dijo–. Y las necesito lo antes posible. La primera, una prueba de ADN. Tengo aquí las muestras, pero necesito un detective privado para

descubrir todo lo que pueda sobre una mujer llamada Serenity Chambers –Rory le dio la fecha de nacimiento y la información que Tucker les había dado.

–Muy bien –dijo Bridey.

–Estoy particularmente interesado en el nacimiento de un hijo, un niño de siete u ocho años.

–Estoy en ello.

–No se trata de mí, Bridey.

–No tiene que decírmelo, señor Adams. Ya sabía que no se trataba de usted.

–¿Cómo lo sabías?

–Porque le conozco y sé que usted no es un hombre que huya de sus responsabilidades.

–Podría haber sido un accidente –dijo él, jugando a abogado del diablo.

–Tampoco es la clase de hombre que tiene ese tipo de accidentes.

–Gracias, Bridey.

Pero mientras colgaba el teléfono, Rory pensó que, si Graham, el hombre más decente que había conocido, podía tener ese tipo de accidente, entonces podría pasarle a cualquiera.

Muchas cosas en la vida eran una cuestión de suerte o falta de ella.

Rory volvió al baño y sacó dos nuevos cepillos, que colocó donde habían estado los otros. Era un engaño y confirmaba que él no era la clase de hombre que Bridey creía que era.

Ni el hombre que Grace quería creer que era.

Cuando entró en su habitación se sintió incómodo, raro. A pesar de que su dormitorio estaba diseñado para un rey, Rory nunca había tenido tan claro que era un soldado.

Se podía contar con él cuando había algo que hacer. Se podía contar con él cuando nadie más quería hacerlo.

Pero había dejado de ser un soldado cuando abrazó a Grace esa noche, cuando le habló de sus pesadillas, cuando compartió con ella su sentimiento de culpa.

Entonces había perdido su coraza, había olvidado su necesidad de ser el más fuerte.

Y se maldijo a sí mismo por el anhelo que encogía su pecho.

Estaba seguro de que no podría conciliar el sueño sabiendo que Grace dormía a unos metros de él, sabiendo que le había confesado sus debilidades, sabiendo que había un niño con el que no sabían qué hacer.

Pero, por la mañana, Rory despertó asombrosamente relajado y contento.

No había tenido la pesadilla.

Grace estaba en la cocina y tuvo que hacer un esfuerzo para disimular lo que sentía al verla, despeinada, sin maquillaje. Había dormido con una de sus camisas, que debía de haber encontrado en el armario, y le pareció guapísima inclinada frente a la nevera, como si estuviera en su casa, haciendo que ese peso en su pecho fuese

imposible de ignorar.

Un hombre más inteligente estaría ya de camino a Australia, pero la entrada de Tucker en la cocina le recordó lo que había sucedido la noche anterior.

Estaba metido en ello y seguiría hasta el final.

De modo que los llevó a desayunar a un sitio que, por lo visto, gustaba mucho a los niños, aunque Tucker no tuvo tiempo para sonreír mientras devoraba comida suficiente para un regimiento.

Y luego fueron al hospital.

Serenity, para alivio de todos, estaba consciente, aunque pálida y cansada. Quería irse del hospital, pero el médico se negaba a darle el alta.

El rostro de Tucker se iluminó al ver a su madre y cuando salieron del hospital insistió en ir a ver a los ponis.

Slim estaba en la finca y parecía tener un sexto sentido con los niños porque dijo:

—¿Sabes una cosa, Tucker? Tengo unos pastos en mi casa donde la hierba crece sin parar. ¿Por qué no llevamos allí a los ponis durante unos días? Estarías haciéndome un favor.

Lo había dicho para que Tucker no sintiera que le estaba ofreciendo caridad y para que no pensara que había abandonado una responsabilidad que se tomaba muy en serio.

—Bueno —respondió él, con toda la dignidad de un crío de siete años que no sabía cómo serlo.

Mientras observaban a Slim metiendo a los ponis en el tráiler, el niño miraba alrededor con expresión preocupada, pero intentó disimular cuando Grace se acercó.

—¿Quieres pasar el día con nosotros?

«Nosotros».

—Bueno —respondió de nuevo el niño, sin aparente entusiasmo.

—¿Cómo sería tu día perfecto?

Tucker se encogió de hombros.

—No tener que ir al colegio, ese sería el día perfecto.

—En verano no tienes que ir al colegio. Si pudieras hacer lo que quisieras, ¿qué sería?

El niño suspiró, como si le pareciese una pregunta muy tonta, pero después pareció dejarse llevar por la frívola tentación de soñar un poco.

—Mi día perfecto sería montar a caballo en las montañas. Haría una hoguera frente al lago y me haría perritos calientes, todos los que quisiera... seguramente seis o siete. Me comería seis bolsas de patatas fritas y me bebería un litro de chocolate caliente —Tucker quería parar, pero el sueño se había apoderado de él—. Dormiría bajo las estrellas y no podría comer más, ni siquiera una patata frita. Escucharía a los caballos rumiando y a lo mejor un búho. Estaría con gente que me quisiera más que a nadie en el mundo y no tendría problemas. Sería un sitio donde nunca me preocuparía de nada y me sentiría seguro porque sabría que no iba a pasarme nada malo.

De repente se quedó callado, mirándolos con gesto desafiante, como si supiera que había hablado demasiado.

Rory miró a Grace de soslayo y vio que tenía los ojos empañados, pero intentaba disimular.

También a él se le había hecho un nudo en la garganta. ¿Qué niño de siete años soñaba con cosas así? ¿No soñaban con juguetes nuevos? Si alguien les ofrecía el día perfecto, ¿no querían jugar con sus amigos en la piscina o pasar el día en un parque de atracciones? ¿O ir a un partido de fútbol? ¿Conocer a un deportista famoso o a una estrella del rock?

¿Qué niño de siete años soñaba con acampar en medio de ninguna parte, comer hasta hartarse y sentirse seguro?

Rory Adams sabía muy bien qué clase de niño de siete años soñaba con esas cosas.

Cuando miró a Grace por encima de la cabeza de Tucker, ella le devolvió la mirada como pidiéndole... no, esperando que fuese un héroe.

Tenía que alejarse de eso, de ella, de aquel niño y de lo que quedaba de su corazón, que parecía estar siendo devorado por lobos.

¿Pero huir de lo que más miedo le daba?

Eso no estaba en su naturaleza.

Y salir huyendo no era el juramento que había hecho.

Respirando profundamente, Rory tuvo que reconocer la ironía de tener que rendirse y prepararse para la batalla al mismo tiempo.

—¿Has conducido un Ferrari alguna vez, Tucker?

Capítulo 8

SE LLAMABA Automoción y era un circuito de karts con una enorme selección de todos los grandes coches en miniatura.

Grace miró a Tucker y Rory, hablando sobre los coches como si fueran reales antes de decidirse por uno.

No solo estaba enamorándose de Rory, era algo más.

Había visto en su cara el momento en el que decidió darle a Tucker el sueño de cualquier niño normal. Había visto en su cara el momento en el que decidió entregarse a aquella aventura, a la sensación de ser una familia.

Y se había enamorado locamente. Otra vez.

Aun sabiendo que podría tener consecuencias funestas, aun sabiendo que Rory no la amaba como no la había amado cuando tenía catorce años.

Grace siempre había tenido un don para eso: ver que las cosas podían ir mal, ver el desastre frente a sus ojos antes de que ocurriera. Era lo que la convertía en una buena organizadora de eventos: pensar en lo que *podría* ir mal. Mientras los clientes lo pasaban bien, ella anticipaba cualquier problema y apagaba fuegos antes de que se encendieran.

De modo que le asombraba ver que, después de un cuidadoso cálculo de todo lo que podía ir mal por entregarle su corazón a Rory Adams, sencillamente no le importaba.

Le gustaba cómo se sentía en aquel momento, detrás del volante de un Ferrari en miniatura.

Viva.

Sabiendo que, si se relajaba un poco, la vida iría en la dirección que le diese la gana, haciendo giros inesperados. Pero eso no tenía por qué ser necesariamente malo.

Estaba despierta y estar despierta hacía que se diera cuenta de que quería experimentar cosas nuevas, que no podía seguir siendo tan juiciosa y cauta como siempre.

De modo que juró no ser juiciosa y cauta. No iba a sopesar cada posibilidad, cada opción. No iba a mirar el futuro con temor.

Iba a vivir, despierta, disfrutando de todo.

Iba a aceptar con los brazos abiertos el inesperado regalo que le había dado aquel día. Iba a reconocer los inesperados regalos que había recibido desde el día que los ponis saltaron la verja del parque.

¿No era esa una de las cosas más extrañas de la vida?

A veces, los mejores regalos eran el resultado de un evento que uno juzgaba malo en principio.

El Ferrari que eligió no era rojo, sino amarillo, y se había colocado en la parrilla, con el circuito lleno de karts, cuando sonó el disparo de salida.

Rory y Tucker arrancaron a toda velocidad. Ella tardó un poco más en acostumbrarse. No era fácil perder el hábito de ser cauta y aquella actividad parecía peligrosa. Los conductores iban a toda velocidad por la pista en forma de ocho.

Estaban en la segunda vuelta cuando vio a Rory mirarla con una sonrisa retadora.

No podía haberlo oído con el estruendo de los motores, pero estaba segura de que había dicho: «Puedes relajarte, Gracie».

Y lo hizo. Se relajó por primera vez en mucho tiempo. ¿No le había demostrado el universo que no tenía que estar siempre tensa, siempre controlándolo todo?

De modo que se dejó llevar. Pisó el acelerador y salió lanzada hacia delante. Le gustó tanto esa sensación que pisó el acelerador un poco más.

Pero después de la última vuelta seguía la última. No podía compensar el tiempo perdido y tal vez esa era otra lección de la vida.

Sin embargo, mientras salía del kart al final del circuito, se sentía emocionada y feliz.

–¡Ha sido divertidísimo! –exclamó.

–Tucker y yo vamos a hacerlo otra vez. ¿Te apetece repetir?

Ella observó a los dos varones que la miraban, esperando, y sintió que se le hinchaba el corazón. Tenía que rendirse, como había hecho Rory, que en aquel momento era el chico despreocupado y alegre que había sido ocho años antes.

¿O no lo había sido nunca?

Cuando iba a casa con su hermano parecía despreocupado, pero no lo estaba, no del todo. Había algo reservado en él, cauteloso, aunque estuviese bromeando. Por supuesto, entonces ella no se había dado cuenta porque tenía catorce años y solo veía lo guapo que era.

Y la verdad era que seguía siendo tan guapo como para sacudir su mundo.

Grace miró a Tucker, que sonreía, feliz.

–¿Te apetece? –insistió Rory.

A pesar de haber superado su natural precaución, Grace debía reconocer que, en secreto, se había alegrado de que el circuito terminase. Se alegraba de haber sobrevivido a esa aventura.

¡Y eso significaba que aún no había aprendido la lección!

–Por supuesto que sí –respondió.

Eligió el Ferrari de nuevo. ¿Cómo iba a resistirse? Y en esta ocasión se relajó un poquito más, se dejó llevar un poquito más. Y llegó la tercera en lugar de la última.

Pero cuánto le gustaba mirarlos a ellos, Tucker y Rory, fieramente competitivos, los dos entregándose al juego, los dos aprendiendo a jugar.

Grace sabía que Rory no había tenido nada así cuando era niño. De hecho, no había tenido infancia, como Tucker.

–Tengo hambre –dijo después, cuando por fin estaban agotados.

Grace había decidido no correr la tercera carrera, pero ellos habían probado todos los karts.

–¡Yo también! –anunció Tucker.

–¿Quieres comer perritos calientes hasta que te hartes?

–¡Sí! –exclamó el niño–. Pero antes tenemos que ir a ver a mi madre al hospital.

–Por supuesto que sí –dijo Rory, pasándole un brazo por los hombros.

Y Tucker no se apartó.

Serenity estaba sentada en la cama cuando llegaron al hospital, maldiciendo a una enfermera y diciéndole que podría marcharse si quería hacerlo.

Pero se quedó en silencio al ver a Tucker en la puerta. Miró primero a su hijo, luego a Rory y luego a Grace. Y después de nuevo a Tucker.

Y, de repente, en su rostro apareció la expresión más triste que Grace había visto nunca.

–Muy bien, hágame las pruebas –le dijo a la enfermera–. Pero yo no voy a pagar por ellas.

Tucker se sentó en la cama.

–¿A que no sabes lo que he hecho hoy, mamá?

–¿Qué has hecho, renacuajo?

–¡He conducido un coche de carreras!

Serenity sonrió, pero Grace se daba cuenta de que estaba agotada y que su felicidad por la visita de Tucker estaba mezclada con algo más.

–Lo has pasado bien, ¿eh?

–¡Mejor que nunca! –exclamó el niño–. Pero te he echado de menos –añadió enseguida.

–Bueno, yo voy a tener que quedarme aquí unos días, pero no quiero que te preocupes. Soy tan dura como una mamá osa y mucho más difícil de matar.

–No tienes que preocuparte. Slim se ha llevado a los ponis a su rancho porque tiene mucha hierba.

–Slim, ¿eh? –de nuevo, Grace vio esa expresión preocupada que no podía entender del todo–. Pues entonces diviértete, cariño. Yo me pondré bien en un par de días. Disfruta de tu tía.

–¿Mi tía? –repitió Tucker.

–La señora que está a tu lado es la hermana de tu padre.

Tucker se volvió para mirar a Grace con su típico gesto de desagrado. O tal vez no era desagrado, sino miedo. Pero ¿por qué iba a tener miedo de ella? ¿Por qué iba a tener miedo de su tía?

Miró a Rory para ver cómo se había tomado la noticia y, como suponía, vio que echaba humo por las orejas. Pero, sin decir nada, se dio la vuelta y salió de la habitación.

–Tenemos que irnos, mamá –dijo Tucker–. Vamos a comer perritos calientes hasta que me harte... pero me quedaré aquí si quieres.

–No, no. Ve a pasarlo bien.

El niño la miró con expresión culpable.

–¿Quieres que te traiga un perrito caliente?

Serenity hizo una mueca.

–No, pero mañana, si te acuerdas, tráeme un helado de esos con caramelo que me gustan tanto.

Estaba claro que no quería comer nada, le había encargado esa tarea al niño para aliviar su sentimiento de culpa. Y había funcionado.

–¡Rory, espera! –lo llamó Tucker, mientras salía corriendo de la habitación.

Grace se sentó en la cama, mirando a Serenity a los ojos.

–¿Tucker es hijo de Graham?

Ella apartó la mirada.

–Sí.

–Pero ¿por qué me lo cuentas ahora? ¿Por qué has esperado tanto?

–¿Por qué no? –respondió Serenity, con tono enfadado.

–¿Y por qué no se lo contaste a Graham?

–¿Te parezco el tipo de persona con la que tu hermano hubiese querido tener un hijo? De haber sabido que era suyo, seguramente habría querido quitarme la custodia –hablaba con tono airado, pero había lágrimas en sus ojos–. Vete, Grace.

Cuando no se movió, Serenity cerró los ojos.

–Por favor.

Grace salió de la habitación sin decir una palabra más sabiendo que, aunque estaba preocupada, su corazón latía de esperanza. De cariño.

Tucker era el hijo de Graham y era como si una luz hubiera vuelto a encenderse en el mundo.

Fue saltando por el pasillo para buscar a su sobrino y a Rory. Y cuando él la miró con el ceño fruncido le dio igual.

–Esto es algo que hay que celebrar.

–No estés tan segura, Grace.

–No me estropees el día con tu cinismo –le advirtió ella.

Rory respiró profundamente, como intentando contener su impaciencia, pero luego sonrió; una sonrisa que Grace ya era capaz de reconocer como la que escondía sus verdaderos sentimientos.

–Gracie Sacie, eso es lo que yo hago: amargarles el día a las chicas como tú.

–Ya no soy una cría y no creo que tengas poder sobre la luz y la oscuridad.

Él suspiró, pasándose una mano por el pelo.

–No cuentes con ello.

–Ya te he dicho antes que eres innecesariamente cínico.

–Y yo te he dicho que a veces hay que serlo.

–¿Vamos a comer perritos calientes? –preguntó Tucker.

–Claro que sí –respondió Rory, olvidándose de su cinismo por el niño–. Conozco

el mejor quiosco de perritos de toda la ciudad.

Grace lo reconoció como una rendición, aunque él no lo hiciese.

–¿Ah, sí?

–Por supuesto que sí.

Rory miraba a Tucker comiendo perritos calientes. El niño había dicho que se comería seis, pero después del tercero no parecía tener más apetito.

Estaba claro que no había hecho una comida decente en mucho tiempo y allí estaba Grace, con esa sonrisa que no la había abandonado desde que salieron del hospital. Desde que Serenity anunció que era la tía de Tucker.

De modo que todo el mundo estaba contento.

¿Por qué la felicidad lo hacía sentir receloso?

Aunque Grace lo había llevado aparte para contarle las razones de Serenity, Rory tenía serias reservas.

Pero obtendría la respuesta en unos días. Él no iba a aceptar la palabra de una mujer que aparecía de repente diciendo que Tucker era hijo de Graham.

Se le ocurrió entonces que era el momento perfecto para hablarle sobre de la prueba de ADN, pero no lo hizo.

¿Por qué? Porque ella no creía que pudiese llevar oscuridad a su mundo, a pesar de haber sido advertida.

Y tal vez no sería así. Tal vez la prueba de ADN demostraría que Serenity no estaba mintiendo.

Hasta entonces, ¿había alguna manera de evitar que Grace se encariñase con el niño?

Lo dudaba porque él mismo estaba encariñándose con Tucker.

No podía evitar que se encariñase con él, pero tal vez debería quedarse cerca por si acaso, vigilando, esperando, estando allí cuando ocurriese lo peor.

Grace le había pedido que no le estropease el día con su cinismo, muy bien. Haría lo posible por disimular lo que sentía.

Tal vez incluso se daría permiso a sí mismo para disfrutar dándole al niño algunas de las cosas que no había tenido nunca. Pero, al contrario que ella, esperaría lo peor y estaría preparado.

Así era como había vivido toda su vida. Eso era lo que lo había protegido de la desilusión a la que Grace iba de cabeza.

La verdad era que tenía un millón de cosas que hacer aquel día. La verdad era que estaba perdiendo el control de la situación.

Porque quería estar con ellos.

–¿Quieres que vayamos a la playa, Tucker? –preguntó, casi sin pensar.

–No tengo bañador –respondió el niño, sin mucho entusiasmo.

–Podemos comprar uno –dijo Grace.

–No, yo no... es que no tengo bañador ni toalla –insistió Tucker, con cierto tono de desafío.

–Eso es fácil de arreglar –dijo Rory–. Pregúntale a Grace.

Al ver que se ponía colorada, Rory se encontró deseando que volviera a ponerse el biquini.

El control seguía alejándose de él.

–Es que no sé nadar –anunció Tucker entonces.

Rory y Grace se miraron.

–Es muy sencillo –dijo él–. Nosotros podemos enseñarte.

Al contrario que Grace, podía sentir la presión del tiempo. En unos días sabrían la verdad. ¿Pero tendrían tiempo suficiente para hacer que Tucker disfrutase de su infancia? ¿Podrían darle algo que pudiese guardar como recuerdo cuando todo acabara en desastre?

Rory se preguntó si estaba engañándose a sí mismo.

¿Aquello era por Tucker o por él?

A la edad de Tucker había anhelado las cosas normales que tenían los demás niños: unas Navidades normales, una cena normal con toda la familia a la mesa. Irse a la cama por la noche y no escuchar las peleas de sus padres, los platos rotos, su madre llorando. No experimentar esa sensación de impotencia mientras veía a su madre bebiendo, no experimentar la sensación de que estaba fracasando cada día.

Fracasando porque no podía protegerla del maltrato de su padre, de sus propios impulsos... de la vida, de la que parecía tan desilusionada.

Durante toda su vida, lo único que había querido era ser normal.

Especialmente cuando conoció a Graham y su familia. Le gustaba estar con Graham, pero siempre había rechazado las invitaciones para cenar en su casa, ir a la cabaña del lago, pasar la Navidad con ellos... nunca había aceptado experimentar aquella cosa llamada «hogar».

Tal vez porque temía que, si conseguía aquello que más deseaba, lo destruiría. Lo haría débil en lugar de más fuerte, haría que perdiese su vida buscando algo que nunca podría tener.

De modo que lo había rechazado, diciéndose a sí mismo que otros hombres necesitaban un hogar y una familia, pero él no.

Cada divorcio de sus amigos, cada carta en la que alguna novia rompía con algún chico de su batallón, Rory lo tomaba como una prueba más de que él vivía con los pies en la tierra.

Y se había felicitado a sí mismo al ver que todo era una ilusión.

De modo que Rory Adams se quedó sorprendido al descubrir que no tenía fuerzas para seguir luchando contra ello. Desde que le contó a Grace la verdad, que le había fallado a su hermano, y ella se había negado a verlo de ese modo, sentía que esa debilidad crecía dentro de él.

¿Y no era ese su mayor miedo? ¿Que el amor lo hiciera débil en lugar de fuerte?

Amor.

¿De dónde había salido esa palabra? La palabra que había evitado durante toda su vida. La palabra que nunca había pronunciado.

Pero lo que sentía por Grace era muy diferente a lo que había sentido nunca.

«Tranquilo, soldado», se ordenó a sí mismo.

Pero su corazón no quería escucharlo. Su corazón estaba amotinándose.

—¡Vais demasiado aprisa! —gritó Grace—. ¡Por favor, pisad el freno!

Pero estaba riéndose a pesar del esfuerzo de pedalear por la empinada cuesta mientras Rory y Tucker bajaban a toda velocidad.

—¡Tucker, para! ¡Acabas de aprender!

Pero el niño ya les sacaba la delantera y tal vez era lo mejor. Lo último que necesitaba era que le estropease el momento con su natural precaución.

Grace se detuvo para recuperar el aliento.

Tenía que reconocer que estaba siendo la mejor semana de su vida. Le encantaba estar con Tucker, le encantaba ser tía. Era como si hubiera vivido para aquello. Pero, por supuesto, había algo más que Tucker.

Mucho más. Era la magia de estar juntos, los tres. Había dejado que Beth se encargase de la oficina durante unos días y Rory debía de haber hecho lo mismo porque eran como una familia de vacaciones.

Había vivido en el valle de Okanagan toda su vida, pero sentía como si no lo hubiera visto nunca. Era como si se hubiera quitado una venda de los ojos y vivía en un estado de perpetuo descubrimiento mientras exploraban el valle, organizaban meriendas y descubrían nuevas playas.

Debía de haber visto atardeceres antes, ¿pero había sentido alguna vez los últimos rayos del sol acariciando su piel como si fueran una cosa viva?

Por las tardes, después de hacer interminables excursiones, la diversión favorita de Tucker eran los videojuegos en el ático de Rory.

Incluso ella debía admitir que eran más divertidos que el parchís. Le gustaba particularmente uno en el que parecías estar jugando a los bolos de verdad, o al golf o al béisbol.

Las risas que compartían por su ineptitud en cada uno de esos deportes viviría con ella para siempre.

Pero iban al hospital todos los días, incluso a veces dos veces al día. Después del primer helado, siempre le llevaban algo a Serenity, haciéndola parte del grupo. Le regalaron a Tucker una cámara de fotos digital con la que hizo un millón de fotografías que compartía con ella cada día...

Una vez, llevaron el videojuego y se rieron tanto que una enfermera los echó de allí con cajas destempladas.

Pero, a pesar de que Serenity se mostraba más amable, Grace se daba cuenta de

que ocurría algo. ¿Qué era?

De algún modo, se habían convertido en una familia. No una familia tradicional, evidentemente, pero una familia en cualquier caso.

¿Cómo no iban a sentirse una familia si compartían la misma casa, organizaban actividades juntos sin separarse ni un momento, discutían sobre qué película ver en televisión o se peleaban para ver quién limpiaba la cocina?

Rory incluso los había sorprendido haciendo la cena en una ocasión. Y cada día decidían qué sorpresa podrían llevarle a Serenity al día siguiente. Se les daba muy bien encontrar cosas que la hicieran sonreír.

Hasta Rory parecía haber olvidado sus sospechas. Fue idea suya llevar un poni a la puerta del hospital, que Serenity podía ver desde la ventana de su habitación. Slim lo había llevado en el tráiler y Tucker sonreía de oreja a oreja. El poni llevaba una pancarta que decía: *Ponte buena, mamá*.

Pero, por maravillosos que fueran esos días, y por mucho que Grace disfrutase de las risas y de la camaradería, había un momento cada día que esperaba como ningún otro.

Era cuando Tucker se iba a la cama, agotado. Llamaba a su madre y luego se quedaba profundamente dormido.

Y entonces Rory y ella se quedaban solos.

Siempre había un momento en el que los dos se quedaban callados, mirándose el uno al otro como si fueran dos personas sedientas bebiendo un vaso de agua fresca. Ese momento pasaba, pero la tensión permanecía.

Estaba allí mientras decidían qué CD iban a escuchar o qué película iban a ver. O cuando miraban el lago desde la pared de cristal. Estaba allí mientras hablaban.

Los dos recordaban a Graham muchas veces, no con dolor, sino con cariño, y esos recuerdos les daban consuelo y los unían aún más.

Sin que ninguno de los dos hubiese dicho una palabra, Grace y Rory se habían convertido en una pareja.

Todo había empezado cuando él ponía una mano sobre su hombro o en su cintura en alguna excursión. Animada por esa familiaridad, Grace había empezado a tomar su mano...

Por las noches, compartían el sofá, cada vez más cerca, sus piernas rozándose, tocándose hasta que por fin una noche se besaron.

No había sido un beso intencionado. El sol estaba poniéndose, bañando el apartamento con una luz dorada, y entonces Rory se había vuelto para mirarla...

Y había dejado escapar un gemido ronco, casi primitivo, de deseo. Tan genuino que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

Había inclinado la cabeza para buscar sus labios y luego su cuello, sus párpados, para volver a sus labios de nuevo, ansiando besarla. Y Grace había saboreado en ese beso todo lo que era, su fuerza, su seguridad masculina, su confianza.

Pero también se había quedado asombrada por su dulzura.

En ese beso Rory le había revelado por fin, sin guardarse nada, quién era en realidad.

Era un beso cuyas intenciones estaban bien claras. No era un beso que dijera: «Qué bien lo hemos pasado hoy. Gracias por un día estupendo». No era un simple roce de sus labios.

No, era un beso que decía: «Te veo».

Era un beso que decía: «Te conozco».

Era un beso que decía: «Mi corazón y el tuyo han empezado a latir al mismo tiempo».

Era un beso que decía: «Hoy ha sido un día maravilloso y mañana lo será aún más. Estoy deseando que amanezca».

En otras palabras, era un beso que abrazaba el futuro.

Pero entonces, como para negar todo lo que decía ese beso, Rory se había apartado.

–Buenas noches, Gracie.

Y ella se había quedado inmóvil, sabiendo que no todo estaba tan claro entre ellos. Era una pareja debido a las circunstancias, sin una decisión consciente.

Y temía que, si pidiera una decisión consciente, si hacía algo que turbase el equilibrio de su relación, terminaría como había empezado.

Tenía que decirle a Rory Adams que lo amaba.

No era lo más sensato, no era lo más cauto.

Cuando miró a Rory lanzándose montaña abajo en su bicicleta, el pelo movido por el viento, sintió que se quedaba sin oxígeno. No por el esfuerzo de montar en bicicleta, sino porque reconocía lo que había en su corazón.

Amaba a Rory con todas sus fuerzas, como nunca había amado a nadie. Amaba su risa, su carácter, su camaradería con Tucker. Y sabía que debía encontrar valor para contarle la verdad. Lo haría pronto, cuando encontrase el momento perfecto.

En los últimos días se había convertido en la chica que siempre había querido ser, la chica que llevaba la fotografía de un Ferrari rojo en el monedero desde siempre sin saber por qué.

Pero ya lo sabía.

Ese coche representaba sus contradicciones. Le encantaba su casa, su familia, le encantaban los juegos de mesa y hacer melocotones en conserva. Pero con Rory se estaba convirtiendo en algo más. Abrazaba otra faceta de sí misma que siempre había mantenido reprimida y estaba convirtiéndose en otra mujer.

La mujer dispuesta a llevar la iniciativa, la más decidida, la mujer que adoraba la aventura.

Una mujer lo bastante valiente como para decir sí a la mayor aventura de todas: enamorarse profundamente de otra persona.

Aunque eso significase tener que pagar un precio.

Aunque eso significase sufrir.

Para decirle a Rory Adams que lo amaba iba a necesitar valor, pero se sentía preparada.

¿No era eso lo que hacía el amor? Te hacía mejor persona, más fuerte, mejor de lo que uno había imaginado nunca.

¿Sentiría Rory lo mismo?, se preguntó. Pensar eso la hacía temblar de ansiedad, pero no se dejaría vencer por el miedo. No lo haría.

Sería la chica que había soñado conducir un Ferrari.

De modo que quitó la mano del freno de la bicicleta y se lanzó montaña abajo como habían hecho Rory y Tucker, sin miedo a lo que pudiera pasar.

Capítulo 9

RORY miraba el sobre que tenía en la mano mientras Grace y Tucker dormían en sus habitaciones.

Era la última noche que estarían juntos, la pequeña familia con la que había sido tan inesperadamente feliz.

Serenity recibiría el alta del hospital esa mañana y las cosas volverían a la normalidad. Pero ¿cómo iba a soportar aquel apartamento cuando Grace y Tucker se hubieran ido?

Sería como si se hubiera apagado la luz. Incluso en aquel momento, mirando alrededor, se dio cuenta de que aquel sitio se había convertido en un hogar por primera vez.

Había un par de toallas de playa tiradas sobre el sofá, un coche por control remoto bajo la mesa de café, un par de diminutas zapatillas de deporte al lado de la puerta, un cuenco con patatas fritas sobre la encimera de la cocina...

Había un regalo torpemente envuelto sobre la mesa, una blusa que Tucker había elegido como regalo para su madre.

Era como si una familia viviera allí.

Y durante la última semana, ¿no habían sido una familia?

Era lo que Rory había querido durante toda su vida y lo que había evitado al mismo tiempo.

Sabía que no debería haber bajado la guardia. No debería haberse dejado llevar tan completamente, pero eso era lo que hacía el amor, embotaba el buen juicio de un hombre como el vino.

Al recordar esa semana, se le ocurrió que mucho más que el vino.

Pensó en todo lo que habían hecho... el circuito de karts, las meriendas, montar en bicicleta, enseñar a Tucker a nadar.

Pensó en las noches en su apartamento, con los videojuegos, comiendo patatas fritas, haciendo chocolate casero. Y pensó en los mejores momentos, cuando Tucker se iba a la cama y Grace y él se quedaban solos viendo cómo se ponía el sol sobre el lago.

Pensó en las noches que se habían besado... con tal pasión que era como si hubieran intercambiado sus almas.

Y sintió un escalofrío.

La amaba. Amaba a Grace Day como no había amado a nadie.

Y ese amor llenaba un vacío dentro de él del que había intentado huir toda su vida.

El sobre había llegado poco antes y lo había guardado en un cajón porque quería robar tantos momentos de felicidad como fuera posible. Había querido tener esa última noche... ¿para qué?

Para seguir siendo una familia.

Pero esa noche no la había besado. Había hecho un esfuerzo sobrehumano para no hacerlo a pesar del brillo de anhelo que veía en sus ojos.

Respirando profundamente, Rory sacó unos documentos del sobre.

Unos minutos después, volvió a guardarlos y se cubrió la cara con las manos.

Eso era lo que hacía la esperanza, abrirte a dolor, como un cristal roto en mil pedazos.

No había sido parte de una familia, sino de una mentira y él mejor que nadie debería haberlo imaginado.

La oyó antes de verla. Abrió los ojos y miró a Grace. Llevaba una de sus camisas, el pelo despeinado, sus largas piernas desnudas...

Nunca había visto una mujer más sexy.

Tan preciosa.

—Rory, ¿qué ocurre? ¿Qué hora es?

—Es tarde.

—¿No podías dormir? ¿Has vuelto a tener la pesadilla?

No había tenido pesadillas en toda la semana. Había dormido profundamente, pero volverían porque había fracasado en todos los sentidos.

Había fracasado cuando quiso proteger a su madre.

Había fracasado cuando quiso proteger a Graham.

Y había fracasado cuando debería haber protegido a Gracie.

Cuando debería haber sido pragmático, ¿qué había hecho? Vivir la fantasía que él mismo había creado.

—Tucker no es hijo de Graham.

—¿Qué?

—Que Tucker no es hijo de tu hermano.

Ella se quedó mirándolo, vulnerable, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Tucker no tiene siete años, tiene nueve —Rory pensó en su primer encuentro, cuando le preguntó su edad y el niño vaciló hasta que Serenity le pidió que se lo dijera.

Tucker era pequeño para su edad, pero habían aceptado su palabra porque era la palabra de un niño.

—Tiene nueve años, de modo que no puede ser hijo de Graham. El ADN, por supuesto, no coincide.

—¿Qué ADN?

—Tomé una muestra —empezó a decir Rory. Y luego se dio cuenta de que no podía seguir mintiendo. ¿No lo había hecho durante toda la semana? Fingir que todo podía ser verdad cuando sabía en su corazón que no era así—. Tomé un cepillo de dientes de los dos...

—¿Sin decírmelo?

–Tú no querías saber la verdad, por eso no querías hacer una prueba de ADN. Una parte de ti sabía que esto terminaría así, pero querías vivir tu pequeña fantasía.

–Quería que Graham viviese a través de Tucker –dijo ella.

–Pero no es así –replicó Rory–. La vida no siempre es como uno sueña.

Grace empezó a llorar entonces y Rory intentó abrazarla. Quería protegerla del mundo, del dolor, de todo... pero ella se apartó.

–¿Cómo puedes hacerme esto? Tarde o temprano hubiera hecho una prueba de ADN... ¿cómo has podido tomar una muestra sin decirme nada? Eso es una traición.

–Intenté advertirte que yo podía matar tus esperanzas, Grace. Te lo advertí, ¿recuerdas?

Ella lo miró durante un segundo y después corrió a su habitación sin decir nada.

Rory miró la puerta cerrada un momento y luego, con el corazón encogido, se fue a la cama.

La pesadilla volvió, peor que nunca, y cuando empezaba a amanecer tuvo que admitir que no iba a dormir más.

Se levantó, un hombre con una desagradable misión, un hombre que tenía un trabajo que hacer.

Rory fue al hospital.

Serenity estaba sentada al borde de la cama, ya vestida, dispuesta a marcharse. Tardarían horas en darle el alta, pero ya estaba lista.

Se quedó en la puerta un momento, mirándola. Esperaba sentir furia por el engaño, por el daño que le había hecho a Grace deliberadamente.

Pero lo que vio en su rostro a la primera luz de la mañana no eran astucia o picardía, sino miedo y cansancio.

Serenity levantó la mirada y, al ver su expresión, suspiró.

–Lo sabes.

Rory entró en la habitación y se sentó a su lado.

–Tomé una muestra de ADN y contraté a un detective.

–Ah.

–¿Por qué has hecho esto, Serenity? ¿Por qué le has hecho daño a una mujer tan buena?

–En caso de que no te hayas dado cuenta, Sherlock, estoy enferma –respondió ella. Intentaba parecer desafiante, pero solo resultaba patética–. Lo sabía antes de venir aquí. Tengo hepatitis C... voy a morir.

Rory la miró a los ojos, intentando descubrir si de nuevo estaba engañándolo, pero no era así.

–Lo siento.

Y era cierto. Lo sentía por ella y por Tucker, pero tenía que saber.

–Pero ¿por qué le has mentado a Grace?

Serenity empezó a llorar.

–En toda mi vida, solo un solo hombre ha sido decente conmigo. Uno solo. ¿Qué

dice eso de una vida?

–Graham –dijo él.

Ella asintió con la cabeza.

–Esos días que estuvimos juntos eran una fiesta continua. Graham podría haber intentado lo que quisiera, pero no lo hizo. Nunca me trató como si fuera una fulana, siempre fue amable y respetuoso conmigo, aunque no lo mereciera.

A Rory se le encogió el corazón al pensar en su amigo.

Siempre había sido así, incluso en Afganistán. Siempre con los bolsillos llenos de caramelos para los niños. Graham trataba a todo el mundo con cariño y respeto. A todo el mundo.

De repente, las palabras que faltaban, la parte que faltaba de la pesadilla empezó a emerger en su mente... pero no tuvo tiempo de concentrarse.

–Vi su fotografía en el periódico cuando murió –estaba diciendo Serenity–. No lo había visto en ocho años y soy una chica dura, pero cuando vi la fotografía de Graham lloré como una niña. Imagino que empecé a imaginarlo entonces... ¿qué va a ser de Tucker cuando yo muera? Lo llevarán a un orfanato. Yo no quería eso para mi hijo y pensé y si ese hombre tan decente tenía una familia...

–¿Quién es el padre de Tucker? –le preguntó Rory.

–No era una buena persona. Solo estuve con él un par de noches... ni siquiera supo que estaba embarazada y le habría dado igual.

–Entonces, ¿estabas buscando un hogar para Tucker?

Serenity asintió con la cabeza.

–Él no sabe que estoy enferma. Bueno, imagino que lo supone porque llevo mucho tiempo sintiéndome mal, pero no sabe que voy a morir. Pero debe sospechar algo porque es como si no quisiera encariñarse con Grace. Casi como si intuyera que intento dejarlo con ella y la odiase por eso. En lugar de odiarme a mí –Serenity suspiró–. Pero entonces, ese primer día, cuando hicisteis el circuito de karts, lo vi más feliz que nunca. Yo nunca le había dado eso y quería que fuera feliz, quería que tuviese lo que yo nunca había podido darle.

Rory sintió que se le encogía el corazón.

¿No era eso humano? ¿Querer una familia, un sitio que fuera tuyo, un sitio donde te sintieras querido?

–¿Los médicos no te han dado esperanzas?

–Hay un tratamiento experimental, el mismo que usan para tratar el cáncer. Si el tratamiento no te mata, te cura y te libra de la hepatitis C de forma permanente.

–¿Y tú no eres candidata?

–Yo ni siquiera tengo seguro médico.

–Si lo tuvieras.

–Daría igual. No tengo un sitio donde vivir –respondió Serenity–. ¿Quién cuidaría de Tucker los días en los que yo no pudiera hacerme cargo de él?

–¿Y si eso no fuera un problema? –insistió Rory.

Vi algo en sus ojos, un momento de esperanza que Serenity intentó matar.

–No lo entiendes. Yo no tengo ese valor... no puedo sufrir así.

–Pero es que no se trata de ti, sino de Tucker. Y no puedes rendirte sin luchar. No puedes hacerlo, el cariño que sientes por tu hijo te hará más fuerte de lo que crees, mejor persona de lo que crees. No por ti, sino por él.

Serenity lo miró con un brillo de esperanza en los ojos.

–Vaya, un experto en el amor. ¿Quién lo hubiera imaginado?

–Desde luego.

Rory salió del hospital unos minutos después.

¿Quién hubiera imaginado que él era un experto en amor?

Entonces recordó la expresión de Grace en su casa...

«¿Cómo has podido?».

Había sabido desde el principio que tenía que protegerla. Había sabido que necesitaba protección de su cinismo, de su habilidad para matar esperanzas.

Rory sacó el móvil del bolsillo.

–¿Bridey? Necesito que investigues lo que puedas sobre los programas para tratar la hepatitis C. Y necesito que encuentres una casa para una mujer y un niño de nueve años... y ocho ponis.

–¿Eso es todo, señor Adams?

–No, necesito que reserves un vuelo a Australia lo antes posible.

Grace estuvo furiosa con él durante tres días. No podía pensar en Rory sin sentir que estaba a punto de explotar.

¿Cómo se atrevía a hacer algo así sin consultar con ella? ¿Cómo se atrevía a tomar el control de su vida?

¿Y cómo se atrevía a descubrir la verdad?

Pero, en cierto modo, esos tres días de furia la ayudaron a soportar el hecho de que Tucker no fuera hijo de Graham.

Cuando Serenity le confesó que había estado buscando un hogar para el niño porque estaba enferma, Grace se dio cuenta de que no necesitaba que Tucker fuese hijo de Graham porque lo quería de todas formas.

Serenity y él vivían desde entonces en una de las casitas del rancho de Slim McKenzie. Grace los había ayudado a instalarse y entre eso y el trabajo, especialmente la organización de la cena benéfica para Warrior Down, había estado muy ocupada.

A pesar de todo, una parte de ella esperaba. Había pensado que Rory la llamaría... habían estado tan unidos que lo echaba de menos. Tanto que era un como un dolor físico.

¿Cómo podía él no echarla de menos?

Cuando vio el número de su oficina en la pantalla del móvil su corazón se volvió

loco, pero no era Rory, sino una mujer llamada Bridey para hablar sobre el día perfecto que patrocinaba la empresa.

El señor Adams había sugerido un viaje en helicóptero por la montaña, una mesa para dos, un chef francés...

Grace había tenido su día perfecto, siete seguidos. Y no tenía nada que ver con un viaje en helicóptero.

—¿Rory está ahí? ¿Podría hablar con él?

—No, lo siento, el señor Adams está en Australia, supervisando un trabajo.

Podría pedirle un número de teléfono para hablar con él. Podría dejarle un mensaje, pero no quiso hacerlo.

Rory estaba apartándose de ella.

Y, si aguzaba el oído, estaba segura de que podría escuchar su corazón rompiéndose.

Pero entonces recordó esa noche, mucho tiempo atrás, cuando Rory ayudó a su madre a entrar en casa, tan protector.

Y entonces lo entendió.

Se veía a sí mismo como alguien que tenía que proteger a los demás. Había llevado esa carga con él desde que no pudo ayudar a su madre, desde que sintió que le había fallado a su hermano.

Y seguramente sentía lo mismo por ella, por la mentira de Serenity.

Había intentado advertirle que la madre de Tucker estaba mintiendo, que él podía matar sus esperanzas...

¿Estaba intentando protegerla de él?

¿Y quién lo protegía a él? ¿Cuándo descansaba? ¿En quién se apoyaba?

«En mí», pensó Grace.

Esos días con Rory la habían hecho más fuerte que nunca, más segura, capaz de arriesgarse. Se había convertido en la verdadera Grace.

Y, si no podía arriesgarse para rescatarlo de sí mismo, entonces serían lecciones perdidas.

¿No era eso lo que Rory tenía que aprender, que el amor triunfaba siempre?

¿Que triunfaba sobre el engaño y sobre la debilidad? ¿Que el amor triunfaba sobre la oscuridad?

El amor triunfaba sobre la muerte.

Porque de alguna forma era su hermano quien los había unido. Aunque no estaba allí, su corazón seguía vivo.

Y no hacerlo sería una desgracia. Decir que no al amor sería un desprecio a todo lo que había sido Graham.

Así que iría a buscar a Rory y no como Gracie Sacie.

No, sería la chica que soñaba con Ferraris la que encontraría valor para rescatar a Rory Adams de la terrible soledad en la que había vivido siempre porque creía que su misión era salvar al mundo.

Y debido a la enormidad de la tarea que se había impuesto, estaba destinado a fracasar.

La música, las luces reflejadas en el lago, las risas en el aire...

Rory no quería estar allí, aunque fuese por un proyecto como Warrior Down, y tiró del nudo de su corbata, incómodo. Se sentía solo entre la gente, desconectado.

Por supuesto, se había sentido desconectado desde el momento en que tomó la decisión de dejar a Grace y marcharse a Australia.

Nervioso, rozó con los dedos un papel que llevaba en el bolsillo. Una nota de Grace.

Te necesito. Ven, por favor.

Las palabras habían sido escritas en la invitación oficial al acto y Rory no fue capaz de resistirse. Ni siquiera para protegerse a sí mismo.

Grace lo necesitaba y él había jurado ayudarla.

Tenía que separar ese juramento de lo que sentía por ella, pero desde que se marchó a Australia era como si el agujero en su corazón se hubiera hecho más grande.

La parte de la pesadilla que faltaba había llegado la segunda noche en Australia...

Dos adolescentes.

Le había parecido ver algo raro y había vacilado porque eran tan jóvenes... pero entonces, de repente, una lluvia de balas.

Rory se puso a cubierto. ¿Dónde estaba Graham? No estaba tras él como esperaba y recordaba haberse arrastrado por el suelo para tirar de él, para abrazarlo.

Sangre, mucha sangre...

Luego notó un movimiento sobre el muro. Los chicos responsables de que su amigo estuviera muriendo intentaban saltar el muro tras el que se había escondido.

Rory levantó el rifle y vio a los chicos paralizados de miedo.

Pero, con las pocas fuerzas que le quedaba, Graham había bajado el cañón del arma...

—No, por mí no. Quiero que mi legado sea de amor, no de muerte.

Los chicos se alejaron corriendo y Rory perdió la oportunidad de vengarse mientras desaparecía la luz en los ojos de Graham. Para siempre.

Había querido llamarla después de esa pesadilla, desesperado por hablar con ella.

Y, cuando la pesadilla no volvió la noche siguiente, lo había deseado aún más.

Pero hizo un esfuerzo sobrehumano para no llamarla.

En aquel momento, viendo el éxito del evento, mucho más de lo que habían esperado, estaba decidido a no mostrarle su debilidad. Su deseo.

Pero la verdad era que estaba enfadado con ella.

Considerando la urgencia de la nota, apenas había visto a Grace, que se movía entre la gente como una mariposa, con un vestido que parecía hecho por ángeles.

Estaba preciosa, con el pelo recogido, el maquillaje perfecto.

Pero no parecía tener el menor interés por él.

Después de presentarle a otros invitados había desaparecido...

En fin, era su noche y evidentemente se tomaba muy en serio su trabajo.

La cena benéfica para Warrior Down había sido un éxito, una elegante gala a la orilla del lago. El día perfecto que su compañía patrocinaba había sido la segunda mayor puja de la noche.

La primera, una idea que él había despreciado.

A Grace se le había ocurrido que los invitados patrocinasen vacaciones para familias de militares heridos o caídos en acción. Cuatro días de excursión a caballo por las montañas.

Rory, cínico como era, había pensado que a nadie le interesaría eso. Que querrían el día perfecto para ellos mismos, no para dárselo a otra persona.

¿Nada para ellos?

No se le había ocurrido que pudiera ser un éxito.

Y Grace, aparte de algún saludo a distancia, apenas había hablado con él.

Estaba empezando a preguntarse si todo aquello era una broma, una manera de vengarse por haber destrozado sus sueños y esperanzas. Una manera de castigarlo por haberla abandonado.

Cinco minutos después, un camarero le entregó una nota.

Espérame, confía en mí.

Sí, confiaba en ella. Pero la fiesta estaba terminando y la gente empezaba a marcharse. El jardín estaba silencioso, la pista de baile vacía y la noche se evaporaba.

Rory miró alrededor, preguntándose si debía seguir esperando.

Pero entonces escuchó un chapoteo en el agua.

—Rory, ven. ¡Está estupenda!

Él guiñó los ojos, intentando escudriñar en la oscuridad.

Reconocería esa voz en cualquier parte, pero estaba demasiado oscuro...

¿Grace estaba nadando en el lago... desnuda?

—¡Grace, sal del agua! O no, mejor no.

—Ven tú.

—Estás loca.

—Lo sé —respondió ella—. Nada que ver con Gracie Sacie, ¿eh? Pero la culpa es tuya.

Rory se acercó a la orilla quitándose la ropa hasta quedar en calzoncillos.

—¡Ah, eres tímido!

Riendo, él se lanzó al agua y llegó a su lado en unas cuantas brazadas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

No podía ver en la oscuridad. ¿Estaba desnuda?

—Me estoy ahogando —respondió Grace—. Y necesito que me salves.

—Eso no es verdad. Nadas como un pez.

–Me estoy ahogando de soledad. Me estoy ahogando de amor por ti.

–Gracie...

–No, déjame terminar –lo interrumpió ella–. No tienes por qué salvar al mundo continuamente. No tienes que protegerme. Vuelve a casa, Rory. Vuelve a casa conmigo.

Él la miró, perplejo.

–¿Llevas algo puesto?

–Nada –respondió ella, sin sentir vergüenza alguna.

Y entonces Rory soltó una carcajada. Aquella era la Grace a la que adoraba, espontánea, aventurera, libre, fuerte.

La chica que llevaba la fotografía de un deportivo rojo en el monedero. Aquella era la otra Grace, solo para él.

Ella se lo ofrecía como un regalo y Rory, sin poder resistirse, la envolvió en sus brazos.

–Llevas un bañador –dijo él. Y no sabía si sentirse aliviado o decepcionado.

–Lo sé, pero pensar que no era así ha hecho que te metieras en el agua, ¿eh?

–Eres diabólica –Rory la apretó contra su pecho, besando su nariz–. ¿Qué estás haciendo?

–No quiero que olvides este momento. Te quiero, Rory –le confesó Grace–. Quiero casarme contigo y tener hijos contigo. Quiero nadar desnuda y tocar las estrellas contigo. Quiero ser lo mejor que pueda ser y no puedo hacerlo sin ti.

–Se supone que soy yo quien debe pedirte que te cases conmigo, no al revés.

–¿Quién lo dice? –replicó ella–. Los días en los que tú dirigías el mundo han terminado, Rory Adams.

El alivio era abrumador, pero aun así hizo un último esfuerzo por demostrarle que estaba equivocada.

–No sabes dónde te estás metiendo. En serio.

Grace buscó sus labios y encontró la verdad allí. Sabía perfectamente dónde estaba metiéndose. Lo conocía mejor de lo que creía posible, mejor de lo que se conocía a sí mismo. Conocía su fuerza y sus debilidades.

Y seguía pidiéndole que se casara con ella.

–En realidad, sí lo sé. Pero es posible que seas tú quien no sabe dónde se esta metiendo.

Rory rio, apretándola contra su corazón, besando su cuello, sintiendo el sensual roce de su pelo mojado.

–Puede que tengas razón, Gracie Sacie.

–¿Eso es un sí?

–Sí, cariño –respondió–. Es el sí más grande de toda mi vida.

Epílogo

RORY estaba tumbado de espaldas, mirando las estrellas en un cielo de color índigo y escuchando el canto de un pájaro nocturno a la otra orilla del lago, el sonido más hermoso que ningún otro.

Un caballo piafó cerca de ellos, otro golpeó el suelo con los cascos. Y luego, el sonido de la guitarra de Slim.

–Deberíamos volver con ellos –dijo Grace–. Está empezando el fuego de campamento.

Él giró la cabeza y vio las chispas de la hoguera levantándose hacia el cielo.

–Iremos enseguida –respondió.

–Es un buen grupo –dijo Gracie–. Tal vez el mejor.

Él rio.

–Dijiste lo mismo el año pasado.

Habían sido invitados durante tres años consecutivos a una de las excursiones que Warrior Down organizaba en el rancho Mountain Retreat para las familias de los militares heridos o caídos en acción y Slim McKenzie era el líder durante esas aventuras.

Y, sorprendentemente, Serenity cantaba en los fuegos de campamento.

–Tal vez me parece perfecto porque es la primera vez que Serenity está lo bastante bien como para venir –dijo Grace.

No, perfecto sería cuando Serenity ya no estuviese enferma, pensó él.

Sería perfecto cuando ya no hubiese guerras, ni familias necesitadas en el mundo.

Pero no lo dijo.

En lugar de eso, se dedicó a contemplar el milagro a su alrededor.

Una vez había sido un hombre que no creía en milagros, pero frente a toda aquella evidencia...

Serenity la primera. Los médicos no tenían muchas esperanzas para ella cuando empezó el tratamiento y habían estado a punto de perderla varias veces. Rory y Grace habían estado a su lado, con Tucker, una familia de corazón aunque no lo fuesen en realidad.

Cuando su madre estaba enferma, Tucker vivía con ellos, pero Serenity no se había rendido y, al verla luchar, Rory había tenido que reconocer lo valiente que era.

Después de esos años tan duros había nacido la auténtica Serenity. No una mujer dura y cínica, sino sensible y dulce, una mujer nueva.

Slim se había enamorado de ella, pero durante un tiempo Serenity no quiso saber nada. No porque su salud no ofreciera garantías, sino porque estaba convencida de que un buen hombre pronto se cansaría de ella.

Sus extraordinarios esfuerzos para librarse de Slim le recordaban a Grace y él al principio de su relación...

Como él, Serenity no había creído que mereciese amor.

Como Grace, Slim se había negado a dejar que lo creyera.

De modo que Slim y Serenity se habían casado el año anterior en una sencilla ceremonia, con unos pocos invitados y un montón de caballos.

Tucker se acercó en la oscuridad, suspirando de alivio al encontrarlos. Tenía doce años y estaba dando el estirón típico de su edad.

No era un chico normal de doce años y Rory sabía que no lo sería nunca, como no lo había sido él.

Era un niño serio, siempre preocupado, siempre pendiente de su madre, con la tenacidad y la devoción de un pit bull.

Tucker se sentó a su lado en la hierba.

—¿Estás bien, tía?

«Tía».

Grace había querido que su hermano viviera a través de Tucker y, curiosamente, así era.

Aunque el chico no tenía relación de parentesco con Graham, su amigo había seguido viviendo de algún modo.

En Grace, en Tucker, en él. En cada persona que había tocado. Gracias a un encuentro sin importancia con Serenity años atrás, Graham seguía viviendo.

¿Quién podía mirar todo aquello, las estrellas en el cielo, el grupo de gente unido por el destino, la nueva Serenity, y no creer que existían los milagros?

—Estoy bien, Tucker.

Por el rabillo del ojo, Rory vio que ella apretaba la mano del chico.

—¿Y si el bebé naciera esta noche? —insistió.

—El tío Rory tiene un teléfono por satélite y, si tuviera contracciones, llegaría un helicóptero enseguida.

Rory podía ver la tensión en los delgados hombros del chico.

—¿Recuerdas hace mucho tiempo, cuando me preguntaste cuál sería mi día perfecto? —le preguntó Tucker entonces.

—Sí, claro.

—¿Quién hubiera podido imaginar que fuera aún mejor de lo que yo había pensado?

Rory sonrió para sí mismo. Era cierto que esos días en la montaña eran una delicia. Y las noches, tan intensamente sanadoras para su alma.

¿Pero perfectas?

El día perfecto para él era estar con Grace y, aunque disfrutaba haciendo otras cosas, no necesitaba nada más.

Perfecto era levantar la mirada del periódico y verla en el sillón, leyendo un libro. Perfecto era cuando la sentía respirar a su lado, en la cama.

Perfecto era el momento, casi tres años antes, cuando ella lo miró a los ojos diciendo:

–Sí, quiero.

Perfecta era la mujer que se había convertido en su esposa.

Y el hijo que esperaban no completaba el círculo, sino que lo ampliaba.

Había hecho realidad ese secreto anhelo que siempre había tenido de formar parte de algo, de encontrar un propósito más importante que sí mismo.

Una vez, había servido a su país.

En aquel momento servía al amor.

El grupo seguía cantando. Al principio eran canciones alegres, pero cuando aparecían las estrellas se volvían melancólicas, más suaves.

La voz de Serenity destacaba por encima de las demás, pura, perfecta e increíblemente angelical.

Rory volvió la cabeza para mirar el precioso perfil de Grace.

Como había imaginado estaba llorando, las lágrimas rodando por sus mejillas.

Y lo entendía perfectamente. Lo entendía desde que le habló del final de su pesadilla, de esa que no había vuelto nunca más.

Aquel era el legado de Graham.

Lo que había deseado más que nada en el mundo se había hecho realidad. Graham había pedido que su legado fuese el amor y no la guerra y, contra todo pronóstico, lo había conseguido.

Se le ocurrió algo entonces y, emocionado, apretó la mano de Grace con fuerza.

Así era como todos los seres humanos seguían viviendo mucho después de que su luz se hubiera extinguido, mucho después de haber exhalado el último aliento.

Gracias al amor.



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.